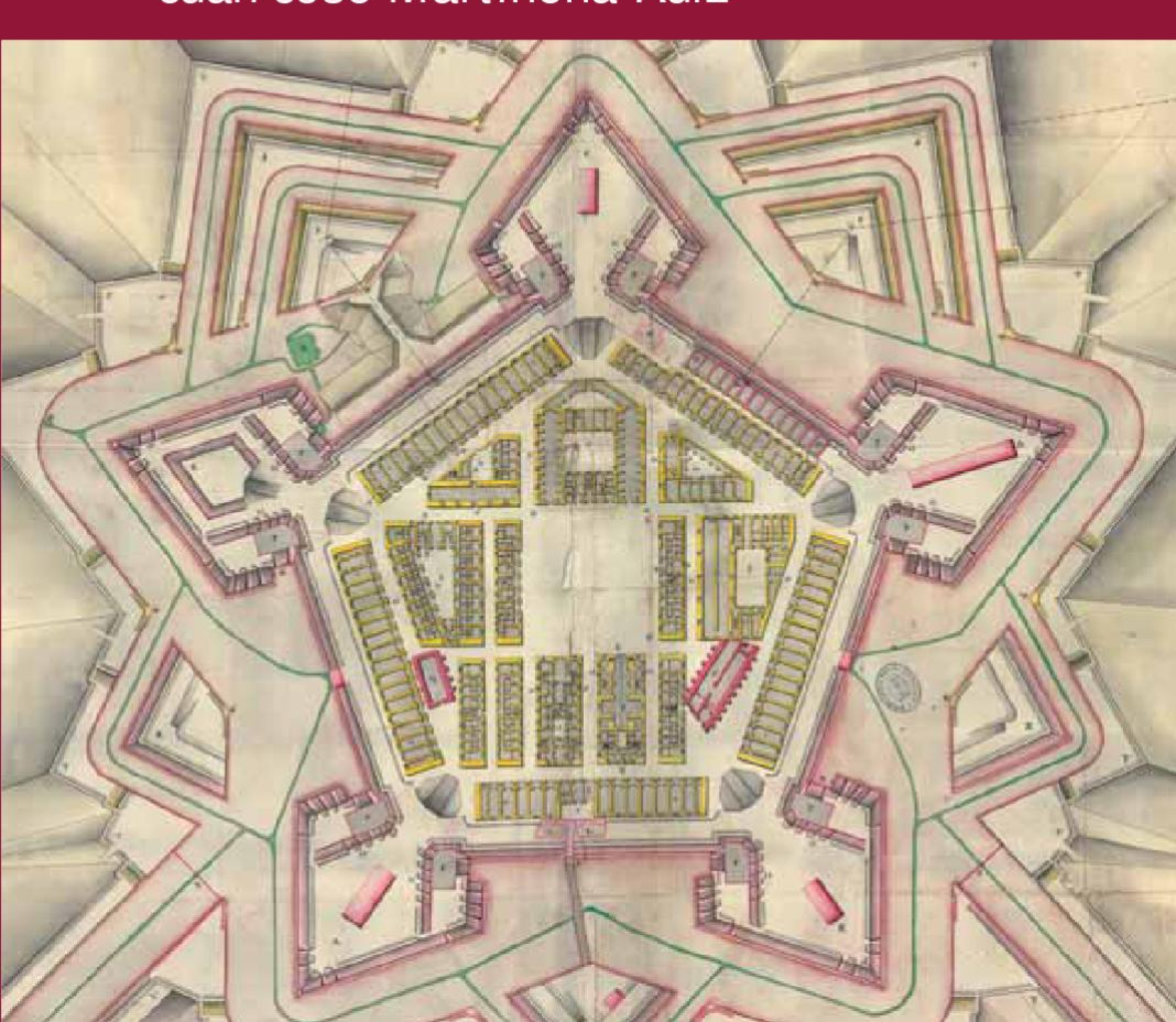
# La Ciudadela de Pamplona

## Cinco siglos de vida de una fortaleza inexpugnable

Juan José Martinena Ruiz





*A mis hijos*
*Juan Ignacio y Miguel Javier*

# La Ciudadela de Pamplona

Cinco siglos de vida
de una fortaleza inexpugnable

# La Ciudadela de Pamplona

## Cinco siglos de vida
## de una fortaleza inexpugnable

Juan José Martinena Ruiz






La Ciudadela de Pamplona

Cinco siglos de vida
de una fortaleza inexpugnable

Edita: Ayuntamiento de Pamplona. Área de Proyectos Estratégicos
Autor: Juan José Martinena Ruiz

Coordinador: José Vicente Valdenebro García
Realización: Formas de Proyectar
Fotografía: Berta Buzunáriz, Luis Prieto, Archivo General de Simancas (AGS),
Archivo Municipal de Pamplona (AMP),
Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM)
y Servicio Geográfico del Ejército (SGE)

Impresión: Litografía Ipar

ISBN: 978-84-95930-49-1
D.L.: NA–1.508/2011

Pamplona, abril 2011
Edición revisada y ampliada del libro *"La Ciudadela de Pamplona"*
Colección Breve. Temas Pamploneses, nº 11. 1987



www.pamplona.es
www.murallasdepamplona.com

Impreso en papel TCF libre de ácidos y dioxinas, biodegradable y reciclable.

# Índice

# Presentación



*La forma pentagonal de la Ciudadela ha definido la fisonomía de Pamplona durante siglos. Desde el comienzo de su construcción en 1571 hasta los primeros derribos a finales del siglo XIX, cuando dos de sus cinco baluartes dejaron paso al Primer Ensanche, este recinto renacentista se erigió en el firme guardián de nuestra ciudad.*

*Durante todo este tiempo, la Ciudadela, declarada Monumento Histórico-Artístico Nacional en la década de los años setenta, ha tenido una gran influencia en el día a día de los pamploneses y ha conocido diversos episodios que han ido modelando su estructura inicial, ajustándose a las necesidades de una población que llegó a verse encorsetada entre sus propios muros de sillares.*

*En 1987, el Ayuntamiento de Pamplona editó el libro "La Ciudadela de Pamplona", realizado por el historiador Juan José Martinena con el objetivo de recoger la historia de este emblemático recinto. Hoy, 24 años después de su primera publicación, ya podemos disfrutar de esta cuidada reedición de la obra, que añade importantes actualizaciones al trabajo original y vuelve a ofrecer a los lectores los amplios conocimientos de Martinena sobre las murallas de Pamplona y su patrimonio.*

*En estas páginas encontramos historias y anécdotas que hablan de un espacio vivo, muy presente en el desarrollo de Pamplona y que siempre ha ocupado un lugar central en las costumbres de la ciudad. De esta manera, podemos conocer los primeros diseños realizados por El Fratín en el siglo XVI, las visitas reales a la Ciudadela, el bloqueo de la plaza en 1813 o los ilustres prisioneros que permanecieron encerrados en el interior de sus celdas.*

*Para el Ayuntamiento de Pamplona constituye una excelente noticia volver a editar esta obra tan reseñable y poder aportar a los pamploneses una información pormenorizada de uno sus elementos patrimoniales más importantes. Porque actualmente, la Ciudadela, tras las actuaciones de restauración desarrolladas en la última década, es uno de los recintos abaluartados mejor conservados de Europa, y forma con la zona verde de la Vuelta del Castillo el principal parque de Pamplona, con unos 280.000 metros cuadrados.*

*En este sentido, espero y deseo que esta obra, así como todas las iniciativas que se están desarrollando en torno a la Ciudadela y al resto de las murallas, como el Centro de Interpretación de las Fortificaciones recientemente habilitado en el Fortín de San Bartolomé, sirvan para posibilitar su correcta conservación y promoción, para que futuras generaciones, al igual que hemos hecho nosotros, tengan la posibilidad de disfrutar de este magnífico patrimonio.*

*Por todo ello, deseo que esta publicación sea del agrado de los pamploneses. Estoy segura de que este excelente trabajo de Juan José Martinena constituirá un cauce de divulgación sobresaliente de la rica historia de nuestra ciudad.*

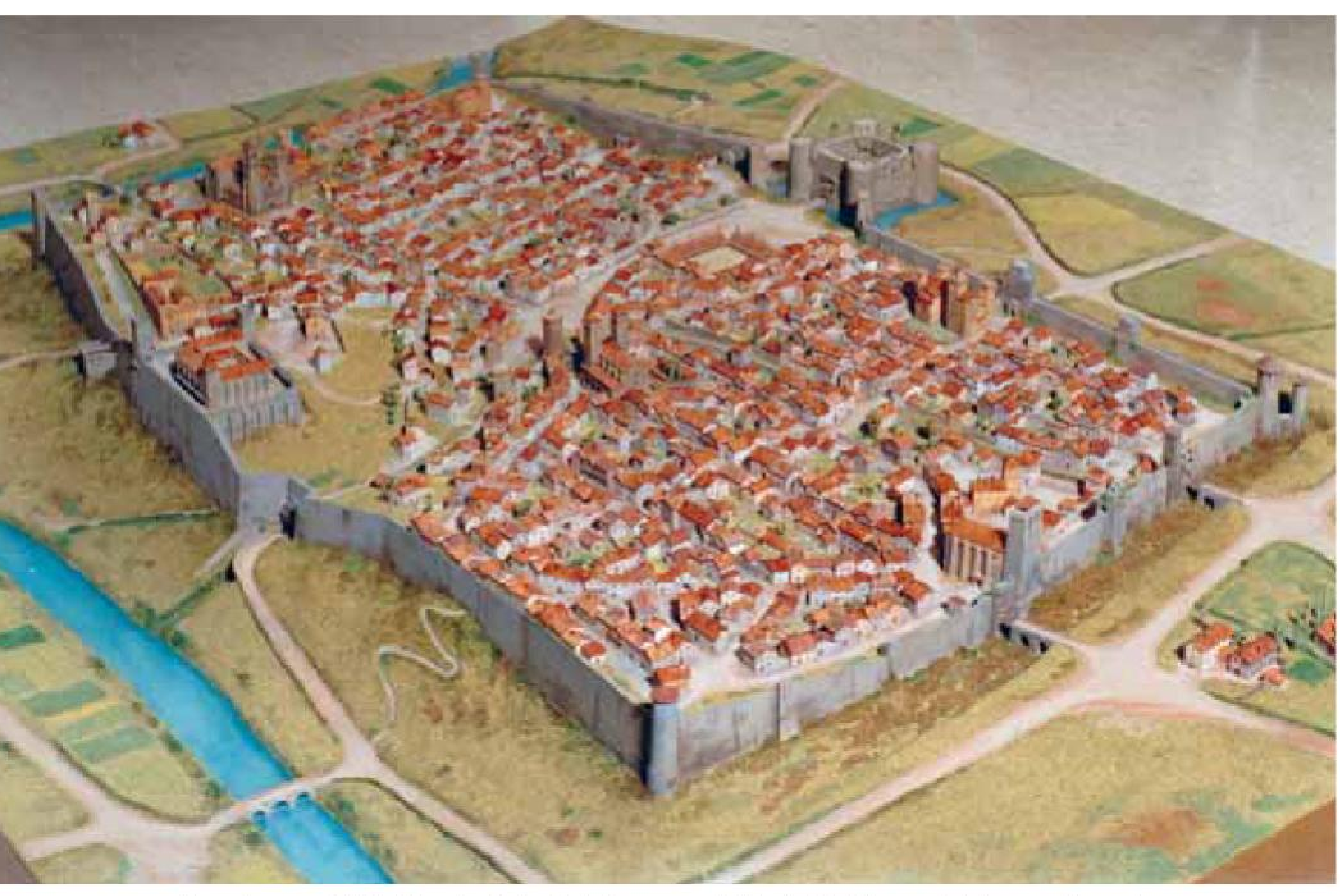
Yolanda Barcina
ALCALDESA DE PAMPLONA



En 1569, el ingeniero Juan Bautista Antonelli, uno de los más prestigiosos de aquella época, realizó una visita a Navarra, por orden de Felipe II, con el fin de examinar las fortificaciones de Pamplona y los caminos y pasos fronterizos, y elaborar un plan defensivo eficaz y viable, de cara a un posible ataque por parte de Francia. En el informe que, una vez cumplida su misión, elevó al rey, decía entre otras cosas:

"Pamplona, que es ahora más frontera que metrópoli… no sólo ha de estar bien fortificada, pero ha de tener un muy principal castillo, porque estando aún fresca la memoria del gobierno de su rey natural, y la licencia que tenían debajo de uno débil y la poca justicia que había para los poderosos, aunque gozan de mayor gobierno, justicia y seguridad cada uno, todavía es necesario asegurarse también, con una fuerza (fortaleza), de sus voluntades. Y estando Pamplona con un buen castillo, se estará seguro del peligro intrínseco; y siendo fortificada, lo estará de todo peligro estrínseco. Y haciendo en ella casa de munición y almacén de bastimentos, servirá para toda la frontera y para todo el reyno, y el virrey podrá, desde ella, proveer y remediar a todo lo demás…"[1].

(1) Servicio Histórico Militar de Madrid (SHM), actualmente Archivo Central del Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM). Colección Aparici. t. I, p. 103.



*Pamplona en 1521. Al norte -izda. de la imagen-, el Palacio Real, luego del virrey, y al sur el castillo de Fernando el Católico (maqueta de Juan Mª Cía)*

Las palabras de Antonelli, certeras y bien razonadas, hallaron eco inmediato en el real ánimo del Rey Prudente, que no sólo temía un ataque o penetración armada, siempre posible y varias veces consumado, por parte de la vecina y poderosa Francia, sino que además –y esto era lo más preocupante– no confiaba en la lealtad de los navarros hacia su corona, ni estaba seguro de cual sería su actitud en el caso de una nueva intentona francesa de traspasar los Pirineos.

Quedaba pues fuera de toda duda la necesidad de levantar una poderosa fortaleza en Pamplona, que fuese en lo sucesivo llave del Reino y de toda la zona occidental de la frontera. Se trataba ya únicamente de llevar a la práctica el proyecto en la mejor manera posible.

## El Fratín, un ingeniero de prestigio

Dos años después, en 1571, el capitán Jácome Palear –Giacomo Palearo en algunos documentos– recibía del rey el encargo de delinear los planos o trazas, como entonces se decía, de la nueva fortaleza. Este hombre, que a la sazón tenía unos cuarenta años, y al que se conocía ordinariamente por el sobrenombre de El Fratín, era uno de los más competentes y renombrados ingenieros militares con que podía contar el monarca. A lo largo de su carrera, dirigió las fortificaciones de San Sebastián, Fuenterrabía, Zaragoza, Monzón, Mallorca, Ibiza, Cullera, Alicante, Cartagena y Orán[2]. Su experiencia estaba suficientemente acreditada y gozaba de una merecida estimación por parte del rey.

Fratín proyectó la ciudadela de Pamplona siguiendo el modelo desarrollado por el célebre Paciotto de Urbino en 1568 en la de Amberes, que entonces se tenía como el prototipo de una fortaleza moderna. La planta sería un pentágono regular, con baluartes en forma de punta de flecha emplazados en los cinco ángulos. Los muros, de recia sillería, dispuestos en talud y terraplenados hacia el interior del recinto, para neutralizar en lo posible el efecto de la artillería, que empezaba a ser cada vez más temible y poderosa. Rodeando el perímetro de los muros, amplios fosos para obstaculizar la aproximación del enemigo y hacer más difícil el asalto. Para salvarlos y posibilitar la comunicación, puentes de madera sobre estacas o pilastras, con un tramo final levadizo, que se alzaba o bajaba por medio de un dispositivo basculante de cadenas y palancas. En resumen: una fortaleza a la italiana, como casi todas las del Renacimiento, de las que el propio Leonardo da Vinci llegó a diseñar algunos prototipos.

Hay que decir, dando a cada cual lo suyo, que no fue Fratín el único autor y creador del proyecto. Está documentalmente demostrada la directa intervención que tuvo en él don Vespasiano Gonzaga y Colonna, marqués de Sabioneda y duque de Trayetto, nombrado virrey de Navarra en marzo de 1572, que a sus servicios al rey y méritos militares unía unos vastos conocimientos de

(2) IDOATE, *Las fortificaciones*, pp. 76-77



*Traza de la Ciudadela de Pamplona, según el proyecto de El Fratín. AGS*

poliorcética. Un memorial, escrito unos años después, decía de él: "... tiene por hija a la ciudadela de Pamplona... la más insigne fábrica fortificada del mundo y la más bien entendida"[3].

Hubo discusiones, como era de esperar, antes de determinar el emplazamiento más idóneo para la ciudadela, hasta que, oídos los diversos pareceres, se optó por el que hoy ocupa; el cual, salvo algunas observaciones de matiz, ha sido considerado por los ingenieros militares de épocas posteriores como el más acertado. Únicamente se le veía el inconveniente de la desigualdad del terreno, que exigía realzar algo más la elevación de las murallas, y la necesidad de abrir pozos para garantizar el abastecimiento de agua potable, fundamental en cualquier unidad fortificada.

## Expropiación de los terrenos

Elaborados pues los planos, y aprobado el proyecto por el rey y su consejo, dieron comienzo las obras, desplegándose desde el primer momento una gran actividad. Una vez efectuadas las mediciones sobre el terreno, que entonces caía fuera del viejo recinto amurallado medieval reformado por Carlos V, se acordó empezar por los baluartes de San Antón y de la Victoria, los dos que miran a la parte de la ciudad, con la cortina de muralla que tenía que ir entre ellos. Se nombró para veedor o inspector de las obras a Lope de Huarte, dándole instrucciones precisas acerca de cómo debía ejercer su oficio[4].

Previamente al inicio de los trabajos, hubo que resolver el complicado asunto de las expropiaciones e indemnizaciones a los vecinos propietarios de las casas y

(3) Ibid. doc. núm. 12. Consta también que Fratín consultó al prior de Barletta, el mejor conocedor de la plaza según algunos documentos de la época.

(4) Este veedor estuvo suspendido temporalmente de su empleo por desajustes en las cuentas, siendo repuesto en mayo de 1578. (Archivo Real y General de Navarra, AGN. Mercedes Reales, lib. 12, fol. 259). Como pagador de las obras figura en estos años Miguel Pérez de Alarcón, al que se le aumentó el sueldo con motivo de las obras de la ciudadela (Ibíd. fols. 110 y 179v).

terrenos afectados. A este respecto, el propio capitán Fratín, declaraba como testigo en un proceso que tuvo lugar unos años después:

"… dixo que sabe este testigo que cuando él trazó la dicha ciudadela y fuerza, fue menester ocupar y tomar, como se ocuparon y tomaron, muchas heredades, güertas con sus norias y algunas casillas, y también las iglesias de San Lázaro y San Antón, con sus casas y heredades. Y que, echa la traza y descrición del circuito y espacio que avía que ocupar la dicha ciudadela y sus contornos, dio noticia y razón de todo ello este testigo al Capitán General, que al tiempo era el señor Vespasiano Gonzaga Colonna. Y por su orden, este testigo y los demás oficiales de Su Magestad mandaron avisar y llamar a los dueños de cada casa, a sus tiempos, para que en su presencia o de quien les pareciese, con medidores y estimadores expertos, se midiesen y se estimase cada cosa justamente, porque no recebiesen agrabio en su balor Su Magestad o los tales particulares. Y se mandó asentarlo todo en los libros de Su Magestad, para pagar a cada uno lo que le cabía..."[5]

## Bendición de la primera piedra

El 11 de julio de 1571 se celebró con toda solemnidad la inauguración de las obras; la primera piedra, que diríamos hoy. Ignacio Baleztena, bajo el seudónimo de Tiburcio de Okabio, recordaba así la efemérides en sus inolvidables Iruñerías:

"Dijo la misa don Diego Ramírez Sedeño de Fuenleal, obispo de Pamplona, y después de acabada, él y toda la clerecía y frailes de todos los monasterios, salieron en procesión solemne hasta la nueva obra, que fue bendecida por el señor Obispo. A sus cinco baluartes se les bautizó con los nombres de Real, Santiago, San Antón, Santa María y la Victoria.

(5) IDOATE, ob. cit. doc. núm. 11. A la orden de San Antón se le indemnizó con 2.225 ducados.

“Hallóse en la procesión y en todos los demás actos el excelentísimo señor don Vespasiano Gonzaga Colonna, virrey y capitán general por Su Magestad del Reino de Navarra y provincia de Guipúzcoa...”.

“Meses más tarde, en 28 de octubre, día del bienaventurado evangelista y apóstol San Lucas, el excelentísimo señor don Vespasiano Gonzaga hizo entrar y puso la primera guarnición de la nueva fortaleza, que fue la compañía del capitán don Alonso de Cosgaya, que estaba de guardia en la ciudad. Después de colocar las guardias, salió el capitán de la ciudadela, dejando en ella a su alférez, pues él tenía a su cargo la guarda de la ciudad. Don Nuño González, alférez del capitán Campuzano, con la gente de la compañía, quedó en el Castillo Viejo, pues el capitán se hallaba guardando, con algunas gentes, los puertos de la frontera de Francia.

“El primer alcaide de la ciudadela, puesto por Su Magestad, fue don Hernando de Espinosa, sobrino del cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo Real de Castilla e Inquisidor mayor, obispo de Sigüenza[6].

Los primeros trabajos consistieron fundamentalmente en la excavación de los terrenos, abriendo zanjas primero y profundizando y ensanchando después lo que más tarde serían fosos, aprovechando la tierra resultante para el relleno o terraplén interior de los futuros muros y baluartes.

Aquel mismo año, las armas españolas al mando de don Juan de Austria, lograban en aguas del golfo de Lepanto una de las victorias más gloriosas de su historia contra la armada turca. El triunfo de la Cruz sobre la media luna o, como escribió Miguel de Cervantes, “la más alta ocasión que vieron los siglos...”.

(6) Artículo publicado en Diario de Navarra, 11 de septiembre de 1949.

## Atropellos del virrey contra los navarros

Como ya se había hecho anteriormente, con ocasión de la construcción del Castillo Viejo por Fernando el Católico, se volvió a recurrir nuevamente a los pequeños pueblos de la cuenca y de los valles más próximos a Pamplona, para que contribuyesen a las obras con peones y braceros, y al acarreo de materiales de construcción con sus bestias, carros y yuntas de bueyes. Con este motivo, debido fundamentalmente a los abusos y arbitrariedades que a cuenta de ello se cometían por los sobrestantes y comisionados, hubo numerosos pleitos ante la Real Corte, como el que siguieron los jurados y vecinos de Villava en 1572 [7].

El descontento se fue haciendo tan general que en 1573 un hombre de leyes, el licenciado Olano, se creyó en el deber de poner el asunto en conocimiento del rey: "... He entendido –decía en su memorial– que los navarros están muy sentidos y fatigados, y se quexan mucho del áspero tractamiento que les haze Vespasiano de Gonzaga, Visorrey del dicho Reyno... porque continuamente les ha hecho y les haze andar en las fortificaciones de las obras de Pamplona, sacando los labradores de sus casas en los tiempos más necesarios del año, y llevándolos muchas vezes y por días señalados, les hace estar por fuerza todo lo que más le paresce. Y lo peor es que no les paga sus jornales y padescen mucha hambre y trabaxo; y muchos hombres honrados, que tienen de comer en sus casas, son compelidos de pedir limosna en Pamplona para comer y trabaxar en las obras, por no pagarles ni dexarles yr a sus casas, de que soy testigo porque lo bí antes de que partiese del dicho Reyno; y a algunos vezinos míos les dí de comer y dineros por limosna, y me han certificado que algunos han muerto de pura hambre por no pedir, y que por esto hay mucha esterilidad y necesidad en todo aquel Reyno...". Incluso a los hidalgos, a quienes siempre se les había respetado sus exenciones y prerrogativas, se les había empezado a molestar, obligándoles a entablar costosos pleitos para defender su nobleza y calidad y no tener que contribuir económica ni personalmente en la fortificación. Olano lo comunicaba a Felipe II en la certeza de que tales abusos no podían ser

(7) AGN. Tribunales Reales, Procesos, núm. 68.657.

de su agrado, “pues siempre les ha hecho –a los navarros– merced y fabor, y tractado y mandado a sus Visorreyes que los tracten benignamente”. Por ello, una vez informado de lo que ocurría, podría poner remedio a tanto abuso[8].

También las Cortes de Navarra se hicieron eco de las quejas y protestas elevadas por los pueblos afectados. El virrey había recibido el encargo de llevar adelante la construcción de la ciudadela y estaba decidido a cumplir su misión con la mayor diligencia y eficacia posibles, *manu militari*. Hombre por lo demás honrado y laborioso, su exceso de celo fue lo que le acarró la antipatía y animadversión de los navarros, acostumbrados de antiguo a una mayor templanza en quienes les dirigían y mandaban.

## Derribo del castillo de Estella y venida de El Fratín

Dejando aparte estos problemas y tensiones, inherentes por lo demás a cualquier empresa de esta envergadura, lo cierto es que las obras iban avanzando a buen ritmo, dentro de las posibilidades y medios de la época. Tan pronto como la ciudadela estuvo en condiciones de poder admitir tropa, se ordenó la voladura y demolición del castillo de Estella, y el traslado a Pamplona de los soldados que integraban su guarnición. Entre ellos había alguno de 60 y hasta de 70 años, cosa que hoy nos resulta sorprendente.

Al propio tiempo –era el año 1574– se dispuso también la traslación de la capellanía de San Miguel, de la fortaleza estellesa a la ciudadela de Pamplona, por lo que puso pleito ante la Real Corte el capellán del Puy, que hasta entonces había venido percibiendo 10 ducados anuales de estipendio, por las tres misas semanales que celebraba para las gentes de armas[9].

(8) AGN. Reino, Virreyes, leg. 1, carp. 4.
(9) IDOATE, *Las fortificaciones*, nota 50.

El 4 de julio de 1578, Felipe II ordenó al capitán Fratín que, a la mayor brevedad posible, se trasladase a Pamplona a reconocer el estado de las obras y disponer lo necesario para continuar la fortificación:

"... Os encargamos y mandamos que luego, entregándoseos esta carta, os partáis y vayáis a la dicha ciudad de Pamplona, a las mayores jornadas que pudiéredes. Y llegado a ella, veáis y reconozcáis la dicha Fortaleza; si lo que se a hecho hasta aquí en ella a seído conforme a la traza y orden que dejásteis o se ha escedido della y en qué cosas. Y habiéndola reconocido y considerado bien, tracéis y ordenéis lo que se oviere de hacer, así en la fortificación de la dicha ciudadela como en la Ciudad; y así mismo, las casamatas que será necesario hacer y en qué partes y de qué forma, grandor y suerte. Y habiéndolo hecho y dejado la traza y orden muy particular y cual conviene en todo ello, de manera que no se pueda herrar, para que conforme a ella se baya proseguiendo en la dicha Fortaleza y se hagan las dichas casamatas, bolbáis a esta mi corte o a donde yo me hallare, trayendo copia de la dicha traza y orden, para hacer relación de todo y que conforme a ello y a lo que pareciere, se pueda mandar lo que más combenga..."[10].

Según parece, las primeras construcciones defensivas de la ciudadela y murallas, levantadas provisionalmente de tierra y fajina, se habían ido desmoronando por efecto de la humedad y de las lluvias, con lo cual el recinto era penetrable, en caso de ataque, por toda la parte suroeste de la ciudad, con el consiguiente grave riesgo.

## Modificación del recinto amurallado

Hay que advertir, llegados a este punto, que la construcción de la ciudadela en su actual emplazamiento hizo necesaria la modificación de buena parte del

(10) Ibíd. doc. núm. 8.

recinto amurallado de la ciudad, para conectarlo con la nueva fortaleza. La antigua muralla medieval, partiendo del Castillo Viejo –situado aproximadamente por donde hoy está el jardín de la Diputación y la iglesia de San Ignacio– seguía la alineación de los números pares del paseo de Sarasate; junto a la iglesia de San Nicolás, que hasta 1521 estuvo fortificada, se abría la puerta del mismo nombre. Frente al Parlamento, donde se levantaba el bastión de la Torredonda, doblaba en ángulo por la calle Navas de Tolosa; en la desembocadura de San Antón estaba la puerta de las Zapaterías o de la Traición. Seguía por la calle Taconera y Rincón de la Aduana, hasta enlazar con la torre y portal de San Lorenzo o San Llorente. De allí, por las plazas de Recoletas y de la Virgen de la O, donde estaba situada la puerta llamada de Santa Engracia, continuaba hasta formar ángulo recto con el lienzo de lo que hoy es paseo de ronda de los Descalzos[11].

Tras la construcción de la ciudadela, los dos nuevos frentes de la muralla se trazaron más avanzados hacia la parte del campo, comprendiendo dentro del recinto de la Plaza todo lo que hoy son Jardines de la Taconera, Bosquecillo, calle Navas de Tolosa, Paseo de Sarasate, plaza del Vínculo y calles de Estella y Cortes de Navarra. En el frente Sur, que fue derribado íntegramente entre los años 1918 y 1921, se abrió la nueva puerta de San Nicolás, situada en la actual avenida de San Ignacio, a la altura aproximadamente de donde hoy están los Cines Carlos III. En el otro frente, el del Oeste, que todavía se conserva aunque con algunas alteraciones, se emplazó la puerta de la Taconera, cuyo arco y frontis –reconstruido en 2002– fueron desmontados en 1906 para facilitar el paso de vehículos y carruajes.

Todo este importante sector del recinto amurallado, con los nuevos baluartes de la Reina y San Nicolás por un lado, y los de la Taconera y Gonzaga por el otro, fueron erigidos al principio, lo mismo que la propia ciudadela, únicamente de tierra y fajina, excavándolos y macizándolos en el propio terreno. De ahí la urgencia que había en 1578 de proceder lo antes posible a encamisar los muros y bastiones; es decir, revestir sus caras exteriores a base de piedra de sillería,

(11) MARTINENA, *La Pamplona de los burgos*, pp. 272-274 y 325-327.

dándoles así la estética, consistencia y fortaleza necesarias. Aunque Vespasiano Gonzaga había cesado como virrey en 1575, las quejas de los pueblos en relación con las obras de fortificación continuaron en tiempo de sus sucesores don Sancho Martínez de Leiva y don Francisco Hurtado de Mendoza, marqués de Almazán, este último nombrado el año 1579. El motivo solían ser ahora las discrepancias en lo referente al precio por el transporte y suministro de materiales de construcción, especialmente madera y cal. En 1580 protestaban airadamente los lugares de Anocíbar y Sorauren, donde al parecer funcionaban caleras, porque les hicieron traer 240 cargas de cal para la ciudadela y luego se emplearon en las obras del convento de Sto. Domingo; y también los de Esparza, que reclamaban un ducado por cada árbol cortado en sus términos[12].

## Estado de las obras en 1581

Del año 1581 se conserva un interesante relación, redactada por García de Mendoza, que suministra noticias fidedignas acerca de cuál era el estado de las fortificaciones de Pamplona en aquel tiempo. Dice este ingeniero, refiriéndose en concreto a la ciudadela:

"Quanto a la fortificación de la ciudadela y la Ciudad, lo que el Fratín a designado y muestra querer hacer es cosa muy buena, teniendo efecto. De los cinco baluartes que tiene la ciudadela, los tres están por fuera y los dos dentro de la Ciudad, y ciñen los dos brazos que vienen a la fortificación y a la Ciudad.

"Ay en estos baluartes de los que están fuera, que son tres, seis frentes de muralla hasta el cordón, sin cortina ni casamata donde se pueda tener fuerza alguna, ni en la de abajo ni en la de arriba. Todo lo demás es de fajina y tierra, que hizo Vespasiano Gonzaga, lo cual, con el agua y el tiempo, como es de tierra, se ha desmoronado. A esto se podría mandar tapiar lo que está caído,

(12) Cortes de Pamplona de 1580, ley 100. Novís. Recop. lib. V, tít. XIX, ley XII.

hasta que se haga la camisa de muralla que a de haber alrededor, y con poca costa se podría estorbar el decir que con facilidad se puede subir a lo alto de las plazas. Y habiendo, como hay, materiales apropiados de cal y piedra al pie de la obra, y cimientos abiertos, es bien ponerlos en la obra; lo uno, porque fortificaría el terrapleno, que no se cayese del todo, y lo otro sería dar lugar a que los naturales llegasen al pie de la obra, en que se correría mucho por no traerlo dos veces...[13].

Después de efectuar un breve pero completo repaso a los distintos puntos del recinto de la ciudad, exponiendo los defectos observados y necesidades más urgentes, mostraba su parecer en el sentido de que la tarea que había que acometer con mayor prioridad era la de “acabar de fortificar la ciudadela, que es el nervio de todo aquel Reino, y donde se han de recoger la poca gente de las compañías castellanas que allí estuvieren dentro”.

Por este tiempo todavía estaba en uso el llamado Castillo Viejo, mandado construir por Fernando el Católico en 1512. Tenía una dotación de cien soldados, al mando de uno de los tres capitanes de infantería que había en la guarnición de Pamplona. “Es un castillo a lo antiguo –escribía García de Mendoza– con cuatro torreones de muy buena muralla, que puede servir de caballero a los baluartes y cortina de la fortificación nueva. Sirve de tener artillería y arcabuces, balas, picas, pólvora y trigo”[14].

Como puede verse por este documento, en 1581, a los diez años del comienzo de las obras, el estado de la ciudadela dejaba aún mucho que desear, con la mayor parte de los frentes todavía sin revestir.

Las obras iban adelante, con arreglo a los planos y proyectos de Fratín, pero adoleciendo continuamente de escasez de caudales, lo que hacía que se adelantase poco o, cuando menos, que no se avanzase al ritmo que las necesidades requerían, por tratarse de una plaza de frontera. Aparte,

(13) IDOATE, ob. cit. doc. núm. 9.
(14) Ibíd.

continuaban las quejas y reclamaciones de los pueblos por el poco sueldo que se pagaba a los peones o por los abusos en la saca de materiales, que en ocasiones adquiría caracteres de verdadero expolio[15].

## Nuevo viaje de El Fratín

Ese mismo año de 1584, el 13 de noviembre, llegó a Pamplona por segunda vez el ingeniero Fratín, con cartas del rey para el virrey marqués de Almazán, para inspeccionar el estado de las obras e informar al rey directamente sobre el asunto. El 24 de noviembre elaboró el informe solicitado[16], por el que vemos que la ciudadela se hallaba más o menos en el mismo estado que la describía tres años atrás García de Mendoza.

"He hallado –decía refiriéndose a las obras– que las que se an hecho después que yo me fui de aquí, han sido conforme a las trazas y órdenes que yo dejé por mandado de Vuestra Magestad, y bien hechas. Pero he hallado menos obra de la que yo tenía entendido de hallar. Débelo de haber causado el no aber tenido dineros para ellas, según me dicen".

"Los tres baluartes de la ciudadela de hacia la campaña, que se aforraron de cantería antes de irme, están en el mismo altor y ser que yo les dejé, abierto el cimiento. Háse fabricado otro después acá y está en el altor de los otros tres. El quinto y el último baluarte está su muralla y aforro en el altor de nueve pies desde su cimiento, computada la obra que se ha hecho en él desde que yo llegué aquí, y váse perseverando en él con toda diligencia. Y he mandado crecer alguna gente para gozar de este buen tiempo que Dios nos ha dado después

(15) Las Cortes de 1580, en su ley 103 aumentaron el precio y portes de la cal de 4 y medio a 5 maravedís el robo y de 2 a 3 maravedís por legua y quintal acarreado. En 1590, los Tres Estados aprobaron un nuevo aumento de 5 a 6 maravedís en el precio del robo y de 3 a 4 y medio por legua y quintal el acarreo. Ese mismo año se mandó que a los pueblos que trajesen cal no se les forzase además a poner los peones ni las caballerías, no disponiendo de ellas. (Novís. Recop. lib. V, tít. XIX, leyes III, IV y XVIII).

(16) IDOATE, *Las fortificaciones*, doc. núm. 10.

que yo estoy aquí, que no es para mí poca ventura, según costumbre de esta tierra, aunque por el camino tuve el tiempo muy lluvioso... Los terraplenos y foso están en la misma manera que yo los dejé, que no se ha hecho después acá cosa alguna en ellos. Y aunque desde luego he dicho que se enbíe por gente para empezar en algunas partes dél, porque importa y porque podría ser que el tiempo diese lugar, mañana empezaré a abrir el cimiento de una de las cortinas y cimentarla.

"En cuanto a las casas de dentro, que se decía cataban mal aire por causa que surgía agua en ellas, todo esto no es nada, ni para tales casas sería menester ningún conducto, porque en ellas no surge agua ninguna, y para la llovediza se le dará su curso con facilidad. Sólo se habrá de hacer, cuando sea menester, los conductos para las plazas, que el conducto principal se dejó hecho antes de irme, y bien hecho, y sirve. Todas las demás cosas tocantes a las dichas obras, así por de dentro como por de fuera, se irá haciendo en ellas todo lo que más conviniere al servicio de Su Magestad..."[17].

En otra carta anterior, el Fratín había expuesto al rey la conveniencia de derribar la muralla vieja de la ciudad, en la parte que miraba hacia la ciudadela, rellenando el foso con los escombros, para evitar de ese modo que sirviese de padrastro o posición contraria respecto a la fortaleza. Felipe II escribió sobre ello al marqués de Almazán, disponiendo que se hiciese así si se creía conveniente. Y en otra carta dirigida al ingeniero el 24 de noviembre, terminaba diciéndole: "Lo de comenzar a derrivar la muralla vieja para aprovechar de la piedra della para la obra de la ciudadela, por haver poca provisión della y de cal, está bien. Y pues la falta dello a estado en no haver proveydo dinero, se dará orden de yr enviando el que, como se ha avisado, está proyectado para la fortificación de la dicha ciudadela"[18].

(17) Ibíd.
(18) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 6

El año siguiente, 1585, el Consejo de Guerra manifestó al rey la conveniencia de continuar habilitando fondos para llevar adelante las obras, bajo la dirección de El Fratín, que, según se puede ver por la documentación de la época, pasó todo el año en Pamplona, supervisando personalmente la marcha de los trabajos. También se tomó la acertada resolución de mantener en pie el Castillo Viejo hasta que estuviese el nuevo –la ciudadela– enteramente concluido, para que la plaza pudiera contar, en caso de peligro, cuando menos con una fortaleza en condiciones de defensa[19]. No obstante, la penuria de medios dio lugar a que poco tiempo después se iniciase el despojo de sus materiales, para aprovecharlos en las obras, convirtiéndolo de hecho en una cantera cómoda y barata, que además ofrecía la ventaja de suministrar la piedra ya trabajada y cortada en forma de sillares.

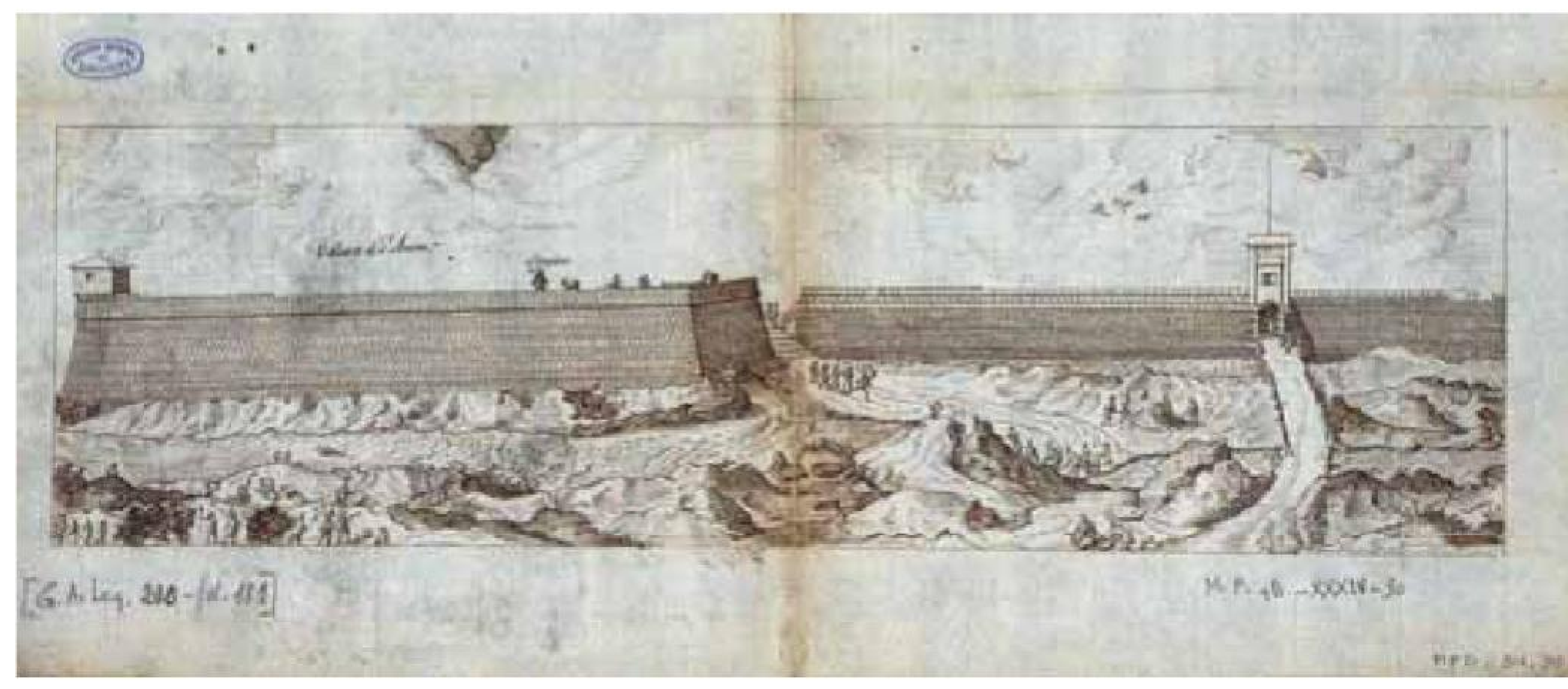
El 20 de octubre de ese mismo año, el virrey marqués de Almazán, cumpliendo órdenes del rey, dictó una provisión mandando derribar y allanar "paredes de huertas, terraplenos, cavas y todas las demás cosas que puedan ser en daño y perjuicio de la fortificación de esta Ciudad y de su ciudadela". Por entonces, se trazó la calle Nueva sobre lo que antiguamente fue foso del Burgo de San Cernin. Al propio tiempo se renovó la antigua prohibición de edificar o cultivar a cierta distancia de la muralla, sometiendo al criterio del capitán Fratín cualquier solicitud de permiso que en esta materia se presentase.

## Unos sillares mal aprovechados

Según parece, en 1586, o tal vez al finalizar el año anterior, se produjo el fallecimiento de Jacobo o Jácome Palear, el Fratín, siendo sustituido en la dirección de las obras por su hermano Jorge, también ingeniero y experto en materia de fortificaciones. En el verano de 1587 se trabajaba en el lienzo de muralla comprendido entre la puerta principal y el baluarte de San Antón,

(19) IHCM. Col. Aparici, tomo I, p. 181

empleando piedra de sillería procedente del castillo viejo, que era de tamaño distinto y afeaba el aspecto del muro. La cosa no agradó al veedor don Luis Carrillo de Toledo, que con fecha 28 de agosto, se apresuró a ponerlo en conocimiento del rey:"... Queriendo acabar de levantar la cortina de la puerta que



*Curioso dibujo de la época, que representa el estado de las obras de la Ciudadela en 1587. AGS*

corresponde con la casamata y baluarte de San Antón, ha comenzado a poner desde la mitad della arriva, los sillares que va sacando del Castillo Viejo, en que ay tanta desigualdad que los dichos sillares del castillo son la mitad mayores que los ordinarios que hasta aquí se han puesto en toda la obra. Y aunque le envié a decir, desde la primera hilada que puso, que no me satisfacía y que no pasase con ello adelante, lo continuó otro día, queriéndome persuadir de que parecería mejor, lo qual entiendo muy al revés, y antes bien que es un remiendo muy claro y indigno de que en una fábrica tal Real como ésta le haya. Pues ya que quisiera él disimularlo, como lo ha procurado, con hacer poner una hilada de sillares grandes y otra de chicos, havía de ser en toda la cortina y no desde la mitad della arriva; demás de que en la cortina que en el mismo lienzo corresponde al baluarte de la Victoria, que ambas a dos ciñen la puerta, no comienza esta obra en un mismo peso. Todo lo cual es de mucha consideración,

por ser en el rostro de la fuerza adonde principalmente se pone y a de poner los ojos. Y así, pudiendo él como puede aprovecharse de estos sillares para las cortinas que miran al campo, me ha parecido advertir de ello a Vuestra Magestad para que mande se remedie, pues agora se podrá hacer con facilidad y poca costa, y después no"[20].

Y añadía esta posdata: "Para que V.M. bea ocularmente la desproporción de los sillares que arriba escribo, imbío a V.M. un retrato dello, sacado por un hijo del secretario Aquilón, mozo muy ábil y virtuoso, en que imita muy bien a su padre".

El retrato o dibujo a que alude la carta es un testimonio gráfico ciertamente curioso, por ser coetáneo de la época de la construcción de la ciudadela. Representa el baluarte de San Antón y una parte del lienzo de muralla en el que se abre la puerta principal, es decir, por donde hoy discurre la avenida del Ejército. En el ángulo del baluarte hay una garita cuadrada, de buen tamaño, con tejado a cuatro aguas. En la parte opuesta a la garita, el propio Fratín, con capa y sombrero, supervisa personalmente la colocación de una hilada de sillares en el remate del parapeto. En el foso, se trabaja activamente en la excavación y desmonte del terreno. Soldados armados con alabardas vigilan a los peones, mientras al pie de la rampa de subida al baluarte, un capataz castiga con un palo o vara a una mujer que lleva un cesto sobre la cabeza. En el muro contiguo a la puerta, el dibujante ha querido resaltar con todo detalle el defecto que se trataba de denunciar, tal vez exagerando un poco en el dibujo el mal efecto estético que produce la alternancia de hiladas de piedra de distinta anchura[21].

A pesar de todo, no debía de estar descontento el virrey de la actuación profesional de El Fratín, salvo ciertas diferencias de criterio como la que acabamos de reseñar. Así parece deducirse de otro párrafo en el que comunicaba al rey que "se entiende con priesa en la obra y cuidado que conviene a lo general, acudiendo Jorge Fratín con mucha satisfacción hasta agora..."[22].

(20) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 7.
(21) Archivo General de Simancas, Mar y Tierra, leg. 212. (Copia en la Col. Aparici del IHCM).
(22) Vid. nota 20.

## Ingenieros rivales, criterios opuestos

En septiembre de ese mismo año 1587, el Consejo de Guerra dictaminó que se debía seguir el proyecto elaborado con anterioridad por el fallecido Fratín. Para llevarlo a cabo se nombró maestro mayor a Jerónimo Marqui, al cual se le habrían de quemar dos años más tarde los planos o trazas originales de la fortaleza, con ocasión de un incendio que padeció la casa que poseía en El Escorial. Un capitán de apellido Venegas estuvo ocupado por esos días tratando de localizar en el archivo los planos, que se necesitaban para poder reemprender las obras[23]. Según parece, se trabajaba activamente en dejar terminado el baluarte de San Antón.

Un hijo de Jorge Fratín, Francisco, aparece ya en la documentación del año 1590, suscribiendo un informe dirigido a Felipe II sobre el estado de las fortificaciones. Debía de ser bastante joven, porque él mismo reconocía que le faltaban todavía la experiencia y méritos de sus mayores. En el citado informe manifestaba que a la sazón se iban desmochando o rebajando los muros del Castillo Viejo, "llevando de continuo su despojo a la ciudadela"[24].

Por este tiempo pasó por Pamplona el ingeniero Tiburcio Espanochi, que, como era obligado, redactó su correspondiente memoria o informe sobre las fortificaciones. En dicho documento hacía enumeración de los defectos que apreció en la ciudadela, particularmente en lo referente a las características de los fosos y cimientos de la muralla. En realidad, por encima de juicios o apreciaciones técnicas, el escrito llevaba aparejada una acerva crítica a Vespasiano Gonzaga, virrey al tiempo del inicio de las obras y que tan decisiva intervención tuvo en el proyecto. El informe dio bastante que hablar entre los ingenieros de la época, y muy pronto se dividieron las opiniones, unas a favor de Espanochi y otras en contra de éste y a favor de Gonzaga. Un memorial favorable a este último venía a decir que si había objeciones y dudas sobre sus proyectos y actuación, lo primero que había que hacer era llamarle y escuchar

(23) IHCM. Col. Aparici, t. I, p. 186.
(24) Ibíd, p. 192.

su parecer, valorando sus razones y argumentos. Aludía de paso a posibles falsificaciones y manipulaciones hechas sobre los planos originales por Jorge Fratín y algún otro, y también a que Fratín el Viejo no respetó las directrices marcadas por Gonzaga, al iniciarse las obras: "... Porque yo no estoy muy asegurado que Jácome Fratín guardara muy castamente las ordenes de Vespasiano, antes sospecho que alteró..."[25].

Según se ve en la documentación, se estaba haciendo un refoso o fosillo al pie de algunos baluartes y murallas, cosa que no proyectó Gonzaga, "sino que pensó en hacer un anchísimo foso profundo, cumplido y limpio, que ni con manos ni con ruinas de baterías le pudiesen henchir jamás los enemigos. Y cuanto a la hondura del foso, Vespasiano presuponía que había de ser muy muy hondo, con infinita agua; porque allende de que nace mucha en él, una de las causas que le movieron a salir a la campaña con la ciudadela, apartándose de la Ciudad, fue tomar dentro el nacimiento del agua; porque si se quedaba fuera, los enemigos se la podrían quitar fácilmente..."[26].

Espanochi señaló como defecto que en ninguna parte se habían sacado los cimientos más de doce pies en el firme, que además era como ceniza. No conocía bien la tufa de esta zona, la cual, "aunque descubre una corteza bien delgada, blanda y floja, es como una dura peña; y no es greda, porque la greda es algo diferente. Que si fuera greda, las iglesias y todas las casas de Pamplona no se fundaran sobre la tufa...". Otra objeción que hacía era sobre la altura insuficiente de las cortinas y baluartes, que él regulaba con respecto a la de las casas de la ciudad, cuando bastaba que fueran más altas que las escalas que se podrían emplear en un asalto. En otro caso, habría que realzarlas con arreglo a las bóvedas de San Nicolás y del Castillo Viejo, desde donde se podía poner artillería contra la ciudadela.

(25) IDOATE, ob. cit. p 83.
(26) Ibíd. doc. núm. 12.

## Memorial de Antonio de Herrera

Por este tiempo, 1592, se escribió otro memorial, pero de signo opuesto al que acabamos de reseñar. Su autor fue Antonio de Herrera, e iba dirigido en contra de Vespasiano Gonzaga y Fratín el Viejo; no sólo en lo referente a sus proyectos y realizaciones, sino incluso a su actuación en general, que no queda en el escrito muy bien parada[27]. De la puerta principal de la ciudadela, dice textualmente: "... ella dirá qual es, fea, desproporcionada y de piedra blanda y mal puesta, y su cortina tiene descuviertos los cimientos y hecha una poca de barriga". Hay algunos párrafos de tono verdaderamente acusatorio: "Todo su lenguaje era engañar con apariencia a Su Majestad, dándole a entender que en poco tiempo y con poco dinero havían hecho mucho, siendo todo al revés, porque con mucho dinero hacían poco y malo, como por la obra se ve. Mírese toda para remediarlo e arreglarlo, sin dar crédito a los que la alabaren". Y más adelante, añade: "Y el capitán Fratín engañó su parte, pues él es causa de que en la ciudadela se han muerto muchos soldados de frío, porque los aposentos son de medio ladrillo, como se ve, y los altos son de medio ladrillo y lodo; y así están los dichos aposentos hechos una criva, como se verá". Terminaba con una observación bastante acertada, que figura también en algún otro memorial de esta época:

"... Es de notar que sobre la iglesia de San Nicolás, que hay bóvedas, se puede poner artillería contra la ciudadela, que fue otra de las causas que movieron a Vespasiano para apartarse a la campaña, y que en la Fortaleza Vieja se haya de hacer casa llana, con abrir ventanaje y derribar la cortina que mira hacia la ciudadela, bolbiéndola a levantar muy delgada para derriballa de un cañonazo, y que esta casa sirviese para el Virrey y Consejo, y el gasto se pasase a la ciudadela"[28].

El informe de Herrera citaba por su nombre y apellidos a todos los que, según sus noticias, "sustentaron y apoyaron al dicho Jorge (Fratín) y sus yerros grandes,

(27) MARTINENA. *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 8.
(28) Ibíd.

en deservicio de Su Majestad y de la real fábrica de la ciudadela... Y también ayudaron a solapar y ahogar la verdad, para que no llegara a oídos de Su Majestad, más de 3.000 ducados que el ingeniero repartió con los que le ayudaron, de que parte de ellos llevó el Calabrés. Y a este, con industria (con engaño), los Fratines le han tenido en el oreja a Su Majestad, diciéndole mil bienes de ellos y de lo mucho que le sirven...". A raíz de tan graves acusaciones, la Auditoría de Guerra inició proceso contra algunos de los que parecían más implicados en el asunto, en el que parece debió de haber manejos y actuaciones no del todo claras[29].

## Felipe II visita las obras

El viernes 20 de noviembre de 1592 llegó a Pamplona, en visita oficial que diríamos hoy, la católica, sacra, real majestad de Felipe II. Eran las dos de la tarde cuando la regia comitiva llegó ante las puertas de la ciudad, donde le aguardaban los regidores con sus recién estrenados trajes de gramallas, las autoridades eclesiásticas y civiles y los principales caballeros, y una inmensa multitud de gentes, ávidas de ver en persona al monarca más poderoso y temido de la Cristiandad. Aquel acontecimiento tuvo un cronista de excepción en la persona de Enrique Cock, un holandés que venía con el séquito del rey y que reunía en su persona las dispares funciones de escribano, notario apostólico y arquero de la guardia real. Este curioso personaje describió así la llegada del rey:

"Su Majestad se apeó en unas tiendas, cuyas haldas estaban alzadas. Frontero de ellas estaba el Castillo Nuevo (alude a la ciudadela), donde se tiraron sesenta piezas de artillería, una a una, que atronó toda la gente. Hízose este recibimiento viernes a 20 de noviembre y sacó la ciudad (el Ayuntamiento), por orden de su Virrey don Martín de Córdoba, marqués de Cortes, tres mil hombres de armas de sus ciudadanos, mil de ellos con lanzas y el resto arcabuceros, los cuales

(29) IDOATE, *Las fortificaciones*, p. 84.

pasaron todos (desfilaron, diríamos hoy) a vista de Su Majestad. Estaba la guarda del reino de trecho en trecho, armada, en sus caballos ligeros..."[30]. Tras la parada militar –el alarde, que decían entonces– pasaron a cumplimentar al rey y besar las reales manos el virrey, el obispo, el ayuntamiento y los tribunales de Corte, Consejo y Cámara de Comptos.

El siguiente día, 21 de noviembre, sábado, Felipe II quiso ir personalmente a la ciudadela, para ver por sí mismo el estado de las obras que tanto tiempo, dinero y desvelos le venían costando. Dice a este respecto el relato de Cock:

"Su Majestad mandó hacer en lugar conveniente un lindísimo castillo nuevo de piedra gruesa, con sus baluartes, fosos y todo lo demás que conviene a una buena fortaleza; el cual, aunque del todo no está acabado, bien se ve la traza y manera que tendrá". A continuación, hace una referencia al antiguo castillo construido por Fernando el Católico, en cuya defensa cayera herido Íñigo de Loyola en 1521: "Hubo otro castillo viejo que ya va casi asolado y no es de provecho"[31]. De esta antigua fortaleza, por cierto, se arrancó en esta ocasión el escudo con las armas imperiales de Carlos V que campeaba sobre su puerta, para colocarlas en la entrada del palacio del virrey –la antigua Capitanía, hoy sede del Archivo de Navarra– donde aquellos días se alojó el rey con su esposa doña Ana de Austria, el príncipe don Felipe, futuro Felipe III, y la infanta doña Isabel Clara Eugenia.

El rey permaneció en Pamplona hasta el día 23 por la tarde. El domingo 22, tuvo lugar en la Catedral la solemne ceremonia de la Jura del Príncipe; éste juró ante las Cortes guardar y hacer guardar los fueros y leyes, usos y costumbres del Reino, y una vez observada esta secular tradición, los Tres Estados le juraron y reconocieron a su vez como heredero de la Corona de Navarra. Hubo luminarias las tres noches, repartiéndose para ello hachas al vecindario.

(30) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, pp. 27-29. Ver también IDOATE, ob. cit. nota 58.
(31) Ibíd.

Consta documentalmente que Juan de Landa pintó entonces, por encargo del Regimiento o Ayuntamiento, un lienzo de regulares dimensiones que representaba "la ciudad con la ciudadela, de la manera como al presente está, con una tarjeta para poner en medio un letrero en que se diga de la venida de Su Majestades y Altezas, y en qué día entraron y qué regidores fueron..."[32]. ¿Dónde habría ido a parar, con el paso del tiempo, este curiosísimo testimonio gráfico, que hoy nos hubiera ilustrado sobre cómo era la recoleta Pamplona de finales del XVI?.

## Peones puestos en el cepo

En 1593 las Cortes volvieron a tratar, como ya lo habían hecho en 1561 y 1565, de los jornales que se debían pagar a los peones de los pueblos que trabajaban en las obras de fortificación, así como a los mulateros y acarreadores de madera, yeso y otros materiales[33]. Hacía siete años, en 1586, los representantes legítimos del Reino habían alzado su voz protestando contra los castigos impuestos a algunos peones de los que trabajaban en la ciudadela, a los que se había expuesto a la vergüenza pública en el cepo, sujetos con argollas, "en un lugar muy público y afrentoso"[34]. En definitiva, casi todas las obras notables por su envergadura en distintas épocas, se han construido sobre la base del sudor y los padecimientos de infinidad de gentes anónimas que las hicieron posibles con su trabajo y que nunca saldrán del anonimato. Las fortificaciones de Pamplona no podían ser en esto una excepción.

(32) IDOATE, *Esfuerzo bélico de Navarra*, p. 215

(33) Las Cortes de Pamplona de 1590 habían aprobado un aumento de 7 a 8 tarjas. En 1593 acordaron elevarlo a 9 tarjas, cantidad que fue mantenida por las Cortes de 1596. (Novis. Recop. lib. V, tit. XIX, leyes V, VII y IX).

(34) Cortes de Pamplona de 1586, ley 22. El preámbulo de la ley daba noticia del hecho: "Después de las últimas Cortes acá se ha puesto un cepo y argolla lebantada junto al foso de la Ciudadela de esta Ciudad, en un lugar muy público y afrentoso. Y en él se ha visto poner a algunas personas de las que vienen a las obras... por orden y mandado de los sobrestantes de las dichas obras". (Novis. Recop. lib. V, tit. XIX, ley XV).

## Al acabar el siglo XVI

Todavía no se había terminado de levantar la fortaleza, cuando ya circulaban en la Corte rumores sobre posibles negociaciones secretas con los franceses, con vistas a entregársela por trato, como entonces se decía, al duque de Vendôme. Los infundios llegaron a oídos del propio Felipe II, enfermo y achacoso ya, quien se apresuró a pedir informes al virrey sobre el asunto. El 20 de noviembre de 1594, don Martín de Córdoba le escribía una carta tranquilizadora: "... no se puede creer que haya cosa tan fuera de término como querer tomar la ciudadela de Pamplona por trato; así por la dificultad de poderlo efectuar, como por la imposibilidad, después de efectuallo, de poderlo mantener ni sustentar"[35].

En los últimos años del reinado de Felipe II, el estado de la ciudadela seguía dejando mucho que desear, aunque en lo fundamental las obras exteriores habían adelantado bastante. Así lo comunicaba el virrey don Juan de Cardona en 1597. Al año siguiente, a las cinco de la mañana del domingo 13 de septiembre, moría el rey en sus habitaciones de El Escorial, a los 71 años de edad y 43 de reinado. Los días 28 y 29 del mismo mes la Diputación del Reino y la ciudad de Pamplona alzaban pendones por el nuevo monarca, don Felipe III de Castilla y V de Navarra. Durante su reinado, las obras continuarían aunque sin llegar a concluir.

Sobre cuáles eran las condiciones higiénicas y de salubridad de los cuarteles de la ciudadela en los últimos años del siglo XVI, nos puede dar una idea bastante aproximada el hecho de que por entonces murieron por infección cuarenta soldados de los cien que integraban la escasa y mal pagada guarnición. Las enfermedades eran muy frecuentes, al verse la gente de guerra obligada a

(35) IDOATE, *Esfuerzo bélico de Navarra*, p. 130.

beber continuamente agua de pozo, no siempre en condiciones, sobre todo en los meses de verano.

Una carta dirigida por el virrey Cardona a Felipe III el 18 de marzo de 1600, nos da noticia puntual de cuál era el estado en que se hallaba la ciudadela en vísperas de la entrada del nuevo siglo:

"... Algunas veces he acordado la necesidad que la ciudadela de Pamplona tiene para acabar de ponerse en perfición, porque le falta el foso y la estrada cubierta, que ésta no está comenzada, y lo que digo del foso no llega a la mitad de lo que ha menester. Tres valuartes están sin parapetos, uno le tiene y al otro le falta la metad, de manera que a mala pena se puede aquella fuerza decir que está en defensa. Suplico a Vuestra Majestad, pues tanto conviene a su servicio que las fortalezas no lo sean sólo nombre, mande remediallo y que venga dinero para ello, que el que se embió más ha de dos años y muy cerca de tres, se distribuyó con todo el cuidado que convenía"[36].

A pesar de todo, en el manuscrito titulado Floresta Española, redactado por esto mismos años, y que recogió Iribarren en *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, se aludía a los dos castillos que por entonces tenía la ciudad, diciendo "que el más moderno es de fábrica y traza inexpugnable"[37].

## A galeras por unas llaves

Resulta significativo cierto episodio acaecido el año 1603. Todos los días al anochecer, el cabo de la guardia tenía la obligación de acudir al palacio real, acompañado por dos soldados con sus armas, a entregar las llaves de las puertas al virrey. Pero aconteció que una noche, el alguacil del Obispo solicitó que se le dejasen las llaves para salir a uña de caballo en busca del cura de

(36) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 9.
(37) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, p. 31.

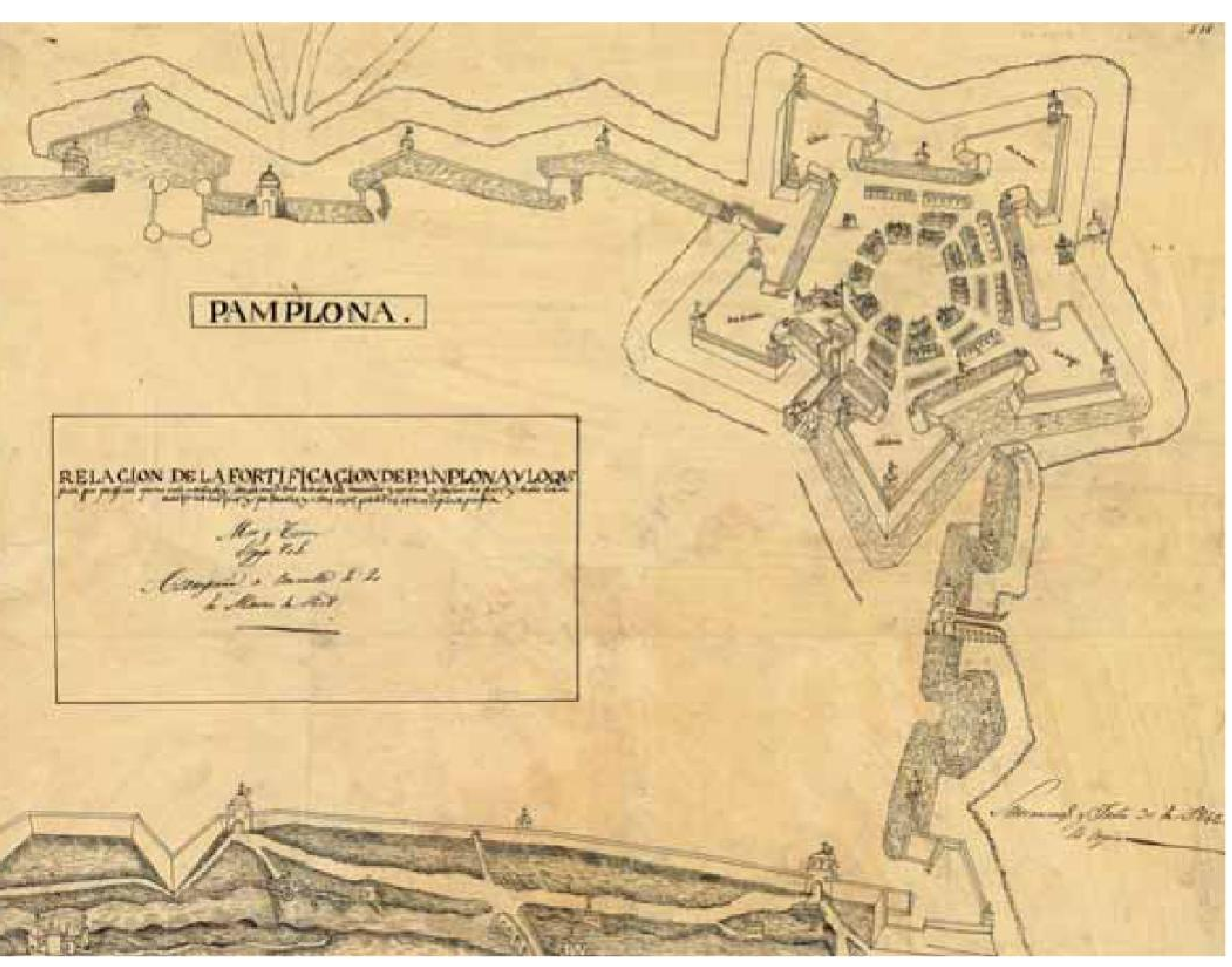
Ongoz. El cabo de guardia, de apellido Soria, se las entregó, en atención a la urgencia del caso y por tratarse de un agente de la autoridad. En mala hora lo hizo. La Auditoría de Guerra, considerando grave la imprudencia, castigó al confiado cabo con la pena de cuatro años de remo en las galeras de Su Majestad, como responsable de la entrega de las llaves, "... porque han andado esta noche por la Ciudad en manos de un natural"[38].

## Las obras adelantan

Mientras tanto, las obras proseguían adelante, bajo la dirección de Fratín el joven, el cual, con fecha 1 de octubre de 1604, informaba al rey sobre las últimas novedades: "Señor: Don Juan de Cardona, Virrey deste Reyno, ha proveído de algún dinero, con el qual se va prosiguiendo la fábrica deste castillo en las partes más necesarias y urgentes; y ansí, tengo quasi perfeccionados con su parapeto tres valuartes, uno de hacia esta Ciudad y dos hacia la campaña, y también una cortina que mira a la ciudad y campaña; y el cuerpo de guardia de la Puerta de Socorro tengo acabado en perfección y sólo le falta la puente, la qual voy haciendo agora; faltarme ha dinero para poner en perfección lo suso dicho, por no poder el Virrey proveer más dinero, que harto ha hecho, y más que ningún otro Virrey... Y pues Vuestra Magestad sabe en qué frontera está este castillo, y la necesidad que tiene de repararse y acabarse, no encarezco más la necesidad que hay deste dinero"[39].

De cuál era el aspecto de la ciudadela a principios del año 1608 nos da idea cabal un plano titulado Relación de la Fortificación de Pamplona y lo que falta por fortificarse, que se incluyó en los papeles de una consulta del Consejo de Guerra de 20 de marzo. La fortaleza está representada siguiendo el tipo de perspectiva aérea, como se vería desde un objeto volante situado por encima de la Taconera. La puerta principal presenta la misma fisonomía que ahora, pero

(38) IDOATE, *Las fortificaciones*, nota 62.
(39) MARTINENA, Ob. cit. doc. núm. 10.



*La Ciudadela, en su estado originario, según un plano del año 1608. IHCM*

con un puente levadizo accionado por cadena y palancas, y un puente estable con un cuerpo de guardia exterior con otro puente levadizo. Sobre la torreta, que tenía ya su galería de arquillos, un mástil en forma de cruz, con el pendón real de Castilla. No había aún medias lunas ni revellines exteriores. Los cinco baluartes tienen la disposición actual, pero con garitas cuadradas en su respectivo ángulo exterior. No aparece la Puerta del Socorro. En su lugar, hay en el foso una fuente de dos tazas superpuestas y una pequeña casilla. En el interior del recinto, los pabellones se estructuran en torno a una plaza circular

central. Algunos solares están sin edificar y los pabellones más grandes y alargados están inmediatos a los terraplenes interiores de las cortinas o lienzos de muralla. Junto al baluarte de San Antón se ve la antigua iglesia medieval de esa misma advocación, que tras la construcción de la ciudadela, quedó englobada en el recinto como primera capilla de que dispuso la fortaleza. Tenía, al parecer, una pequeña espadaña para la campana. El original del plano, que fue publicado en 1954 por Florencio Idoate, se conserva en el Archivo General de Simancas, y existe una copia del siglo pasado en el Servicio Histórico Militar de Madrid, hoy Instituto de Historia y Cultura Militar[40].

## Una estacada rodeando el foso

El 15 de mayo de 1608, Felipe III despachó desde Aranjuez una Real Cédula, por la que disponía que hasta que estuviesen terminadas las obras de los fosos y parapetos, se rodease el perímetro exterior de la fortaleza con una estacada de madera.

" Informado he sido –decía el rey– que para que el castillo de la ciudadela de esa Ciudad esté en buena guardia y asegurar los avisos y recelos de escalada o interpresa que se podrían ofrecer en el ínterin que se abren los fosos y levantan los parapetos que está resuelto, convernía que se hiciese una estacada alrededor del arcén de la estrada encuvierta, por la parte de la campaña, con lo qual y con alguna ronda que anduviese por dentro della los veranos y tiempos sospechosos, es cierto tendría mucha seguridad; y se podría hacer de hayas, pues es durable, y estarán puestas en esa Ciudad, por el río abajo, a medio real cada una, clavazón y plantalla no vernía a costar 500 ducados"[41]. Por lo que parece, las cosas se veían desde la corte mucho más fáciles que desde aquí, porque el virrey Cardona, en carta fechada el 20 de agosto, pintaba un panorama bastante menos halagüeño:

(40) Archivo General de Simancas (AGS), Mar y Tierra, leg. 701. (Copia en la Col. Aparici del IHCM).
(41) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 11.

"... He hecho tantear la distancia en que se ha de poner la estacada, así alrededor de la ciudadela como en la muralla que falta por hacer a la ciudad... y se halla que, habiendo de tener las dichas estacas doce pies de altura desde la superficie de la tierra, han de estar dentro della por lo menos cinco en ondo, que en todo son diez y siete pies, que deste tamaño no pueden venir ni traerse por este río por su largo, y quando se traigan por bueyes, costarán mucho, porque han de tener cuerpo; y como la haya de estos montes nace en sombrío, se corrompe y podrece con gran brevedad, como la esperiencia lo muestra en los troncos que vajan por este río para leña, que si aciertan a estar en el agua seis meses, aguardando crecida para podellos traer, con ser de tanto querpo, llegan podridos y no hallan sus dueños quien los compre para quemar; y es cierto que las estacas, que no tendrán tanto querpo, habiendo de estar cinco pies de vajo de tierra tan úmeda, que llueve en ellas los ocho meses del año, se podrecerán con tanta o más brevedad que los troncos. Y la esperiencia ha mostrado, en una cantidad de estacas que hizo traer el castellano Pedro Fernández de la Carrera para la Puerta del Socorro, que no pudo traellas por el río porque habían de estar en él aguardando crecida, y por estos inconvenientes las hizo traer con bueyes, y las hubo de poner con mucha madera de roble gruesa, que acavada la estacada, vino a hacer tanto gasto en ella, que con lo que gastó se pudiera haber hecho un puente"[42].

En vista de todos estos inconvenientes, el virrey era partidario de no malgastar el dinero del erario real en hacer la estacada, sino en hacer la excavación del foso y, con la tierra y tufa resultante, ir construyendo el camino cubierto con su parapeto:

"El dinero que en esto se ha de gastar, –decía don Juan de Cardona– que se gaste en lo más necesario y que ha de durar siempre, que es ir abriendo el foso; y con la tufa que dél se sacase y con tierra y fagina se formase la estrada cubierta con su parapeto de 8 pies en alto; y esto se iría haciendo con el primer dinero que Vuestra Magestad mandare embiar para la dicha fábrica, que con lo

(42) Ibíd. doc. núm. 12.

que en las estacas se gastaría en treinta años, vendría a estar hecho lo más necesario de la estrada encuvierta, obra perpetua y perfecta"[43].

Se conserva en Simancas una carta de Gaspar Ruiz de Cortázar, que este año de 1608 se hallaba en Pamplona como alcaide o gobernador de la fortaleza, que nos demuestra el celo que aquellos militares ponían en el servicio al rey, incluso excediendo el ámbito específico de su actividad profesional. Lleva fecha del 22 de septiembre y se refiere al proyecto que por entonces acariciaban las Cortes de establecer una universidad en Pamplona. Dice, después de haberse referido a las imperfecciones que todavía acusaba la ciudadela.

"Yo he entendido que este Reyno pretende hacer universidad en esta Ciudad, que me parece no sería de poco inconveniente si se salen con su intención; pues siendo esta ciudadela de las calidades que refiero, le será de gran padrastro, porque habrá mucho tumulto de gente, y entre ellos, gascones y otros vasallos del Rey de Francia, que no es de buena mezcla para juntarse con los que aún de todo punto no podrán tener olvidada la leche que sus antepasados mamaron; y los estudiantes, como son gente moza e inquieta, son amigos de novedades y fáciles para provocantes a ocasión; y como este castillo no puede padecer otro detrimento más que de trayción formada por los naturales y vecinos, ningún aparejo tan principal podrán hallar para semejante efecto, que son los estudiantes además desto inquietos y revoltosos, y en las plazas de frontera, a donde se puede presumir que el enemigo que pretendiere hacer el daño a de ser de casa, se deve procurar escusar la ocasión, pues esta es la principal causa que hace mover los ánimos que están inficionados, y la mezcla de soldados y estudiantes para plazas de frontera es de mucha inquietud..."[44].

(43) Ibíd.
(44) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 13.

## Más noticias del año 1608

A una con esta carta se remitió a la Corte un plano firmado por Francisco Palear Fratín, cuyo rótulo dice Traza del Castillo de Pamplona. Este documento tiene un gran interés, desde el punto de vista de la historia urbana de la ciudad, porque no sólo comprende la planta de la ciudadela en su primitivo estado, y los frentes de muralla de la Taconera y San Nicolás, sino que aparecen también los viejos muros del recinto medieval, con los bastiones de la Torredonda y San Llorente, erigidos en tiempo de Carlos V, y el Castillo Viejo, levantado por mandato de Fernando el Católico entre los años 1513 y 1525 y que quedó más tarde enterrado bajo el terraplen del baluarte de la Reina o de Tejería. El plano señalaba la conveniencia de derribar dos medios baluartes situados en los puntos de intersección del foso de la ciudad con el de la ciudadela, "adonde pueden estar 2.000 hombres, sin que el castillo los pueda ofender". Una vez eliminados, las cortinas de la muralla deberían proseguir en línea recta hasta enlazar con el camino cubierto y explanada situada entre la fortaleza y las casas de la población. Según indica el plano, había agua aproximadamente en la mitad de la superficie del foso, permaneciendo seco el resto. La explicación proponía "continuar el fosete que es hazia la campaña, y con aquella tierra que dél se sacare levantar el parapeto de la estrada cubierta, porque para terraplenar dentro del castillo hay tierra más cerca y el gasto saldrá más barato"[45].

De este mismo año se conserva en el archivo de Simancas otra noticia sobre el asunto de la estacada, a la que antes hemos hecho referencia: "Con ocasión de lo que Don Juan de Cardona ha ido escribiendo sobre el riesgo que tenía la ciudadela de Pamplona, y que se podría temer que los vecinos intentasen alguna interpresa o escalada, y haber tenido el Consejo este mismo aviso por otras vías... diòse orden que se hiciese una estacada alrededor del arcén de la estrada cubierta, por la parte de la campaña, con lo cual y con alguna ronda que anduviese por parte de dentro en los veranos y en otros tiempos sospechosos, podría haber seguridad".

(45) AGS, Mar y Tierra, leg. 706. (Copia en la Col. Aparici del IHCM).

## Un polaco en la ciudadela

En estos primeros años del siglo XVII empezó a introducirse la costumbre de enseñar la ciudadela a los viajeros que visitaban Pamplona, particularmente a los extranjeros, sin tener en cuenta que en muchas ocasiones éstos eran verdaderos espías o informadores, que luego contaban en su país con pelos y señales todos los detalles defensivos y militares que habían tenido ocasión de observar en su viaje.

A otros –todo hay que decirlo– les salió el tiro por la culata y lejos de obtener beneficio alguno de la visita, les desvalijaron el equipaje mientras paseaban confiadamente observando muros y baluartes. Tal le sucedió, por ejemplo, al noble polaco Jacobo Sobieski, padre del rey Juan III de Polonia. Refiere este personaje, en el relato que escribió de su viaje, que hallándose en nuestra ciudad el año 1611, mientras el dueño de la posada donde se hospedaba le acompañaba en su visita a la ciudadela, la posadera y su hija aprovecharon el tiempo para robarle el dinero que tenía a buen recaudo en el armario de su aposento, utilizando una segunda llave. Cuando a su regreso descubrió el hurto, las muy ladinas, haciéndose las inocentes, "empezaron a vociferar en vizcaíno, que difiere tanto del español como del polaco".

Denunciado el caso ante el virrey, se presentó en la posada la justicia, descubriéndose pronto a la ladrona. Pero la historia tuvo un final inesperado, según lo cuenta el propio protagonista: "Por la noche, un mayordomo del obispo vino a mí y me suplicó en su nombre para que no insistiera yo en causar la muerte a la hija de la posadera, prometiéndome que al día siguiente por la mañana el obispo me devolvería todo el dinero robado". Y así sucedió. Pero a pesar de ello, el viajero polaco no se reconcilió con la ciudad ni con sus gentes. Y terminó su relato con estar amargas palabras: "Al salir de Pamplona, lo más pronto posible, ni siquiera miré atrás"[46]. ¿Qué impresiones habría contado de Navarra al regresar a Polonia?

(46) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, p. 35-36

## Bebiendo agua de pozo

Sobre las condiciones en que vivían los soldados de la guarnición en el primer tercio del siglo XVII, nos puede dar una idea la carta remitida al rey Felipe III por Gaspar Ruiz de Cortázar el 23 de marzo de 1613: "Quando Vuestra Magestad me hizo merced de este castillo y vine a él, hallé que la fuente que solía estar en él se había perdido, y por este respecto, los soldados se sustentaban con el agua de los pozos, y por esta causa había muchas enfermedades en los soldados, y los que estaban buenos procuraban irse. Y porque todos no se fuesen y el castillo quedase sin gente, se tomó por remedio de no dejar salir a los soldados, y así estuvieron más de dos años encerrados, sin que saliesen deste castillo sino sólo los oficiales"[47].

A pesar de estas penurias que debía padecer la tropa, el estado de la fortaleza había mejorado sustancialmente, según parece, respecto a lo recogido en informes de unos años atrás. Únicamente, en opinión de Cortázar, estaba a falta de agua en los fosos:

"... Y con ser ésta la más bien acabada y perfeccionada de muralla de todos los castillos que Vuestra Magestad tiene en sus Reynos, el mayor inconveniente que este castillo padece es no tener agua en los fosos, que sólo hay en parte del valuarte de San Antón y en todo el valuarte de la Vitoria y en parte del valuarte de Santiago, todo lo restante está seco y que se puede arrimar escalas con mucha facilidad. ... Donde hay agua agora no está el foso ahondado, y con todo eso, hay una gran suma de agua, que parece una presa de río grande"[48].

El año 1628, coincidiendo con las fiestas de San Fermín, estuvo en Pamplona un bizarro militar granadino, don Jacinto de Aguilar y Prado, que dio a la imprenta una curiosa relación de los festejos y solemnidades con que la ciudad honraba, entonces como ahora, al Glorioso Patrón del Reino. En este opúsculo, redactado en estilo barroco, hiperbólico y gongorino, se dice acerca de las murallas y

(47) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 16.
(48) Ibíd.

ciudadela: "Toda está fortificada con fuertes murallas, que guarnecen tres compañías de infantería española que asisten siempre de presidio. Tiene uno de los buenos castillos que se conocen en España, con muchas piezas de artillería y cien plazas de soldados bien pagados"[49].

## El peligro de la vecina Francia

A finales de junio de 1633, el señor de Bértiz transmitió a la Diputación un recado verbal del virrey marqués de Valparaíso, en el sentido de que, ante el peligro inminente de una ruptura con Francia, "hera preciso estubiesse este Reyno muy prevenido, y en particular, acavada la obra de la ciudadela o castillo de Pamplona. Y que, respecto de estar Su Magestad y su Real Hacienda muy gastada, pedía de su parte al Reyno tomase por su quenta el acavarle a su costa o ayudar por lo menos con alguna parte para ello. Y que la Diputación dispusiesse esto tomando el medio más suabe que se pudiesse, poniendo la mira en que, a más de ser del servicio de Su Magestad, resultaría en utilidad y interese del Reyno, por ser para su defensa y de sus naturales"[50].

La Diputación envió a palacio a don Ramón de Aguirre, con una nota en la que se excusaban cortésmente, alegando la penuria de medios que padecía el erario foral. El virrey, que sin duda se lo esperaba, tenía ya sobre la mesa una real cédula de Felipe IV, fechada el 29 de junio, en la que el rey le mandaba "veer con atención el estado de las fortificaciones de estas partes y lo que en cada una será necesario fortificar y reparar", procurando naturalmente que todo se hiciese –o cuando menos la mayor parte– con dinero aportado por el Reino, para no gravar más todavía la ya muy exhausta hacienda real. Tan pronto como leyó la nota de la Corporación, por toda respuesta, le hizo entrega de la carta del rey para que diese conocimiento de ella a los diputados. Estos, una vez enterados de su contenido, acordaron contestar insistiendo en la pobreza de

(49) IRIBARREN, ob. cit. p. 38.
(50) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 7

recursos, a resulta de los continuos donativos que se venían haciendo, en especial los 400.000 ducados que se dieron en tiempo del virrey conde de Castrillo, y los 20.000 anuales de cuarteles y alcabalas, que habían dejado a los municipios endeudados y a muchos navarros en la miseria. Terminaban el escrito manifestando que, aparte de todo lo expuesto, la Diputación carecía de facultades legales para tomar una determinación de tal envergadura sin contar con las Cortes a las que representaba y a las que debería dar cuenta de su gestión al acabar su mandato[51].

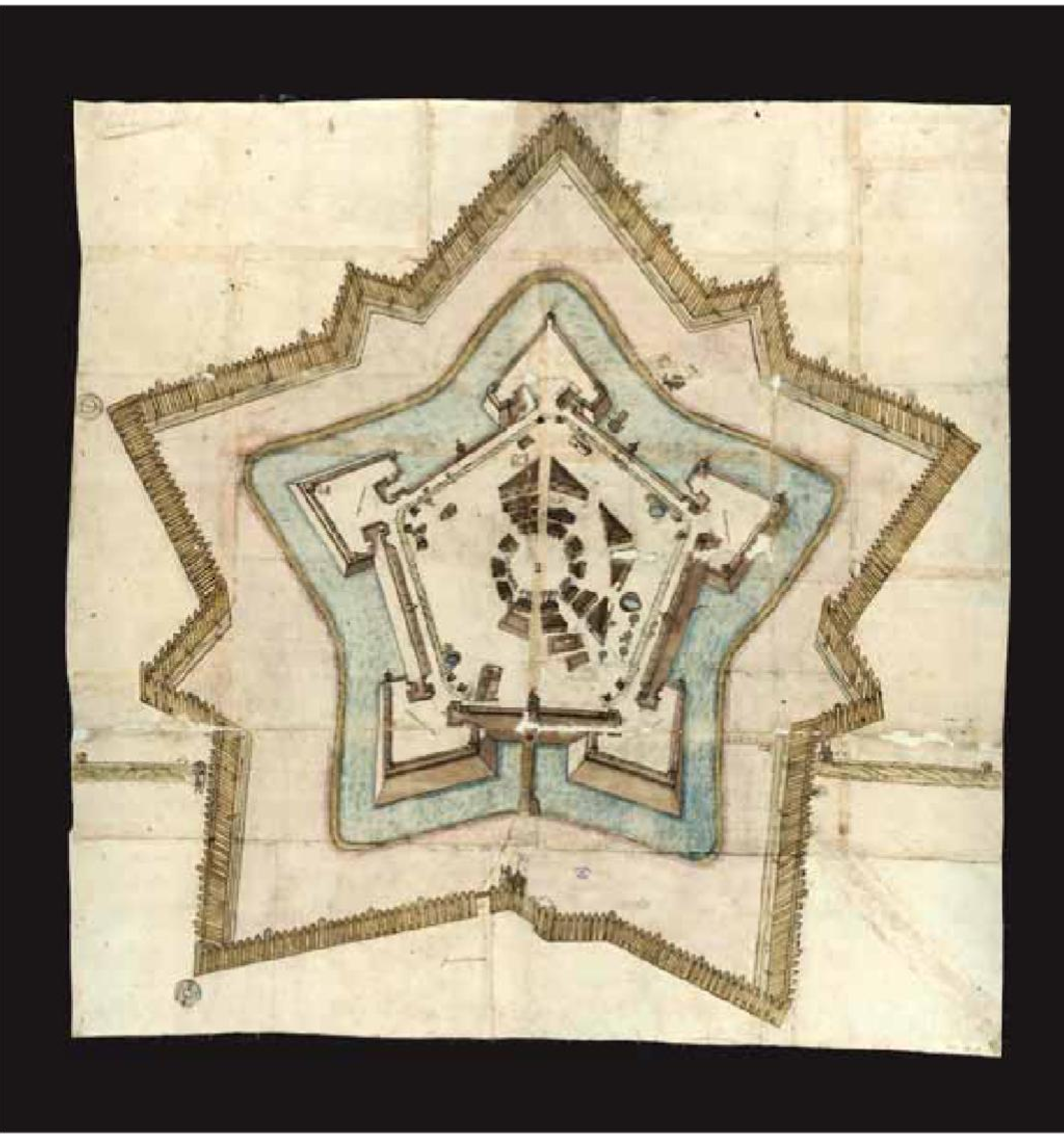
## Un testimonio gráfico interesante

Se conserva en el archivo de Simancas una planta de la ciudadela, remitida en carta del virrey marqués de Valparaíso el 15 de diciembre de 1635, que en nuestra opinión constituye la representación gráfica más exacta y fidedigna de cuantas se hicieron en el siglo XVII.

El perímetro exterior de la fortaleza aparece rodeado de una estacada o empalizada de madera. La puerta principal presenta la misma fachada que en la actualidad, con su logia o galería de arquillos en la torreta. Se accede a ella a través de un puente de madera con una garita en el extremo opuesto. Fuera, en la puerta de la empalizada, junto a otra garita, monta guardia un alabardero, mientras otros dos vigilan la comunicación con el foso y recinto de la plaza.

El interior está representado con una gran sencillez. Cerca de la entrada, junto al baluarte de San Antón, se aprecia el edificio de la antigua iglesia y casa del mismo nombre, donde habitaba el gobernador. Los pabellones se configuran en torno a una plaza central circular con una hilera de árboles. Más próximos al terraplén de las cortinas de la muralla, varios edificios de planta triangular, destinados a cuarteles, almacenes y armería. Y por donde hoy está el almacén

(51) Ibíd.



*Aspecto de la Ciudadela, con sus edificios interiores y la estacada que la rodeaba, según un dibujo del año 1635. AGS*

o pabellón de mixtos, una curiosa construcción con planta en forma de globo o gota de agua. Junto al baluarte Real, se ve un pozo con su brocal y polea. Y bastante espacio disponible, todavía sin edificar. No existía el puente de la Puerta del Socorro, sino una especia de plataforma o rampa de madera para bajar al foso, y frente a ella, una garita con su centinela.

## El conde de Oropesa, impulsor de los trabajos

Al empezar el año 1644 se trabajaba en las fortificaciones de la plaza y ciudadela, bajo la dirección de Dionisio de Guzmán. Como ya se había hecho en ocasiones anteriores, se recurrió a los pueblos para la mano de obra, solicitando los servicios de 20 sobrestantes y 1.000 peones. El 12 de enero envió el ingeniero a Madrid una relación, en la que, entre otras cosas se decía: "Todos los fosos de la Ciudad y castillo son secos y muy bajos, y no se puede ahondar ni sacar mucha tierra de ellos por ser de tufa, que es terreno tan duro que aún con picos se hace muy poco; y el remedio que yo hallo y me parece a esta dificultad es el hacer dicha contraescarpa de cantería en el foso, de cinco pies de gruesa y veinte de alta, que viene a servir de tener los fosos con esta ondura"[52].

Entre otras obras muy necesarias, tenía Guzmán en proyecto la construcción de cuatro medias lunas en el foso de la ciudadela, para completar sus líneas defensivas, acabar el llamado torreón de la pólvora, para poder almacenarla convenientemente, sin riesgo ni humedad, y habilitar los cuarteles precisos para alojar una dotación de 1.500 hombres.

También era urgente acometer la limpieza de los pozos y colocarles cubiertas de piedra para conservar adecuadamente la reserva de agua. Por una carta del marqués de Valparaíso al secretario Tapia, de agosto de este mismo año 1644,

(52) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 17. Un documento de este mismo año dice que la guarnición de la plaza constaba de 150 soldados. Los 90 del castillo no cobraban su paga, por lo que "los más andan desnudos y mendigando". (AGN. Reino, Guerra, leg. 3, carp. 90).

vemos que únicamente estaba terminada una de las cinco medias lunas proyectadas en el foso de la ciudadela, las cuales, además, resultaban insuficientes a causa de sus reducidas dimensiones. En su opinión, debía consultarse al conde de Oropesa y al capitán Jerónimo de Soto, que a la sazón se hallaba dirigiendo como ingeniero las fortificaciones de San Sebastián y Fuenterrabía. Por lo que se ve, las otras cuatro medias lunas estaban únicamente formadas de tierra y hecha la excavación de los fosos, pero sin revestir de piedra ni terraplenar por la parte interior[53].

El virrey conde de Oropesa informaba, con fecha 15 de agosto, acerca de las obras que se habían llevado a cabo en las fortificaciones de Pamplona recientemente. En lo referente a la ciudadela, dice:

"Ase acabado el torreón de la pólbora en el castillo, de cantería y losas, a prueba de bomba". Parece que este torreón era el mismo que hoy conocemos como el horno, a cuya finalidad fue destinado tras la construcción del polvorín actual por Hércules Torelli en 1695.

"En el castillo falta hacer contraescarpa al foso, que importará sea de piedra y que tenga las medidas necesarias...; acabar de terraplenar las quatro cortinas...; levantar los parapetos de tres baluartes y dos cortinas, y abrir una surtida que está comenzada, para la comunicación"[54].

Otra relación coetánea, conservada en Simancas, enumera "las obras que se han hecho en esta ciudad y castillo después que llegó el señor conde de Oropesa a gobernar este Reyno". Este documento añade algún dato nuevo sobre el polvorín, recién construido por entonces:

"Háse acabado en el castillo el torreón de la pólvora, para que quede asegurada y las municiones, de cantería a prueva de bomba y entablado por de dentro con mucho carvón (?) debajo de la tablazón, para que quede con más conservación,

(53) IDOATE, *Las fortificaciones*, p. 89.
(54) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 18.

con su tejado, con que ha quedado muy buena pieza para este efecto". También se habían efectuado otras obras y reparaciones de menos envergadura: "Hánse retejado y aderezado las garitas y cuerpos de guardia del castillo, y echado una estacada en el frontero de la puerta principal, y otros remedios muy forzosos"[55].



*El horno a prueba en 1970, con las construcciones que tenía anexas. AMP. Col. Arazuri*

El 18 de octubre del mismo año, remitió a la Corte Dionisio de Guzmán un completo informe, exponiendo con claridad y precisión el estado en que se

(55) Ibíd, doc. núm. 19.

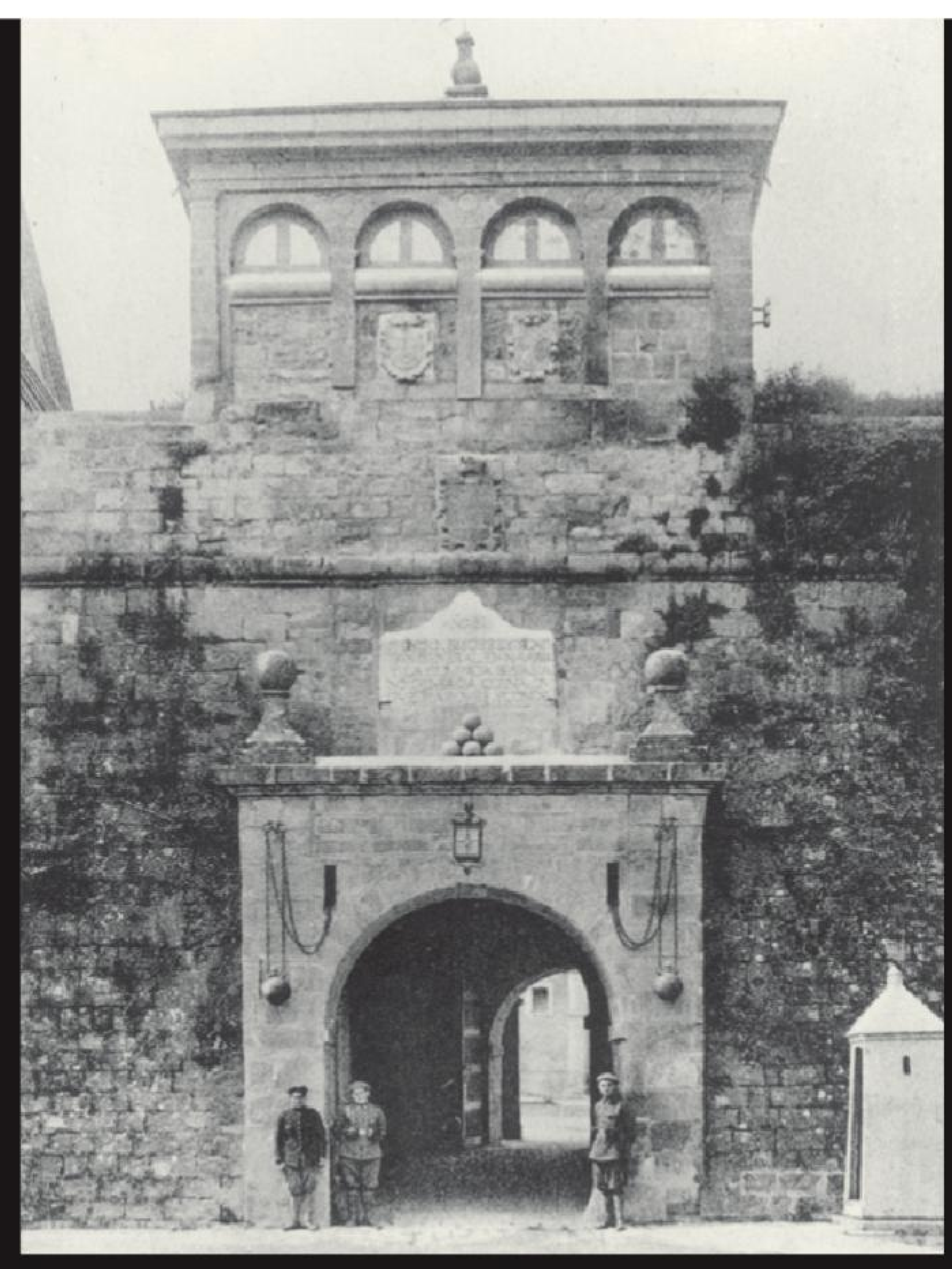
hallaban los distintos frentes que integraban el recinto de la ciudad, con los defectos observados en muros y baluartes, y enumerando las obras más necesarias y urgentes. Acompañando a la memoria, iba también un plano, en el cual aparecían señalados con letras los puntos que eran objeto de atención. Refiriéndose a la ciudadela, dice:

"Muy importantes son las cinco medias lunas designadas en los fosos de la ciudadela, de que hay hecha ya de tierra y tepe una, señalada con una C. Téngolas todas por pequeñas y a mi parecer convendría fuesen más capaces. Las demás cosas que la relación previene faltan de hacer para uso de lo hecho en la Ciudad y ciudadela, como son terraplenes, casamatas, puertas, foso y otras, es bien ir continuando desde luego, y darles primer lugar entre las añadidas, porque son las principales y sin las que no puede obrar lo hecho. Y que lo uno y lo otro se haga de ladrillo, para que haya buena comodidad en aquella tierra y es más a propósito que la tierra para las baterías"[56].

## Terminación de las obras

Del año siguiente, 1645, se conserva en Simancas un dictamen del P. Juan Carlos Lasalle, uno de los ingenieros de más prestigio de aquel tiempo. Como los autores de otros informes anteriores, era partidario de que se diera prioridad a las obras de la ciudadela, "pues perdida ella, se pierde la plaza y no al revés". En su opinión, se debían acabar de cerrar las cortinas y baluartes, que según se ve no estaban todavía perfectamente terminados, y dar a los fosos la debida amplitud, hondura y disposición, dotándolos de contraescarpa y camino cubierto, como prescribían las máximas o principios generales de fortificación entonces al uso. En la explicación del plano que acompañaba al informe, y que remitió a la Corte con fecha 1 de junio, incluyó Lasalle los costos previstos para las obras cuya ejecución proponía. Por hacer las medias lunas que debían situar una

(56) IDOATE, ob. cit. doc. núm. 13.



*Puerta principal de la Ciudadela hacia 1925. En la inscripción de la lápida de piedra se puede leer:*

*"AÑO 1571*
*SIENDO BISORREY Y CAPI*
*TAN GENERAL EN NAVARRA*
*Y LA PROVINCIA BESPASIA*
*NO GONZAGA COLONA, DV*
*QVE, MARQVES Y CONDE".*

*AMP. Col. Arazuri*

delante de la puerta principal y otra entre los baluartes Real y de San Antón, se habían calculado 1.200 ducados. Los diez puentes que se debían colocar en las cinco medias lunas vendrían a salir por 1.000 ducados. La contraescarpa de piedra que debía hacerse en todo el perímetro del foso supondría 8.700 ducados. Otras partidas de gasto se referían a "meter la tierra que falta en cuatro cortinas y en los cinco baluartes", "la cantería de las casas matas de tres cortinas y dos valuartes, para formar los parapetos" y "acomodar los quarteles". En el plano aparece representada la Puerta del Socorro, arrimada a un flanco del baluarte de Santa María, y las cinco medias lunas que se trataba de terminar y poner en condiciones de defensa, situadas en medio del foso, delante de cada uno de los frentes o lienzos de muralla[57].

Parece ser que aquel mismo año 1645, con la construcción de las medias lunas exteriores, se dieron por terminadas las obras de la ciudadela. En la primera edición de este libro anoté que para conmemorar el acontecimiento se colocaron sobre la puerta principal los tres escudos que todavía se pueden ver en ella: en el centro, en lugar de honor, el de las armas reales de la corona de España: Castilla, León, Navarra, Aragón, Nápoles, Jerusalén y Hungría, más los escudetes de Portugal y Borgoña y Granada en la punta. A ambos lados, los blasones de los dos virreyes bajo cuyo mandato habrían recibido las obras el impulso final: don Fernando Álvarez de Toledo, Portugal y Monroy, conde de Oropesa, nombrado en 1643, y don Luis de Guzmán y Ponce de León, nombrado en mayo de 1646. Y una piedra que puede verse todavía a un lado de la torreta situada sobre la puerta lleva grabada la extraña cifra de 16456, que en mi opinión habría que interpretar como una rectificación: 1646 en lugar de 1645.

Sin embargo, otras noticias que he conocido con posterioridad indicarían que dichos escudos, y probablemente también la inscripción del año, decoraban antiguamente el frontis del desaparecido portal de Tejería y, a raíz del derribo de éste en 1918, fueron recuperados y puestos aquí en 1926 para que no se perdieran. Estas recolocaciones de escudos u otros elementos traídos de otro

(57) AGS. Guerra, leg. 1592. (Copia en la Col. Aparici del IHCM)



*Copia del cuadro "Vista de Pamplona", pintado por Juan Bautista Martínez del Mazo con motivo de la visita de Felipe IV, de Manuel Pérez Tormo. Obsequio de don Jesús Rubio y García-Mina,*



*Ministro de Educación Nacional, al Excmo. Ayuntamiento de Pamplona con oportunidad de la Exposición "Velázquez y lo Velazqueño", celebrada en Madrid en 1960. AMP*

lugar y por tanto ajenos a un monumento, si no se documentan debidamente mediante una inscripción aclaratoria, acaban como en esta ocasión dando pistas falsas que pueden confundir al historiador.

## Visita real de Felipe IV

El año 1646 viene anotado en los anales de la ciudad con el señalado acontecimiento de una visita real. El 23 de abril llegó a Pamplona el rey don Felipe IV de Castilla y VI de Navarra, al cual acompañó en aquel viaje el príncipe don Baltasar Carlos, su hijo, para jurar los Fueros del Reino, y a su vez, ser jurado como heredero por los Tres Estados. Siguiendo la costumbre, fue recibido con todo el ceremonial propio de tales ocasiones en el portal de la Taconera, por el Regimiento o Ayuntamiento, Virrey, Tribunales y todas las demás autoridades eclesiásticas, militares y civiles.

Con tal motivo, el pintor Juan Bautista Martínez del Mazo, yerno de Velázquez, realizó una "Vista de Pamplona", que según parece estuvo muchos años en el desaparecido Regio Alcázar de Madrid, pasando, tras el incendio de éste, al nuevo Palacio Real edificado sobre su solar. Debió de ser una pintura magnífica, porque en los inventarios antiguos aparece tasada en 100 doblones más que la famosa vista de Zaragoza, tan conocida, del mismo autor. Posiblemente habría puesto en ella su pincel maestro el propio Velázquez, que estuvo con Del Mazo en Pamplona en aquella fecha. Lamentablemente, el cuadro original se tiene hoy por perdido y sólo se conoce a través de copias que no pasan de mediocres. En Inglaterra se conserva una de estas versiones, recuperada del equipaje del rey intruso José Bonaparte tras la batalla de Vitoria y regalada por Fernando VII al victorioso duque de Wellinghton. Posiblemente se trate en este caso, más que de una copia, del boceto de la obra desaparecida.

En el Ayuntamiento de Pamplona existe una reproducción realizada por Pérez Tormo, regalo del ministro de Educación Nacional D. Jesús Rubio García–Mina, a raíz de una exposición sobre Velázquez y lo velazqueño, celebrada en Madrid en 1960[58]. El cuadro representa la llegada de la regia comitiva a la explanada

entonces existente delante de la puerta principal de la fortaleza. Se aprecian perfectamente los baluartes de la Victoria y de San Antón, este último un tanto desdibujado en sus trazos, el foso, la puerta principal con su torreta, puente levadizo y un reducido revellín. A un lado, parte del baluarte de Santiago. Por encima de la muralla, asoman algunos de los edificios del interior del recinto. En primer plano, una curiosísima galería de hombres y mujeres, ataviados a la usanza de la época, prestan vida y colorido a la composición. Unos pasean, otros charlan en parejas o en corrillos, algunos danzan unidos de las manos y los demás se limitan a presenciar el paso de los carruajes. Como telón de fondo, las sierras del Perdón y de Alaiz. En la parte superior, coronando la pintura, dos rollizos querubines sostienen, en medio de un celaje barroco, el escudo de Navarra rodeado por una guirnalda.

Consta que por las mismas fechas, un oscuro pintor local, Lucas de Pinedo, pintó otro lienzo, probablemente más modesto, pero que, de haberse conservado, tendría hoy indudable interés como documento gráfico. El Regimiento le pagó por este concepto la cantidad de 30 ducados con cargo a las arcas de la ciudad.

## Una iglesia de nueva planta

Una vez concluidas las obras propiamente defensivas con la puesta a punto de murallas, fosos y baluartes, se empezó a pensar en dotar a la ciudadela de otras construcciones no específicamente militares, pero necesarias para la vida cotidiana de la guarnición en sus distintos aspectos.

La primitiva capilla de la fortaleza fue la antigua iglesia medieval de San Antón, que desde el siglo XIV estaba situada a un extremo de lo que entonces era el campo de la Taconera, y que quedó englobada dentro del recinto cuando Fratín

(58) DEL CAMPO, *Visita de Felipe IV a Pamplona (1646). Un cuadro testimonio.* Navarra. Temas de Cultura Popular, núm. 259.

y Gonzaga eligieron aquel emplazamiento[59]. Aunque fue expropiada y se indemnizó a la orden de los Antonianos, para que con ese dinero levantaran una nueva iglesia y convento en la que a partir de entonces se llamó calle de San Antón, los virreyes decidieron no derribarla, ahorrando así a la real hacienda el gasto que habría de originar la construcción de una capilla de nueva planta en la ciudadela.



*Inscripción conmemorativa de la construcción de la antigua capilla de la Ciudadela en 1648. AMP (J.L. Prieto)*

A mediados del siglo XVII, la fábrica de la vieja iglesia debía de hallarse ya en malas condiciones, por lo que en 1648, siendo virrey don Luis de Guzmán y Ponce de León, se edificó una nueva, cerca de la puerta principal, que se puso también, como la antigua, bajo la advocación de San Antón. Era de medianas dimensiones, de estilo barroco, como corresponde a la época, con planta de tres naves separadas por pilares cuadrados[60]. Pero sus constructores cometieron el error de no levantarla a prueba de bomba, lo que más adelante sería apuntado como defecto en numerosas memorias y proyectos. Además, la

(59) MARTINENA, *La Pamplona de los burgos*, pp. 310-313

(60) Conocemos perfectamente su planta gracias a un plano de 1765 conservado en el SHM. de Madrid y su aspecto exterior a través de unos alzados que se hicieron hacia 1725 de todos los pabellones y edificios del interior de la ciudadela.

elevada torre de ladrillo que se le añadió a la parte de la cabecera, ofrecía un blanco fácil y peligroso en caso de bombardeo. Tenía adosada una pequeña sacristía y vivienda para el vicario y sacristán. En su fachada principal, sobre la puerta, se colocó una lápida labrada con la siguiente inscripción:

REYNANDO PHELIPO IIII DESTE NOMBRE, D. LVYS DE GUZMAN
PONCE DE LEON, SV VIRREY Y CAPITAN GENERAL DEL REYNO DE NAVA
RRA EDIFICO ESTA IGLESIA Y TRASLADO A ELLA LA IMBOCACION
DE SAN ANTONIO ABAD DE LA IGLESIA ANTIGVA DE ESTE CASTILLO,
LA QVAL EL AÑO DE MCCCLXVIIII FVE CONSAGRADA POR D.
MARTIN DE ZALBA, CAPELLAN CARDENAL, OBISPO DE
PAMPLONA, EL QVAL CON LOS SANTOS PADRES VRBANO IIII,
MARTINO IIII, GREGORIO X, VRBANO V, INOCENCIO VI, ALE
XANDRO IIII, ONORIO IIII Y GREGORIO XI CONCEDIERON
VN AÑO Y CIENTO Y NOBENTA Y CINCO DIAS DE PERDON A TO
DOS LOS FIELES QVE DEVOTOS VISITAREN Y HICIEREN LIMOSNA
EN ELLA. ACABOSE AÑO DEL SEÑOR DE MDCXLVIII.

Sobre el solar de esta iglesia erigida en 1648 y derribada en 1892, se construyó un picadero cubierto, que a su vez sería demolido en 1970, tras la cesión de la ciudadela al municipio de Pamplona.

## Dos viajeros distinguidos: Brunel y Bertaut

El año 1655 visitó la ciudad el noble caballero Antonio Brunel, señor de Saint Moritz, acompañando a otro noble holandés, el señor de la Plaatte. En el relato que escribió de su viaje[61], dejó constancia de la cortesía que mostró con ellos el virrey, que por entonces era don Diego Benavides, conde de Santisteban, el cual, siguiendo una costumbre bastante arraigada en aquella época, encargó a

(61) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, pp. 50-51

un oficial que acompañase a los distinguidos forasteros a visitar la ciudadela. "Es una fortaleza de cinco bastiones –anotó Brunel– que Felipe II hizo edificar con esmero, como defensa contra los ataques de los franceses. Los bastiones están recubiertos de piedra y los fosos son muy hermosos y en parte llenos de agua... Dicen que está toda sobre roca, y aunque sea la plaza más importante del reino y la única que puede impedir a los franceses llegar hasta Madrid si han pasado los Pirineos, no está muy bien guarnecida. Las fortificaciones necesitan repararse en muchas partes y la guarnición es mezquina, pues hay muy pocos soldados y para suplirlos obligan a los campesinos de la inmediaciones a presentarse al primer llamamiento que se les haga".

"A fin de que no la encontrásemos tan desprovista de todo, se había hecho entrar un buen número de ellos, que se mezclaron con los soldados efectivos, pero nos fue fácil reconocerlos, porque aparte de que muchos de ellos no tenían cara de haber manejado una espada, muy pocos la llevaban, y hacían la parada con un simple mosquete o una vieja pica; y la llevaban tan mal, que se conocía estaban más acostumbrados a manejar la azada que las armas".

Recorriendo el interior de la fortaleza, atrajo la atención de nuestro visitante el molino a brazo, que también podía ser accionado por medio de caballerías, donde se molía el trigo para elaborar el pan destinado a la guarnición. "La máquina más grande de esta especie que he visto jamás", escribió en su relato.

En los parapetos observaron la escasez de centinelas y de piezas de artillería, llamándoles la atención especialmente una culebrina que tenía grabadas las armas reales de Francia y la inicial de Francisco I. Prudentemente, al tratarse de extranjeros, no les enseñaron el arsenal, por lo que Brunel no pudo averiguar el número de cañones con que contaba la ciudadela.

"Tiene ésta un gobernador particular, que es puesto directamente por el rey. Estaba ausente y fuimos recibidos por su lugarteniente, que nos hizo toda clase de agasajos. Después que hubimos dado la vuelta a la plaza, nos condujo a sus habitaciones, donde nos obsequió con una merienda, con mejor intención y galantería que buena mesa".

Cuatro años más tarde, en 1659, pasó por Pamplona otro noble francés, Francois Bertaut, señor de Fréauville y consejero del parlamento de Rouen, que también escribió una crónica de su viaje, en la que no omitió la consabida referencia a la fortaleza[62]: "Hay una ciudadela de cinco bastiones revestidos, donde no falta nada, salvo que en el interior no está terraplenada. Hay también una gran plaza entre la ciudadela y la ciudad, que por este lado no tiene murallas". Según cuenta, en un primer intento no le fue permitido visitarla, por no haber en aquel momento ningún oficial disponible para acompañarle.

"No había en la ciudadela oficiales y no nos dejaron entrar, diciéndonos que volviéramos al día siguiente. Yo creo que esto era a causa de los pocos soldados que allí había..."

Como puede suponerse, el Estado Mayor del rey de Francia estaría en cualquier momento perfectamente informado de las posibilidades defensivas de Pamplona, gracias a los numerosos espías que, so capa de viajeros, peregrinos y cosas por el estilo, andaban continuamente entrando y saliendo de la ciudad y observando hasta el más pequeño detalle que pudiera ser de interés en la nación vecina.

## Dinero para las murallas

El 20 de mayo de 1665, Felipe IV, cuyo fallecimiento estaba ya muy próximo, contestaba por carta a un memorial que le había dirigido la Diputación el 29 de marzo, solicitando que lo que pudiera exceder de los 80.000 ducados ofrecidos por el Reino para las necesidades de la Corona, se aplicase "a las fortificaciones del castillo de Pamplona y zerrar las murallas de la ciudad". El rey manifestaba que estaba ya comprometido todo el caudal para sufragar los gastos de la Real Armada que iba a hacerse a la mar próximamente. Por otra parte, Su Majestad

(62) Ibíd. pp. 52-53

tenía entendido "que para estas fortificaciones se han aplicado 100.000 reales de los medios y consignaciones destinados para ellas y que están promptos en ese Reyno; y así envío a mandar al duque de San Germán se valga deste caudal para travaxar en las que fueren más precisas; y si después faltare algo, se abrá de suplir de mi Hazienda..."[63].

Ciertamente por esos años se desplegó una gran actividad en las obras de las fortificaciones de Pamplona, pero dirigidas principalmente al recinto amurallado de la ciudad, más que a la ciudadela. Por entonces se construyeron los magníficos portales de San Nicolás y la Taconera, con sus elegantes fachadas barrocas, y se terminó el baluarte de la Tejería, llamado más tarde de la Reina en recuerdo sin duda de doña María Ana de Austria, Reina Gobernadora a la muerte de Felipe IV y durante la minoría de edad de su hijo Carlos II, llamado "el Hechizado".

## Obras necesarias en 1669

En los primeros meses del año 1669 se hallaba en Pamplona el prestigioso ingeniero don Amador de Lazcano, realizando la inspección del estado de las fortificaciones y estudiando las necesidades existentes y posibilidades de mejora del recinto. En su dictamen, que lleva fecha de 26 de febrero, dice refiriéndose a la ciudadela:

"... Y porque el Castillo, que es el alma de este cuerpo, –alude al resto de la plaza– está falto de tierra, tanto en los baluartes como en sus parapetos, y en los fosos ay cantidad de tierra que sobra, se debe sacar, tanto para yrlos profundando quanto para que con un mismo gasto se terraplenen los parapetos y lo más que se pueda de los baluartes, gastando y ocupando la demás tierra que se puede sacar, en los espacios de su estrada cubierta, de que tanto

(63) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 8

necesita, pues no se puede llamar plaza puesta en estado de defensa la que no tenga en toda forma su estrada cubierta. Y se le debería hacerle su parapeto y banqueta de piedra, porque de otra forma, como de tepe o de tapia costrada de yeso o cal, se unden luego con la terribilidad de las aguas de un ymbierno. Y porque a un tiempo se adbierta todo lo que falta en esta plaza lebantar de piedra, como lo está lo demás de las murallas, faltan todos los arcés o contraescarpas de los fosos del Castillo y Ciudad, ensanchar algunos y profundarlos casi todos, poniendo la tierra en las estradas cubiertas para cubrir las murallas, principalmente las del Castillo, que las tiene aún más espuestas que la ciudad, y acabar las medias lunas que están empezadas... para que siendo todo de piedra, se defiendan de las inclemencias del tiempo y estén firmes en qualquiera para la ocasión. Su Magestad se sirba proveer, en consideración que, en la paz más segura, son estas obras las más precisas, y en la más dudosa, inescusables..."[64].

## La eterna penuria del Erario Real

El 31 de agosto de 1670 la Reina Gobernadora se dirigió por carta al virrey don Diego Caballero, recordándole la necesidad de habilitar recursos con que poder atender a las obras de fortificación más necesarias en la Plaza y ciudadela, así como el sostenimiento de las cien plazas de soldados y ocho de artilleros de la guarnición de la fortaleza. "La ciudad de Pamplona y su castillo –decía la misiva real– son antemural de España, que de su defensa pende el feliz o mal suceso de toda la monarchía...". Según los cálculos que se habían hecho, se creía que con 6.000 ducados de plata bastaría para todo ello durante un año. En consecuencia, la Reina otorgaba poder al virrey para que, en su nombre, pudiera beneficiar gracias de jurisdicciones, privilegios y honores a las ciudades, villas y personas particulares del Reyno que contribuyesen con generosas aportaciones en dinero a las necesidades del Erario Real[65].

(64) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 21.
(65) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 9.

El virrey comunicó el asunto a la Diputación el 16 de septiembre, para que tuviera conocimiento y, en su caso, presentase las alegaciones que considerase oportuno. En efecto, en su contestación, la representación del Reino expuso que hasta el momento se habían entregado, del donativo acordado en 1665, hasta 160.000 ducados de plata, con lo cual las casas y haciendas estaban empeñadas y los ayuntamientos sin recursos, aparte del continuo temor a una invasión, dada la situación fronteriza de Navarra. Y esta situación tan poco halagüeña podía llegar a ser desesperada, si tanto las villas como los particulares se decidían a gastar sus escasos caudales en la compra de títulos y honores. Por todo ello, pedían que se recurriese a otros medios para allegar fondos[66].

En aquellos años de la segunda mitad del siglo XVII, el recurrir a los poderes otorgados al virrey para beneficiar gracias y mercedes reales por dinero, era un procedimiento eficaz y productivo para la Real Hacienda, cuando no bastaba para las fortificaciones o las otras necesidades de guerra con el producto del servicio o donativo ofrecido por las Cortes. Incluso en ocasiones el Reino aumentaba la cantidad señalada, con tal de suspender o dejar sin efecto esta prerrogativa, merced a la cual las villas se convertían en ciudades de la noche a la mañana, los nobles se hacían con la jurisdicción ordinaria en sus señoríos y los simples hidalgos veían sus casas elevadas a palacios de cabo de armería. Los Tres Estados protestaron contra este abuso en numerosas ocasiones, pero no siempre con resultado favorable.

La Real Hacienda no podría resignarse a matar esa gallina de los huevos de oro que, a cambio de altisonantes gracias que no pasaban de ser simples pliegos de papel sellado, llenaban en poco tiempo las arcas de buenos doblones, ducados, reales y maravedís contantes y sonantes[67].

Por este tiempo, visitó Pamplona el francés Jean Hérault, señor de Gourvilles, el cual escribía más tarde que al contar al ministro Louvois las impresiones de su

(66) Ibíd. En carta de 22 de septiembre decía el virrey a la Diputación que usaría de sus facultades con todo cuidado y moderación. A pesar de ello, el Reino siguió moviendo sus influencias en la Corte para evitar que se otorgasen nuevas gracias y mercedes por dinero.
(67) MARTINENA, *Navarra, castillos y palacios*, pp. 125-128.

viaje, "le refería que Pamplona no valía nada, y que su ciudadela, única fortaleza que yo encontré, estaba construida sobre el modelo de la de Amberes"[68].

## Informe del ingeniero Rinaldi

El año 1672 se hallaba en la ciudad el ingeniero Jerónimo Rinaldi, inspeccionando el estado de las fortificaciones. En el informe o relación que remitió a Madrid con fecha 28 de octubre del citado año, escribía a propósito de la ciudadela:

"... lo que más se necesita es reducir a perfección el Castillo, porque de su conservación o su pérdida pende absolutamente la conservación o pérdida de todo el Reyno de Navarra; y no hay razón ni es del servicio de Su Magestad el dejar de meterlo (ponerlo) en forma tal que pueda resistir a cualquier esfuerzo enemigo".

"Tiene este castillo unas faltas muy grandes: la primera es tener las murallas del recinto tan altas, y tan gruesos los parapetos, que muy largamente se pudieran fabricar con el material sobrado dos castillos del mismo tamaño...". Esto originaba un inconveniente bastante serio en caso de ataque: "Quanto más el enemigo se vaya arrimando a la estrada encubierta, estará más cubierto, y con poco trabajo llegará a picar la muralla del recinto sin podérselo evitar".

"La segunda falta es que, de frente a cada cortina, está levantada de sola tierra una media luna, pero de tan poca capacidad que no pueden caver en ella veinte hombres...".

"La tercera es que la Puerta del Socorro está formada arrimada a un flanco, no teniendo más que una sola defensa del otro flanco. Y la puente está fabricada

(68) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, p. 58.

sobre pilares de sillería, de modo que el enemigo hallará, con muy poco trabajo, hecha la mayor parte de la galería, y la acabará sin podérselo estorvar"[69].

El criterio del ingeniero para remediar en lo posible los defectos enumerados era, en primer lugar, que debía rebajarse la altura de las murallas y baluartes hasta el cordón, reduciendo a la vez el grueso del muro en los parapetos y cañoneras. Respecto a las medias lunas o defensas exteriores, se deberían suprimir las cinco que había, una en cada frente, "como ynútiles y condenadas, por ser de tan poca capacidad" y construir únicamente dos, más grandes y sólidas, revestidas de piedra, "la una para cubrir la puerta principal del Castillo y, la otra, la del Socorro". Por lo que toca a la Puerta de Socorro, que por entonces estaba situada, como dice el informe, arrimada al flanco del baluarte de Santa María, proponía Rinaldi que se condenase y rehiciese, pero situándola "en la mitad de la cortina, para que pueda gozar las defensas de los dos flancos, para que (de la forma que está) no sirva al enemigo para encubrirse y ganar, sin poderlo remediar, el castillo".

El material de piedra para estas mejoras que se proponían saldría fácilmente del sobrante de rebajar la altura de los muros y baluartes hasta el nivel del cordón: "... sirviéndonos el material que se sacará, para formar el parapeto de la estrada encubierta y revestir las dos medias lunas que se han de hacer delante de las dos puertas; sirviendo también la tierra que se sacará para perfeccionar los terraplenos del Castillo"[70].

El Consejo de Guerra dio el visto bueno, con algunas puntualizaciones, al informe de Rinaldi, cifrando en 123.774 reales de plata el costo que tendrían las obras y disponiendo la inmediata ejecución de las mismas.

"Que todas estas obras, que son bajar la muralla bolviendo a formar su parapeto, la estrada encubierta con su parapeto y reductos, las dos medias lunas de piedra, hacer la Puerta de Socorro en la mitad de la cortina, quitando la que

(69) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 23.
(70) Ibíd. doc. núm. 24.

hay, hacer las dos puertas a las dos medias lunas con sus puentes levadizas y rastrillos con sus puertas, con la herramienta necesaria, costarán ciento veinte y tres mil setecientos y setenta y cuatro reales de plata, valiéndose de los materiales viejos; no incluyéndose en esto la escavación del foso principal ni los de las dos medias lunas, que por ser el terreno desigualmente duro no se puede ajustar la costa"[71].

Sobre la realización de las obras se decretó: "Que se le encargue al Virrey se pregonen con asistencia de los ministros a quien toca, con las condiciones que se han de egecutar, y se rematen en el que más beneficio hiciere, afianzando como es costumbre". Es decir, que se anunciase la contrata a pública subasta o remate, como entonces se decía, adjudicándola a favor de quien presentase la proposición más ventajosa, previa la correspondiente fianza. El sistema habitual en este tipo de contrataciones, que todavía suele emplear en nuestros días la administración.

Como complemento de su relación o memoria, Rinaldi elaboró un plano de planta de la ciudadela, en el que aparecen ya representadas las casamatas y plazas bajas en los ángulos de comunicación de los baluartes con los respectivos lienzos de muralla; la media luna proyectada delante de la puerta principal, con dos puentes de comunicación de madera, y la de la Puerta del Socorro, que proponía trasladar al centro de la cortina, tal como hoy se halla, traslado que se realizaría años más tarde. El plano no incluye representación gráfica de los edificios del interior del recinto. Como anexo, contiene un corte o sección de la muralla, con su foso, camino cubierto y parapeto[72].

(71) Ibíd.
(72) AGS. Guerra, leg. 2.286. (Copia en la Col. Aparici del IHCM).

## Banfi, Domingo y Menni

En 1676, ante el peligro de una posible invasión por parte de Francia, la Diputación informaba al virrey que la ciudadela carecía de artillería y víveres, y no se veía la posibilidad de allegar nuevos recursos de la población porque –en palabras del propio documento– "la han saqueado a donativos". En consecuencia, los representantes del Reino habían acordado dirigir una súplica al rey, pidiéndole 24.000 ducados para las necesidades más urgentes. En febrero contestó Carlos II a la petición, otorgando la cantidad solicitada[73].

Por estos años, el virrey conde de Fuensalida mandó al carpintero Juan de Urrizola que cortase 15.000 estacas en los montes de Lanz, Ostiz, Anué y Ulzama, junto con 1.800 maderas de roble, para la estacada y otras fortificaciones de la ciudadela, "sin pagar cosa alguna", y sin que los pueblos afectados pudieran ponerle ningún impedimento. El agravio fue reparado en las Cortes de 1684, dándose por nulo todo lo hecho y mandando que no se trajese a consecuencia en el futuro.

La Paz de Nimega, firmada el año 1678, vino a suponer un breve paréntesis de paz con la poderosa nación vecina, que permitió un respiro en las siempre urgentes y necesarias tareas de fortificación. En 1681 pasó por Pamplona el ingeniero Banfi, para redactar una memoria sobre el recinto amurallado. Al año siguiente, vino don Francisco Domingo y Cueva, que elaboró un plano de las fortificaciones de la plaza y ciudadela, que fue remitido al rey con carta del virrey don Diego de Velandía el 6 de agosto de 1682. Por este plano vemos que únicamente estaba terminada, "bestida de piedra y cal", la media luna exterior correspondiente a la puerta principal; la otras cuatro, situadas en los frentes de hacia la Vuelta del Castillo, carecían todavía del revestimiento de piedra[74]. Se había hecho también la explanada del camino cubierto. Sólo faltaba "acabarlo de ygualar y perfeccionarlo".

(73) IDOATE, *Las fortificaciones*, p. 92.
(74) IHCM. Col. Aparici, t. XIII, pp. 409-466. El original del plano se conserva en el Archivo General de Simancas, Guerra, leg. 2.543.

Otro ingeniero que fue enviado a nuestra ciudad por este tiempo fue el maestre de campo Octaviano Menni, cuyo informe o parecer lleva fecha de 30 de marzo de 1683. Dice en él, refiriéndose a la ciudadela, a la que llama Citadela a la manera italiana.

"Por la parte esterior tiene imperfecto el foso, de suerte que se puede entrar y salir por todas partes, por faltarle la contraescarpa en todo su contorno y el de sus medias lunas, las quales necesitan de camisa, como la contraescarpa y parapeto de la estrada cubierta, que todo falta, y el espaltar su terreno a la campaña, de suerte que le descubran las medias lunas y frentes de los valuartes"[75].

En las mismas noticias abunda una carta del marqués del Conflans remitida a Madrid el 25 de mayo de 1684: "... Las quatro medias lunas del castillo que miran a la campaña son de tierra y están deshechas por las llubias, y no pueden servir de defensa, y es preciso encamisarlas; y la media luna que cae a la puerta principal del castillo es necesario estenderla y ponerla en perfección, que no lo está; y la misma diligencia es preciso hacerse en la estrada encubierta y en el foso del castillo, en el qual también es inescusable terraplenarle algunas cortinas que faltan, y hechas estas obras..., se podrá pasar a las demás fortificaciones"[76].

Con el fin de economizar algún gasto a la Real Hacienda, se requirió por este tiempo a los particulares que venían a Pamplona con carros y caballerías, para que "dilatando sus viajes llevasen tierra, así para terraplenar los baluartes del castillo de esta Ciudad, como otras cargas para las fortificaciones", sin pagarles nada y causándoles perjuicios y retrasos. Reclamado el contrafuero en las Cortes de 1684, el virrey manifestó que los afectados habían hecho el servicio voluntariamente, llevando cada uno una carga solamente; pero que si alguno había sido obligado al acarreo, se le pagaría el justo salario.

(75) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 26.
(76) Ibíd. doc. núm. 27.

Por la carta de Conflans sabemos cuál era la guarnición real y efectiva de Pamplona en este momento. Según la plantilla oficial, la plaza debía contar con tres compañías de 300 soldados cada una y al castillo o ciudadela le correspondía una dotación de 400 hombres. Pues bien, según la carta de Conflans, "en las tres compañías sólo ay ducientos y veinte soldados, entre los quales hay algunos impedidos, y en el castillo no ay sino cinquenta soldados".[76 bis]

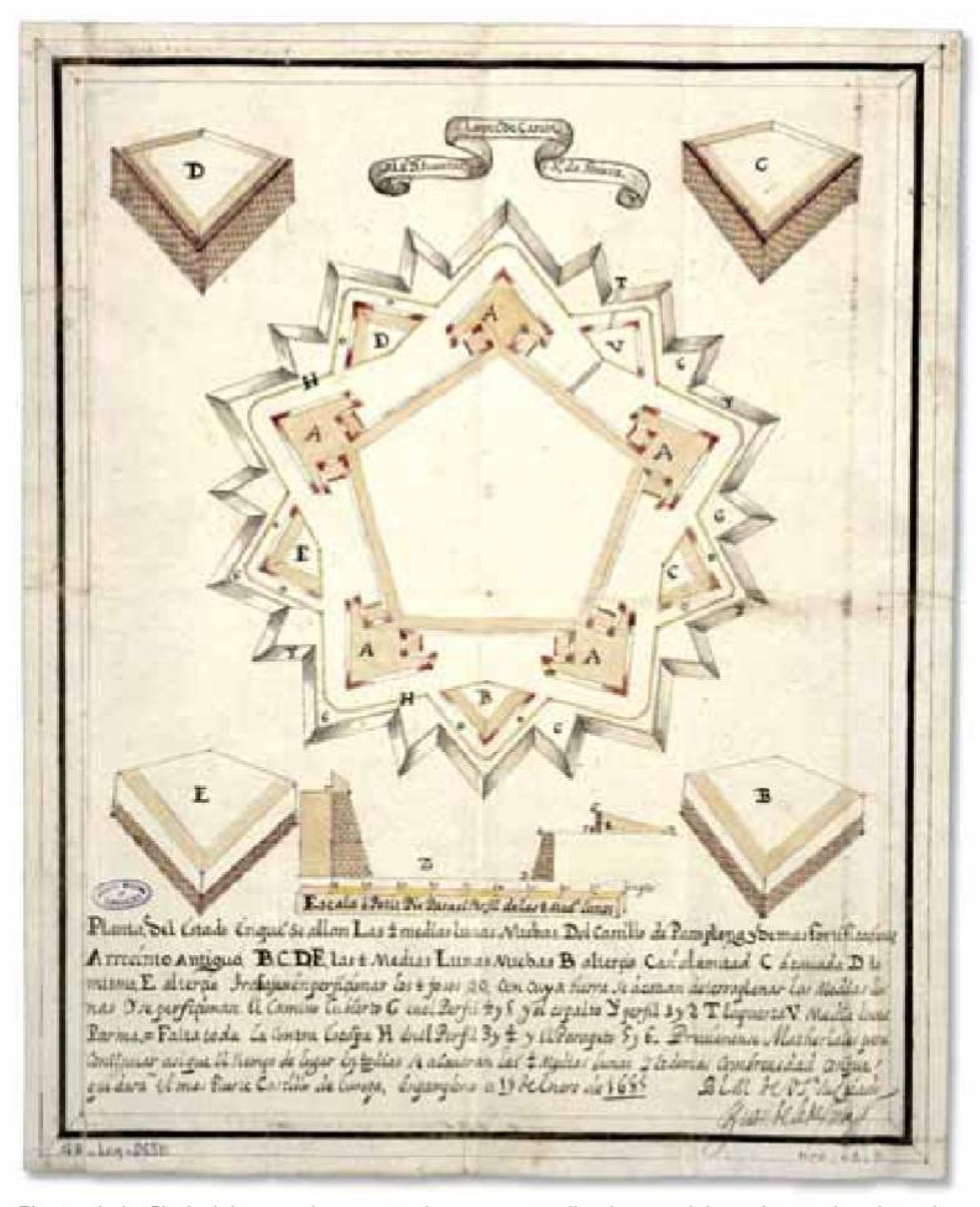
## Las fortificaciones de la Vuelta del Castillo y el sistema de Vauban

El año 1685 marca un hito importante en los anales de la ciudadela, con la construcción de las nuevas defensas exteriores.

Al principio, desde su construcción, la fortaleza estuvo rodeada por un foso excavado en la tierra, sin contraescarpa, y seco en sus dos terceras partes, que en 1608 Felipe III mandó rodear con una estacada de madera bordeando todo su perímetro. Todavía en estos años en torno a 1680, las defensas exteriores se reducían únicamente, como hemos ido viendo, a unas pequeñas y endebles medias lunas de tierra, sin revestimiento de piedra, casi del todo deshechas por las lluvias y las inclemencias del tiempo. Sólo la que defendía la puerta principal tenía revestimiento y había sido mejorada en los últimos años.

En vista de ello, siendo virrey don Enrique Benavides de la Cueva y Bazán, siguiendo el dictamen del ingeniero don Juan de Ledesma, se acometió la construcción de un completo aparato de medias lunas o revellines en los frentes que miran hacia la Vuelta del Castillo, cuya finalidad era proteger la fortaleza de un posible ataque desde el exterior de la plaza, aumentando su capacidad defensiva y dificultando el avance del enemigo.

(76[bis]) Ibíd.



*Planta de la Ciudadela con el proyecto de nuevas medias lunas, elaborado por don Juan de Ledesma en 1684. AGS*

Estas fortificaciones exteriores, que debido a su grave deterioro se están rehabilitando a lo largo de este año 2010, están claramente relacionadas con los sistemas poliorcéticos conocidos genéricamente como de Vauban, por el

apellido de su creador, que renovó durante el reinado de Luis XIV de Francia las técnicas de la ingeniería militar que habían imperado hasta entonces y cuyo origen estaba en el Renacimiento italiano[77].

Se construyeron dos medias lunas o revellines en los frentes situados entre los baluartes de Santiago y de la Victoria, hacia la parte de la Taconera, y entre San Antón y el Real, a la parte de la puerta de San Nicolás. En cambio, en las cortinas situadas entre los baluartes de Santiago y Santa María, y entre este último y el Real, por ser las más expuestas a un ataque, no sólo se levantaron medias lunas, sino que éstas se completaron en 1689 con amplias contraguardias que las envolvían por sus dos frentes, aumentando así su capacidad defensiva.

El proyecto original de Juan de Ledesma, según el plano remitido en consulta del Consejo de Guerra de26 de enero de 1685, que se conserva en Simancas[78], contemplaba únicamente la construcción de cuatro medias lunas de nueva planta, sin contraguardias, manteniendo la que existía ya delante de la puerta principal, que estaba revestida de piedra, aunque era de dimensiones más reducidas que las proyectadas.

Un informe de la Diputación del Reino, dirigido al virrey Benavides el 10 de marzo de 1685, nos da noticia fidedigna del estado en que se hallaba la obra de las cuatro medias lunas exteriores en esa fecha[79]. Refiriéndose a la de Santa Lucía, que es la que se desenterró y reconstruyó en 2006 a una con la construcción

(77) Son numerosos los autores que, al describir la ciudadela de Pamplona, hacen referencia a que sus fortificaciones corresponden al sistema de Vauban. Comentando el texto de uno de ellos, Francisco de Paula Mellado, anotaba José Mª Iribarren: "La construcción de la Ciudadela dio comienzo en 1571. Vauban nació en 1633 y murió en 1707. Mal pudo construirse la ciudadela con arreglo a su primer sistema defensivo". (*Pamplona y los viajeros*, p. 173, nota). La explicación está en que, como se ha visto, todo el sistema de defensas exteriores de la fortaleza data de los años 1684-86. Por tanto, las nuevas fortificaciones son plenamente coetáneas del insigne poliorceta y pueden considerarse relacionadas con sus sistemas defensivos, como han hecho constar frecuentemente los ingenieros militares. El propio Iribarren lo consigna en el pie de la lámina 29 de su citada obra.

(78) MARTINENA, *Documentos sobre fortificaciones*, doc. núm. 28. El plano original se conserva en el Archivo Gral. de Simancas, Guerra, leg. 2.650. (Copia en la Col. Aparici del IHCM. de Madrid).

(79) IDOATE, *Las fortificaciones*, doc. núm. 14.



*Escudo de armas e inscripción conmemorativa del virrey Benavides, colocados en una de las contraguardias de la Vuelta del Castillo, construidas en 1685. AMP (J. Cía)*

de la nueva estación de autobuses de la calle Yanguas y Miranda, dice: "Esta media luna está acabada, y para las obras de la contraescarpa y gola se ha traído la mitad de la piedra y demás materiales; y la restante para concluirla está arrancada en la cantera, al pie de dichas obras". Los días 22 y 27 de octubre del año anterior, 1684, se había contratado la obra de la garita, contraescarpa, gola y parapeto correspondientes. La excavación del foso, cuya escritura se firmó el 7 de noviembre, se hallaba también concluida.

La media luna de Santa Clara, hacia la Vuelta del Castillo, y la siguiente a ella, la de Santa Isabel, que defendía la Puerta de Socorro, aunque el Reino se comprometió a tenerlas terminadas, con sus contraguardias, para estas fechas, "el recio temporal del imbierno no ha dado lugar para proseguir; está su fábrica más que hasta la mitad, y todos los materiales necesarios casi prevenidos". Los trabajos de excavación de sus fosos se habían contratado los días 8 de noviembre y 3 de diciembre de 1684, y los de las contraescarpa y gola de ambas, el 22 de diciembre.

La última media luna, la de Santa Ana, la más próxima al portal de Taconera, donde estaba el frontón de la antigua piscina de los militares, se encontraba a falta de muy poco para tenerla acabada, "pues sólo aguarda el oficial a que se resuelva la altura que ha de tener y a que haga buen tiempo para concluirla, por estar los materiales prevenidos. Y para su gola y contraescarpa está prevenida la mitad de la piedra y demás materiales al pie de la obra y la restante arrancada de la cantera". La escritura de obligación para la excavación del foso se otorgó con fecha 3 de diciembre de 1684 y la de la contraescarpa y gola el 17 de febrero de 1685.

Los escudos de armas del virrey, labrados en piedra, para colocar en el muro de las medias lunas, con sus inscripciones conmemorativas, se capitularon ante notario el 5 de enero de 1685, en la cantidad de 150 ducados, debiendo entregarse perfectamente acabados para finales de mayo. Cuando se remitió el informe que vamos reseñando, el 10 de marzo, se habían hecho ya dos de ellos y los otros dos los tenía el escultor muy adelantados[80]. Estos escudos,

(80) Ibíd.

cuartelados con las armas de los linajes paterno y materno del virrey y timbrados con corona marquesal por su título de marqués de Bayona, pueden verse todavía, con unas lápidas que conservan labrada la inscripción siguiente:

REINANDO CARLOS II DE
CASTILLA Y V DE NABARRA
VIREY Y CAPITAN GEN. DES
TE REINO D. ENRIQVE
BENAVIDES I BAZAN, DEL CON
SEJO DE ESTADO. AÑO 1685.

## Reparos del virrey a las nuevas medias lunas

Sin embargo, a pesar de lo que se lee en las citadas lápidas, las medias lunas no quedaron enteramente concluidas durante el virreinato de Benavides. En abril de 1685 entró a sucederle don Ernesto Alejandro de Ligne y de Croy, Príncipe de Chimay, quien en una carta dirigida al rey el 17 de mayo, dándole cuenta del estado de las fortificaciones, exponía que una estaba del todo acabada y las otras tres casi a punto. Una quinta, la situada delante de la puerta principal, era insuficiente de capacidad, y en opinión del nuevo virrey, sería muy conveniente reedificarla como así se hizo poco después. Decía el informe de Chimay, refiriéndose a la ciudadela:

"El Castillo es regular, de cinco baluartes; fáltanle terraplenes en algunas partes, lo qual se podría hacer con la misma tierra que se ha de sacar de su foso, que también es preciso profundarle y ponerle la contraescarpa, que le falta. Siendo también necesario proporcionar el parapeto, porque su perfil, tal como está hoy, forma un triángulo, lo qual es contra máxima, pues ha de formar un trapezio que tenga de alto por la parte interior cinco o seis pies y quatro por la esterior, y de otra manera no podrá resistir a la Artillería...

También es preciso se hagan dos almagacenes (sic) a prueba de bomba, para que las municiones estén seguras y sin el peligro que suele resultar estando en

una parte, con la priesa y multitud que suele cargar en la ocasión; y en la misma forma combendría hacerse el molino y algunos quarteles"[81].

Respecto a la nuevas medias lunas, a las que él llama revellines, el virrey hacía algunas objeciones: "Y aunque desearía escusar referir defectos de lo que está hecho, mi obligación me precisa a poner con puntualidad en noticia de Vuestra Magestad lo que he adbertido, y es que los quatro rebellines nuebos, que el uno se halla acabado y los otros tres casi en estado, deberían haverse formado más hacia la campaña, y especialmente el que está acabado, por que al estar más dentro del foso de lo que deviera, quita algo los fuegos de las espaldas de los baluartes opuestos; y haviendo entendido se havía dispuesto se lebantasen dichos rebellines seis pies más de lo que tiene el que agora se ha acabado, ordené no le ejecutasen, pues de ello resultaba el incombeniente de igualarse en altura con los mismos baluartes del Castillo, lo que es contra todas máximas de fortificaciones..."[82].



*Segundo portal de la Puerta del Socorro, en 1967. AMP. Col. Arazuri (M. Clavero)*

(81) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 29.
(82) Ibíd.

Del revellín o luneta que cubría la puerta principal, por la parte donde hoy está la calle General Chinchilla, decía el virrey que era inoperante, "porque sus caras no tienen más que ciento y cincuenta pies, quando deviera tener doscientos y cincuenta, así para cubrir bien la puerta y la cortina como para hacer cortaduras en ella... por lo cual, reparando que, llegado el caso de que el enemigo atacase esta Plaza, se apoderaría, según toda apariencia, antes de la ciudad que de el Castillo y formaría el ataque principal del Castillo por la parte del dicho rebellín, me ha parecido inescusable mandar hacer otro, que cubra la puerta y cortina y parte de las caras de los dos baluartes colaterales; el qual saldrá, según su construcción, más que los otros quatro rebellines, por tener cinquenta pies más en cada una de sus caras; y en el tanteo que se tenía hecho, dando la altura que queda referido a los otros, se hubiera consumido muy poco menos cantidad de lo que costará este rebellín, que le tengo por el más preciso y principal de todos y el que se devía haver hecho primero. Y tengo por cierto que con el gasto superfluo que antes estaba ydeado y yo escuso, se había de acabar todo el dinero ofrecido por el Reyno, y habrá el bastante para acabar y perfeccionar este rebellín"[83].

Todavía proponía algunas otras mejoras en distintos puntos de la fortaleza: "... no escuso poner en la noticia y consideración de V. M. que la plaza de armas del Castillo es muy poco capaz, y que es preciso derribarse algunas casas, de manera que quede de la mejor proporción que se pueda. La Puerta de Socorro está junto al flanco, y por esto no tiene más defensa que del opuesto; su puente y los demás del Castillo y la Plaza están sobre mástiles de piedra de bastante grueso y éstos servirán de cubrir al enemigo, y por esto sería mejor fuesen de madera, porque en la ocasión se podrían quemar o quitar con más facilidad que los de piedra. La estrada encubierta, así del Castillo como de la Plaza, combiene mucho se haga, desaciendo un pedazo que ay, por la imperfección que padece, pues es la primer defensa que se opone al enemigo"[84].

(83) Ibíd.
(84) Ibíd.

## Cambio de ingenieros

El informe del virrey terminaba con una dura crítica hacia los dos ingenieros que a la sazón estaban destinados en Pamplona: "Tampoco escuso poner en la Real Noticia de V. M. haver hallado en esta Ciudad dos yngenieros, que el uno es don Juan de Ledesma y el otro Octabiano Menni, y de ninguno de ellos me he balido ni puedo balerme, porque don Juan de Ledesma es notoriamente imperito en el arte, a que se añade que en tiempo de don Enrique de Benabides, en un lance público, quedó tan grabemente desayrado que, en el orden de la Milicia, en que se atiende tanto a las cosas de onor, no puede tener concurrencia con los superiores ni lo admitirán los militares; y Octabiano Menni, desde que vine se halla enfermo sin que lo aya visto, y por noticias seguras me hallo informado de la imperfección con que se han ejecutado las fortificaciones de San Sebastián, en donde asistió, y he reconocido ocularmente las que por su dirección se han ejecutado aquí y estaban delineadas; y a estos motibos tengo otro no menos reparable para la desconfianza, que es el de algunas palabras que ha vertido, menos atentas de las que deviera un buen vasallo de Vuestra Magestad".

Para sustituirlos, proponía que se hiciera venir desde San Sebastián a don Esteban Escudero, "que es sujeto de toda mi confianza, muy versado y de gran inteligencia en el arte de Ingeniero; el cual es ayudante del Comisario General y tiene 50 escudos de sueldo... y con esto se podrá escusar el sueldo de 160 escudos que goza Octabiano Menni; y con el que se escusará de don Juan de Ledesma, podrá venir don Miguel Gascó, que también se halla en San Sebastián y es persona de toda inteligencia y satisfacción"[85]. La principal aportación de Escudero en lo referente a la ciudadela fue la adición de las contraguardias de Santa Clara y Santa Isabel a las medias lunas proyectadas por Ledesma. Se construyeron en 1689-91 siendo virrey el duque de Bournonville[85 bis].

(85) Ibíd.
(85[bis]) ECHARRI, *Las murallas*, p. 297 y 321 (nota 26).

## La aportación del Reino

La obra de las defensas exteriores de la ciudadela pudo realizarse gracias a la generosidad del Reino, no muy sobrado de recursos por entonces. Las Cortes, a instancias del virrey Benavides, acordaron un servicio extraordinario de 30.000 ducados, de los que 24.000 se habían de destinar a la citada obra[86]. Carlos II el Hechizado, en carta de 22 de septiembre de 1684, agradecía la fineza, celo y lealtad de los Tres Estados, a la vez que aprobaba las condiciones puestas por éstos para efectuar el pago. Una de ellas era que de la citada cantidad no se abonase la nómina del ingeniero director de los trabajos de fortificación, que debería seguir de cuenta del Erario Real[87]. El 6 de octubre, el virrey trasladaba la regia misiva a los representantes del Reino. Sin embargo, todos los caudales eran pocos para la envergadura de las obras que se habían emprendido. El 31 de octubre, el virrey se dirigía de nuevo a las Cortes, instándoles a nuevos sacrificios económicos para las murallas y ciudadela.

El propio rey había enviado 40.000 reales de a 8, para atender a las necesidades más urgentes, y dispuesto que se aumentasen hasta 100.000, lo que no se pudo hacer por falta de fondos. Por ello, encarecía el virrey que se aumentase el donativo "hasta la cantidad que pareciere pueda ser suficiente para poner en defensa esta ciudad y su castillo, como lo espera Su Magestad de la fineza de Vuestra Señoría Ilustrísima"[88]. Tras no pocas discusiones y reticencias, al cabo de más de dos meses, el 11 de enero de 1685, las Cortes comunicaban al virrey Benavides su acuerdo de aumentar en 10.000 ducados más el servicio anteriormente otorgado, bajo ciertas condiciones, advirtiéndole que esta cantidad no se sacaría del arca tesorera hasta que se gastasen del todo los 24.000 ducados de la primera asignación[89]. El virrey contestó al día siguiente aprobando las condiciones puestas por el Reino, y el 30 del mismo mes el rey volvió a escribir una carta de agradecimiento al Reino, firmada de su real mano, elogiando el interés que había desplegado en su servicio[90].

(86) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 10.
(87) Ibíd.
(88) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 11.
(89) Ibíd.
(90) Ibíd. Las condiciones, en la carp. 12.

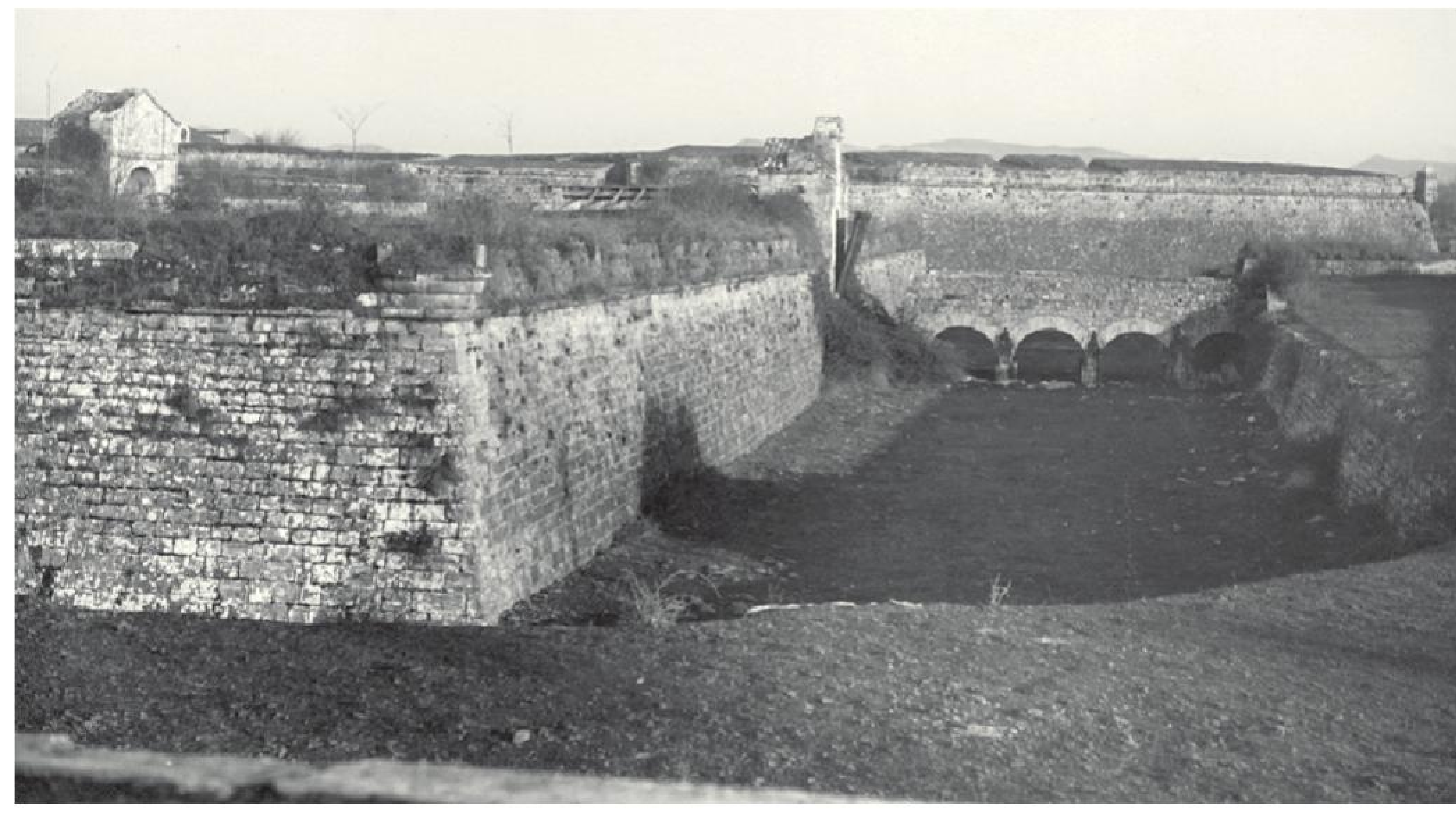
## Cuentas del depositario Aranguren

Por las cuentas presentadas por el depositario Aranguren en los años siguientes sabemos que las obras empezaron en una primera fase con fondos procedentes de la Real Hacienda. En dichas cuentas se designan los revellines o medias lunas con los nombres siguientes: Santa Teresa, la que cubría la puerta principal; San Fermín, la más próxima al Portal de la Taconera; San Saturnino y San Francisco Javier, las de delante de la Puerta de Socorro e inmediata a ella, con sus respectivas contraguardias; y San Ignacio, la más próxima al portal de San Nicolás. En un primer momento, las cuentas se refieren también a los revellines de Benavides y del Socorro, denominación, a lo que parece, anterior a la de San Saturnino y San Francisco Javier, pero que designaba sin duda a las mismas fortificaciones.

Las dos medias lunas de San Fermín y San Ignacio las construyó el maestro cantero Pedro de Azpíroz, y ascendió su coste a 66.875 reales y 3 cuartillos, de cuya cantidad aportó la Real Hacienda hasta 34.630 reales. Los otros dos revellines o medias lunas de Benavides y del Socorro corrieron a cargo del cantero Domingo de Aguirre, y su importe alcanzó los 67.027 reales, aportando el rey una ayuda de 3.000 ducados. La garita del revellín de San Fermín la hizo Jorge de Ibero; las de los otros tres revellines, Juan de Arrechea, que cobró por las tres 1.647 reales. Los mismos canteros hicieron también las contraescarpas y golas. Juan de Miura cobró 15.616 reales por la excavación del foso delante del revellín de San Saturnino, mientras que Ignacio Iguacen y Martín López de Heredia recibieron 21.811 por excavar los de San Ignacio y San Francisco Javier y terraplenar sus contraescarpas[91].

Entre las partidas menores destaca una de 3.000 reales a favor del ayudante don Domingo Montenegro, "por las escavaciones que hizo en los cimientos de los dos revellines de Venavides y Socorro" y 1.317 reales con 28 maravedís por excavaciones en el foso del de San Ignacio, "según las medidas que don

(91) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 17. (copia en carp. 19).



*Contraguardia de Santa Isabel, puertas exteriores de Socorro, baluarte de Santa María y fosos de la Ciudadela, el año 1926. AMP (J. Galle)*

Juan de Ledesma tenía tomadas y reguladas por su vareación Pedro La Sala". Otras partidas hacen referencia a la construcción de los parapetos; consta también que a Juan de Miura, escultor, se le dieron 1.650 reales "por el valor de quatro escudos que hizo para las quatro medias lunas de fuera", y al cantero Matías de Ugarte 32, "por la ocupación y travaxo de poner el escudo de armas en el revellín de San Ygnacio"[92].

Parece que el último revellín que se construyó fue el de Santa Teresa, delante de la puerta principal de la ciudadela, en el que trabajaron los maestros canteros Pedro de Azpíroz y Domingo Aguirre. Costó 55.605 reales y medio, de cuya cantidad hubo que descontar 6.000 reales, en que fue tasada "la piedra de la

(92) Ibíd.

media luna antigua". La puerta costó 7.176 reales y 4 maravedís, más 4.908 reales que se dieron en material. El escultor Miguel de Labayen cobró en esta ocasión 500 reales por labrar los dos escudos de armas que se pusieron en el muro y otros 40 por los letreros o inscripciones correspondientes; la piedra la sacó y trajo de la cantera Juan de Miura por 340 reales. En la garita, de forma cilíndrica, se puso una hilada de piedras, cada una con una letra labrada, formando el nombre del revellín, que corrieron también a cargo del citado Labayen. Estas piedras, que sin duda fueron desmontadas al derribarse aquella fortificación hacia 1890, se conservaban hará más de treinta años en uno de los almacenes o bóvedas a prueba, donde muchos pamploneses tuvimos ocasión de verlas, sin saber entonces cuál era su significado. También talló Labayen tres pirámides de piedra, que se colocaron en el remate de la puerta, cobrando 100 reales. Por su parte, el dorador Juan de Sada percibió 270 reales, "por haver dorado las quatro piedras y dos letreros del revellín "de Santa Theresa". En el parapeto se emplearon 38.000 ladrillos que costaron 1.824 reales.

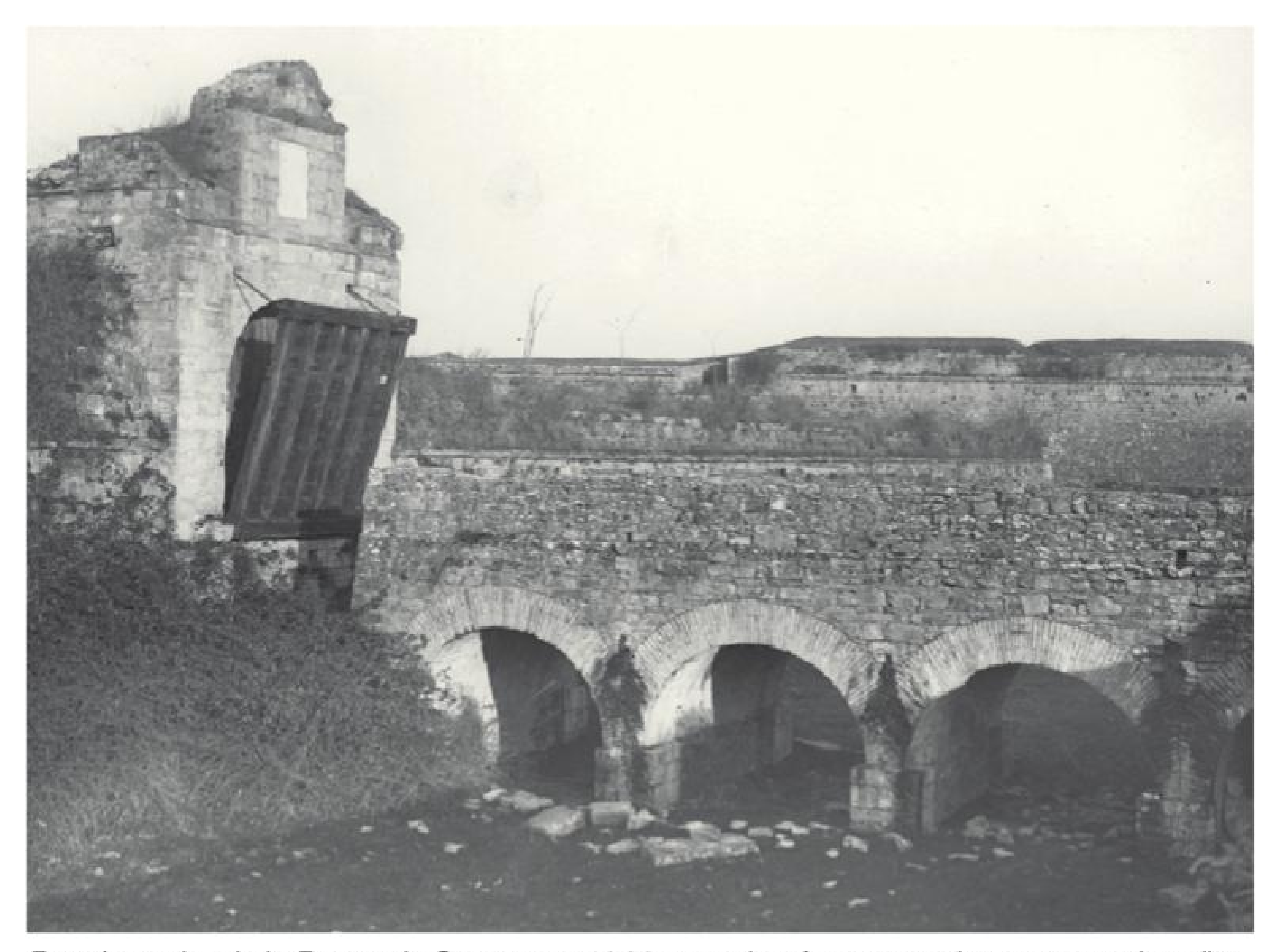
Los carpinteros Juan de Urrizola y Lope de Goicoechea trabajaron en la construcción de los puentes de comunicación de los revellines con las puertas de la ciudadela, y en poner escalas para facilitar el acceso desde los fosos.

## La contraescarpa del foso y otras obras

Hay otro cuaderno de cuentas, presentadas por el depositario del Reino Jerónimo de Aranguren y aprobadas el 5 de agosto de 1687, que reflejan fielmente la forma en que se gastaron 11.454 ducados que se dieron para la obra de hacer la contraescarpa de circunvalación del foso y otros trabajos complementarios que habían quedado pendientes[93]. Por algunas partidas de esta cuenta se ve que se empleó pólvora para barrenar la tufa de los cimientos. La obra se dividió

(93) Ibíd. carp. 16.

en cinco tramos o zonas, correspondientes a cada uno de los baluartes de la ciudadela, asignando cada uno de ellos a distintos maestros canteros. Jorge de Ibero contrató y ejecutó el tramo frente al baluarte de San Antón, en 11.353 reales y 10 maravedís; Francisco de Ugareta, el de frente al baluarte de Santiago, en 16.518 reales; Pedro de Ayanz, el de frente al baluarte de San Juan el Real, en 15.776 reales; Miguel Yoldi, el de frente al baluarte de Santa María, en 14.974 reales, y Juan de Miura, el tramo correspondiente al baluarte de la Victoria, en 13.236 reales.



*Portal exterior de la Puerta de Socorro en 1926, cuando aún conservaba su puente levadizo. AMP (J. Galle)*

Se trabajó también en las plazas bajas, que se habilitaron en los flancos de los cinco baluartes, para aumentar el número de emplazamientos para piezas de artillería; naturalmente, correspondían dos plataformas a cada baluarte, una por cada flanco. Ignacio de Iguacer hizo la excavación de cuatro de ellas y Juan de Leiza la de las seis restantes. La losa y la mampostería corrieron a cargo de Jorge de Ibero, por 320 reales.

También se hizo una conducción de agua potable. Pedro de Ayanz cobró 50 reales y 3 cuartillos por "sesenta arcaduces para conducir el agua de las fuentes y meterla en el foso principal" y 244 reales más "que a importado la fábrica que se a echo en la fuente que está en la contraescarpa que mira al baluarte del Real".

El carpintero Pedro de Arrasqueta se ocupó en desmontar y rehacer el puente de la puerta principal. Pedro de Azpíroz cobró 688 reales y medio por los dos pilares de piedra que hizo para sostener el tablero. La madera fue suministrada por Juanes de Beúnza, Pascual Oyarzun y algún otro, y el reconocimiento pericial lo efectuó Miguel de Abaurrea. Se hizo un segundo puente para la comunicación con el revellín de Santa Teresa, donde estaba el rastrillo, y trabajaron en él, como carpintero el citado Arrasqueta y como cantero Miguel de Andiazábal, que labró ocho pilares de piedra. Se compraron además 509 cargas de cascajo "para los tres puentes que ay antes de entrar en el castillo"[94].

## Arreglos en la puerta principal

Otros trabajos que se hicieron por este tiempo consistieron en desmontar el antiguo cuerpo de guardia de la puerta principal, labor que hizo el albañil Martín García de Lasterra, y construir un nuevo cuerpo de guardia exterior, en el revellín de Santa Teresa, en cuya bóveda se emplearon 9.300 ladrillos.

Un tercer cuaderno de cuentas de estos años nos da noticia puntual de la forma en que se gastaron los 16.925 reales confiados al depositario Aranguren para la fábrica del cañón o bóveda de la puerta principal, la que se abre a la actual avenida del Ejército[95]. La obra corrió a cargo del maestro cantero Pedro de Azpíroz, que cobró 5.500 reales. Mientras tanto, su compañero Jorge de Ibero trabajaba en la construcción del nuevo cuerpo de guardia de dicha puerta,

(94) Ibíd.
(95) Ibíd. carp. 14.

cobrando a cuenta de ello 1.210 reales. También se trabajó en las poternas que dan paso a las plazas bajas de los cinco baluartes y en las que sirven para la comunicación con los fosos. Concretamente, Juan de Leiza anduvo excavando los cimientos que habían de sostener la bóveda "en la poterna del castillo que está tras la casa del castellano".

## Cañones, bóvedas y mugas para los glacis

Por este tiempo se trajo también, siguiendo el parecer de diferentes ingenieros, una nueva dotación de cañones de distintos calibres, para aumentar la capacidad defensiva de la plaza y ciudadela. Los afustes los hizo el carpintero Esteban de Urrizola, siendo después impermeabilizados con brea que trajo de San Sebastián el mayordomo del virrey. El maestro armero Juan de Repáraz cobró 882 reales y medio por componer las cajas. Entre esas piezas de artillería se contaban varios morteros.

Otra noticia curiosa que nos dan las cuentas es que, para despejar la plaza de armas central de la fortaleza, se mandó talar 21 árboles que en ella había, de los cuales se hicieron tablones, para aprovecharlos en obras posteriores.

El último de los cuadernos de cuentas de esta serie, presentado por el depositario Aranguren, corresponde al gasto que se hizo con los 34.000 ducados que dieron para fortificaciones las Cortes de Olite el año 1688[96]. Comprende hasta abril de 1690. Una de las obras a que hace mención es la construcción de un caballero o posición dominante que se construyó encima del baluarte del Real o de San Juan, y que todavía puede verse en la actualidad. Se seguía trabajando también en el revellín de Santa Teresa, delante de la puerta principal, en "acomodar el terraplén, parapeto y banqueta", así como en su camino cubierto. Se continuaba además con la construcción de las dos alas del cuerpo

(96) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 31. (Copia en carp. 33).

de guardia, una a cada lado de la entrada a la ciudadela, trabajando en ello los canteros Pedro de Azpíroz y Jorge de Ibero, que al parecer tenían a su cargo la parte principal de las obras. Al primero de ellos se le pagaron 12.854 reales y 8 maravedís por la piedra del cuerpo de guardia izquierdo y su bóveda, empleándose también 14.000 tejas. Otra partida habla de un pago de 3.064 reales y 24 maravedís a Sebastián de Huarte, por la "escavación que a echo entre los almagazenes y quarteles del castillo para terraplenar la bóveda de la puerta del Socorro" y en alguna otra parte del recinto. A Azpíroz se le dieron 2.479 reales y 16 maravedís que se le debían "de las fábricas de manpostería y piedra labrada que puso en los frontispicios de las bóvedas de los almagazenes y en el de la puerta principal del castillo".

Otras partidas aluden a obras de menos monta, pero que resultan interesantes desde distintos puntos de vista. Diez oficiales y dos peones se ocuparon con una pareja de acémilas en "revocar las rendrijas o aberturas del torreón del castillo", donde al parecer se produjo un incendio poco tiempo antes. Se trabajó también en "las dos colunas en frente de los cuerpos de guardia de la puerta principal del castillo", y en la calzada y enlosado de la entrada y su plazoleta. Los tres pozos con que contaba la ciudadela fueron saneados, reparados y cubiertos con bóvedas de piedra labrada que hizo el cantero Juan de Juanena, por 1.166 reales y 13 maravedís. Uno de estos pozos era conocido como "el de las cadenas". También se le hizo un arca a la fuente situada en la contraescarpa del revellín de San Saturnino, trabajando 36 oficiales. En ese mismo revellín se construyeron además tres garitas de piedra, cobrando por ellas el cantero Francisco Inchausti 1.200 reales[97].

Por este tiempo se amojonaron los terrenos que forman la explanada de la Vuelta del Castillo y demás zonas inmediatas a la fortificación, "desde el rebellín de San Lorenço asta el rebellín de la Tejería", mediante la colocación de 98 mugas o mojones de piedra que hizo el cantero Francisco de Ugareta por 171 reales y medio, es decir, a 7 cuartillos cada piedra de mojón. Se trataba de

(97) Ibíd.

establecer claramente en el futuro la divisoria entre los glacis o explanada del recinto amurallado y "las piezas que son de particulares de esta ciudad y fuera de ella".

También se retejaron las cinco garitas de la ciudadela, situadas una en el ángulo de cada baluarte, cobrando por este trabajo 150 reales el maestro carpintero Lope de Goicoechea.

## Nuevas aportaciones del Reino

Todas estas obras, iniciadas a finales de 1684 bajo la dirección de Ledesma y Menni, prosiguieron a partir de 1686 dirigidas por don Esteban Escudero, propuesto por el virrey Príncipe de Chimay. Este ingeniero, que percibía 1.100 reales de sueldo por su graduación militar de capitán de caballería, elaboró un nuevo proyecto que introducía varias modificaciones respecto al de Ledesma, aunque de hecho venía a ser, en líneas generales, una continuación de éste. Como ayudantes suyos aparecen en las cuentas don Marcos Pastor y don Domingo Montenegro. De 1688 a 1690 figuran además tres sobrestantes militares: don Pedro Ruipérez de Orduña, don Juan de Rogibal y el alférez don José de Etayo. Sustituyendo a Rogibal, que estuvo ausente varios meses sirviendo al rey en otros destinos, constan los también alféreces don Andrés de Tobar y Francisco de Castro. Por su parte, la Diputación del Reino nombró sobrestante a José de Lacoaga, para que se ocupase especialmente de la compra de cal y otros materiales, controlando además la forma en que se empleaban[98].

En abril de 1688 las Cortes dieron para fortificaciones, a instancias del virrey duque de Bournonville, 30.000 ducados más en vista de los preparativos militares que se observaban en Francia[99]. A esa cantidad se añadieron otros

(98) Ibíd. Partidas 126 a 132 de la Data.
(99) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carpetas 20 a 28.

4.000 ducados, ofrecidos por los valles congozantes de los montes de Andía para evitar que se vendiesen a don Diego Ramírez de Baquedano. En marzo y abril del año siguiente, las principales ciudades se vieron forzadas a hipotecar sus propios y rentas para poder reunir el total de la cantidad acordada, que se entregó a finales de abril, "siendo cierto que por falta de dinero no ha parado la obra y se ha trabajado con continuación". Hubo también problemas con los peones que debían enviar los pueblos, al haber acudido únicamente 49 de los 200 que debían presentarse, teniendo que salir a requerirles escribanos y alguaciles.

Las expropiaciones dieron también lugar a conflictos. En julio de 1689 la Diputación solicitó al virrey que se indemnizase, con cargo al dinero del servicio otorgado, a los propietarios de los terrenos ocupados para las nuevas fortificaciones de la plaza y ciudadela[100]. El virrey nombró a Esteban Escudero para hacer las mediciones, pero se negó rotundamente a recurrir para dicho fin a los fondos otorgados por el Reino para las murallas, "pues no bastará para acabar las del castillo, que tanto importa su brevedad". Insistía además en "no dejar labrar en el glacis de la contraescarpa en ninguna parte, dejando a lo menos 50 ó 60 pies del glacis libre, como se deve, en todas partes".

A pesar de estas discrepancias, la Diputación, en carta dirigida a Carlos II el 20 de julio de 1690, elogiaba encendidamente al virrey Bournonville, porque "con su singular ynteligencia en el modo de fortificar, a puesto al castillo... con las fortificaciones interiores y exteriores que le a echo, en estado de perfecionarse, para poderse defender en la forma que oy se guerrea, siendo sin duda uno de los mejores castillos que abrá en Europa"[101].

El P. Alesón, continuador de los *Anales de Navarra* del P. Moret, abundaba en esta misma idea por entonces, cuando incluyó entre las páginas de la citada obra el siguiente párrafo: "... Desde que el baluarte se levantó, no se ha visto en siglo y medio que armas enemigas le hayan acometido por este lado, siendo así que en

(100) Ibíd. carp. 29.
(101) Ibíd. carp. 32. Al propio tiempo se trataba de influir ante el rey para que se remitiesen caudales con los que costear las obras exteriores y fosos de la plaza, que faltaban por construir.

todos los demás ha sido nuestra España invadida diversas veces por mar y tierra. Esto sucedió por largo tiempo, aunque por carecer de fortificaciones exteriores, que no se fabricaron hasta el nuestro, estaba la ciudadela de Pamplona en mal estado. Pero después de esto se mantuvo siempre inviolable, como si sólo el respeto la hubiera conservado en la integridad de su honor"[101 bis].

## El nuevo polvorín y el almacén de mixtos

A partir de 1690, las cuentas conservadas se refieren casi exclusivamente a obras efectuadas en el recinto de la ciudad, especialmente en los frentes de San Nicolás, Taconera y Gonzaga, lo que quiere decir que el estado defensivo de la ciudadela se consideraba, en líneas generales, satisfactorio[102]. Lo único que se hizo en ella de nueva planta en estos últimos años del siglo XVII fue el almacén de pólvora, que todavía se conserva, acertadamente restaurado, y el almacén de víveres o bodega, de dos plantas, que fue remodelado unos años después, en 1720, y que hoy se le conoce como pabellón de mixtos.

En carta dirigida a las Cortes el 3 de septiembre de 1691, aludía el rey a la urgente necesidad que había de "hazer un almazén a propósito, en que estén separados y con toda custodia la pólvora y demás pertrechos de guerra que deven tenerse a reserva para lo que pueda ofrecerse". En vista de ello, había dado orden al virrey de que ejecutase la obra, a pesar de hallarse "mi Real Hacienda tan exhausta como es notorio"[103].

El polvorín se construyó bajo la dirección de Hércules Torelli, siguiendo el modelo ideado por Vauban, y según la fecha labrada en una de sus piedras, se erigió en 1694. Es una sólida edificación de planta rectangular, con recios contrafuertes o machones en las dos paredes laterales, "entre ellos se dexan pequeñas aberturas, de 3 pulgadas de ancho, llamadas respiradores, para que el almacén

(101 bis) *Anales del Reino de Navarra*, lib. XXXVI, cap. IV pi V. 19.
(102) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 32 y leg. 2, cap. 2 y 13.
(103) Ibíd. leg. 1, carp. 34.

se ventile y se conserve enxuta la pólvora" y con un dado de piedra enmedio para impedir la introducción de fuego fortuito o provocado[104]. La bóveda, de medio cañón, se rehízo en 1718 a prueba de bomba, para resistir proyectiles de mortero de aquella época, de un calibre máximo de 14 pulgadas, y exteriormente se cubre con tejado a dos aguas. En la fachada principal, sobre la puerta, tiene un sobrio detalle ornamental compuesto por dos pilastras y un frontón triangular, donde probablemente debería ir colocado algún escudo o inscripción conmemorativa que no se llegó a poner; hacia 1970 conservaba un sencillo rótulo en el que se leía: POLVORIN DE LA CIUDADELA.

El almacén o pabellón de mixtos, aunque fue remodelado por el ingeniero Sala



*El polvorín, construido en 1694 por Torelli, tal como estaba en 1970, con la cerca de piedra que lo rodeaba. AMP. Col. Arazuri*

(104) PRIETO. *La Ciudadela de Pamplona.* (Memoria inédita conservada en el Archivo Municipal de Pamplona, redactada en 1965).

en 1720, conserva exteriormente una estructura muy similar a la del polvorín. Las Cortes de Estella otorgaron en enero de 1692 un nuevo servicio para las fortificaciones de 30.000 ducados, aumentados a los pocos días en 8.000 más, que fueron destinados casi en su totalidad a las murallas de la plaza, no a la ciudadela[105]. Por este tiempo dirigían los trabajos Hércules Torelli y Esteban Escudero, que murió a principios del año 1696, sustituyéndole don Dionisio de Salazar. Torelli debió de modificar considerablemente el proyecto de Escudero, que era el que hasta entonces se había venido llevando a cabo, originándose por ello algunas tensiones. El virrey marqués de San Vicente pidió parecer al maestre de campo Arias y al teniente general de artillería Pastor, quienes opinaron que Torelli había cometido notorios y graves errores, manifestando ser "del todo incapaz". El aludido, por su parte, calificaba a sus detractores de legos e ignorantes en el campo de la arquitectura civil y militar[106]. En diciembre de 1695, las Cortes volvieron a dar otros 30.000 ducados para fortificaciones, a pagar en dos plazos, en 1698 y 1702[107]. Pero el Erario Real no se podía permitir tanta demora. En estos años se sucedieron los poderes a los virreyes para beneficiar gracias, títulos y honores, en nombre del rey, a los particulares o comunidades que ofreciesen a la Real Hacienda servicios en metálico que aliviaran en parte su penuria. Las Cortes de Navarra nunca vieron con buenos ojos este procedimiento[108].

Torelli remitió a la Corte en 1696 un plano con su correspondiente memoria, en la que informaba que en el recinto de la ciudadela había "algunos cuarteles y almagacenes, para taonas, graneros, armas y pólvora", pero que no eran a prueba de bomba. Había un torreón a prueba, que podía servir para polvorín, en el que se habían hecho dos hornos de cocer pan, cuyo traslado proponía a una bóveda bajo el terraplén, que por su humedad no servía para guardar pólvora. El actual polvorín se estaba construyendo, y se esperaba terminarlo para el año siguiente. Se habían hecho traveses altos en los cinco baluartes, a falta todavía

(105) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 37.
(106) IDOATE, *Las Fortificaciones*, p. 95.
(107) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 1, carp. 41 y 42, y leg. 2, carp. 12 y 21.
(108) MARTINENA, *Navarra, castillos y palacios*, pp. 126-128. Hay un poder dado al virrey marqués de Valero en 1693, otro al marqués de Conflans en 1697 y otro al marqués de San Vicente en 1699. (AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 2, carp. 12 y 21).

de las troneras. Las casamatas debían recrecerse hasta el nivel del camino cubierto, para no perjudicar a las plazas bajas. Los cuatro pozos que había, que se abastecían de la lluvia, "podrán tener agua, en tiempo de sitio, para quince días". Torelli proponía hacer un aljibe con capacidad suficiente para un caso de necesidad. Hacía falta también habilitar la comunicación a los revellines



*Almacén de Mixtos antes de su restauración en 1972. AMP (R. Bozano)*

exteriores y al camino cubierto. El año 1699, en vísperas del cambio de dinastía que traería consigo la muerte del enfermizo Carlos II el Hechizado, el marqués de Góngora presentó al rey un informe nada halagüeño sobre el estado defensivo de la plaza. El ganado mayor andaba libremente por los parapetos y cañoneras, causando notables perjuicios. La guarnición –500 soldados distribuidos en tres compañías– apenas llegaba para custodiar los seis portales y las garitas de la muralla. La ciudadela, por su parte, contaba con 250 hombres de armas y 8 artilleros. Como mínimo, se consideraba necesario

incrementar la dotación en 100 plazas más de infantería y 40 artilleros[109]. Este era el penoso panorama que ofrecía una de las principales plazas fronterizas, en unos momentos en que se avecinaban acontecimientos que iban a ser decisivos para la historia de España.

## Los ingenieros de Felipe V. Nuevos proyectos

Una vez finalizada en 1714 la Guerra de Sucesión, en la que Navarra fue partidaria decidida de Felipe V de Borbón, duque de Anjou, frente al otro pretendiente al trono de España, el Archiduque Carlos de Austria, se volvió a pensar, con la llegada de la paz, en emprender obras en la ciudadela. Pero ahora no se trataría ya de mejorar las fortificaciones propiamente dichas, salvo en algunos pequeños detalles, sino que la atención pasó a centrarse fundamentalmente en los cuarteles y demás edificios auxiliares del interior del recinto.

Por estos años –abril de 1711– se creó en España el Real Cuerpo de Ingenieros, a imitación del de Francia, medida que vino a suponer un notable avance en el campo de la fortificación y, en general, de la construcción de carácter militar. Sus primeras ordenanzas datan de 1718. La importante cartografía que nos ha llegado de esta época, aparte de su gran calidad y precisión técnica, posee, por la finura del dibujo y la riqueza cromática que le da el empleo de la acuarela y las tintas de colores, una apreciable belleza plástica.

Ya el año 1718 encontramos trabajando en Pamplona al ingeniero Francisco Larrando de Mauleón, que firmó el plano para la mejora del polvorín. En 1719 a Ignacio Sala, que mantuvo una abundante correspondencia con el Ingeniero General don Jorge Próspero de Verbom, y que es autor de los planos de la reforma del granero y la bodega, más tarde llamado pabellón de mixtos; de las

(109) IDOATE, *Las Fortificaciones*, pp. 95-96.

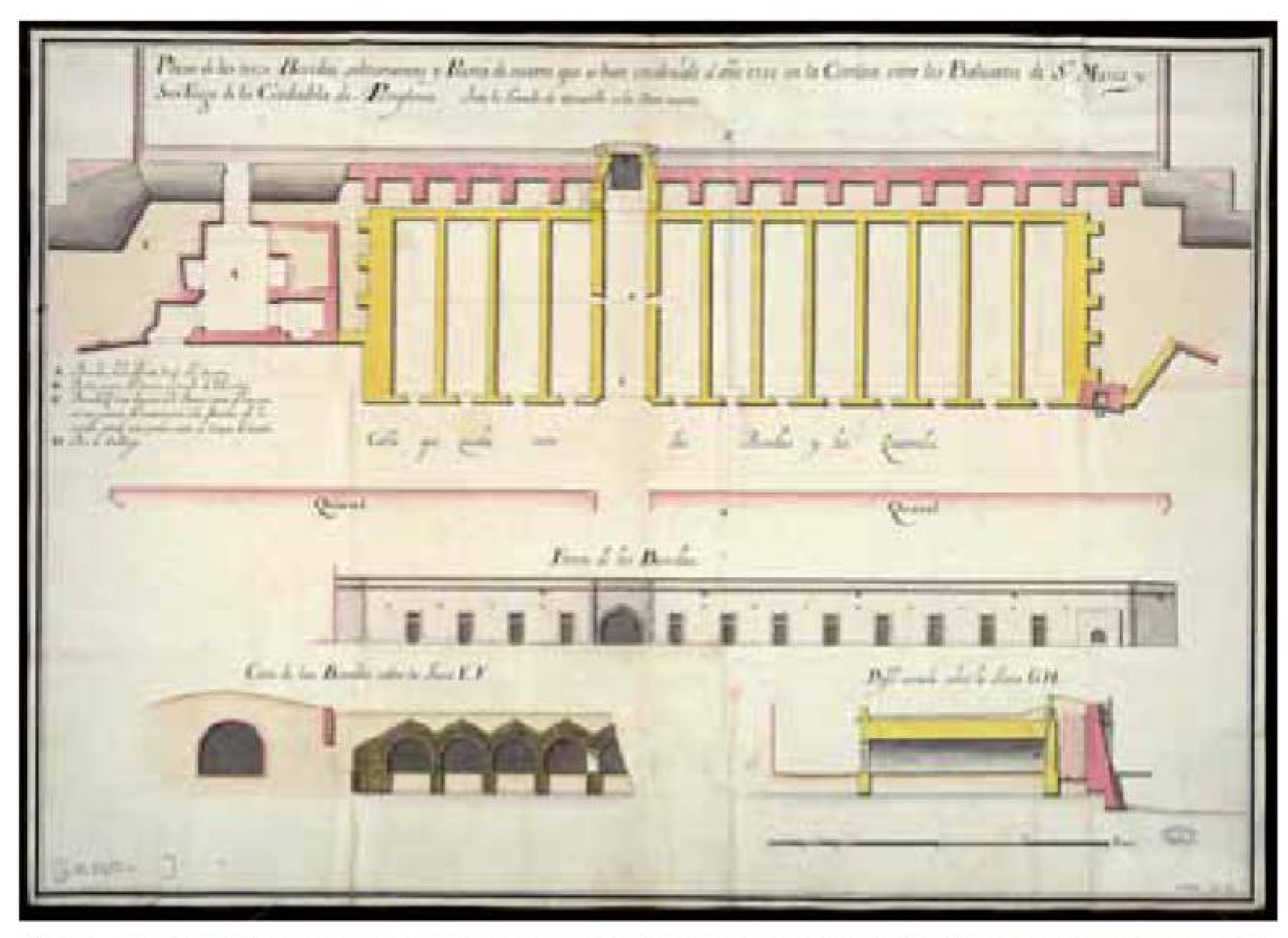
bóvedas a prueba a ambos lados de la puerta del socorro, de un proyecto para mejorar las golas y flancos de los baluartes y de otro de un nuevo y artístico frontis para la puerta principal que no se llegó a ejecutar. En 1720 Alejandro de Retz elaboró un primer proyecto general para mejorar todo el recinto fortificado de Pamplona, que pronto se vio que era irrealizable por su elevadísimo coste. Poco después, en 1726, vino a Pamplona el propio Verboom, quien redactó un nuevo y definitivo proyecto general de fortificación para la plaza y ciudadela, que sirvió de referencia a lo largo del siglo XVIII a todos los ingenieros posteriores. Aunque únicamente se llevaron a efecto algunas de las mejoras propuestas por él, se tomó como base y punto de partida para algunos proyectos parciales, como los de El Redín, y los fuertes de San Bartolomé, del Príncipe y de San Roque, que sí se ejecutaron y en buena parte se conservan actualmente. Por entonces empezaron a trabajar también Pedro Moreau, Luis de Langots y Carlos Blondeaux, de los que también nos han quedado interesantes planos de distintos edificios de la ciudadela, hoy desaparecidos.

Una primera carta de Durán a Verbom, de fecha 18 de junio[110], se refería a un nuevo fuerte que se trataba de levantar en la Cruz Negra; construido éste –decía el ingeniero– "conbiene hazer a la ciudadela las contraguardias en los baluartes, según están señaladas en el plano, a fin de hazerla más respetable a su ataque más difícil; y como S. M. está enterado de la utilidad de este género de obras y tiene ya aprobado el proyecto de ellas, no digo nada más sobre este asunto, solamente que las tres contraguardias de la parte de la campaña se han de hazer las primeras; tanpoco no ablo palabra de los nuebos edificios interiores, señalados de amarillo, cuias individualidades tengo remitido a la Corte a principios de este año en un plano particular de la ciudadela, ni su gasto está comprendido en dicha estimación".

(110) IHCM, Documentos fortificación, 4-4-12-6. Verboom había entrado en contacto con Vauban en 1702, el cual le encargó la construcción de varias obras defensivas. Más tarde, en 1716, dirigió la construcción de la ciudadela de Barcelona, derribada a mediados del siglo XIX para el ensanche de la ciudad.

## La nueva Puerta del Socorro y sus bóvedas a prueba

Aquellas nuevas contraguardias, una para cada uno de los baluartes del Real, Santa María y Santiago, no llegaron a construirse nunca, aunque existen los planos firmados por Luis de Langot en 1724. Lo que sí se hizo por entonces fue cambiar el emplazamiento de la Puerta del Socorro, que antes estaba arrimada a un flanco del baluarte de Santa María, y que se trasladó con un frontis de nuevo diseño al centro de la cortina, tal como se conserva actualmente. También se habilitó el conjunto de bóvedas a prueba de bomba, que todavía se pueden ver a un lado y a otro de dicha puerta, y cuyos planos se conservan en Madrid, junto con la carta que, dando noticias sobre ello, escribió don Ignacio Sala a Verbom el 30 de octubre del mismo año 1720[111]. Decía en ella:



*Plano original de las puertas vieja y nueva del Socorro, y de las bóvedas a prueba de bomba construidas en su cortina en 1720. AGS*

(111) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 30.

“En el primer papel hallará V. E. el plano de las treze bóvedas subterráneas que e executado en esta ciudadela, construyendo la Puerta del Socorro en medio de la cortina a fin de condenar la puerta vieja, que está arrimada al flanco, luego que la Corte resuelva mudar el puente estable o hacerlo nuevo, porque el viejo vale muy poco; y aunque no hallará V. E. justamente la puerta en medio de la cortina, la he avido de dexar assy para que el paso de la puerta cayesse directamente en el passage entre los dos quarteles”. Alude a los de San Felipe y Santa Isabel, hoy desaparecidos, que se edificaron por entonces junto a la cara interior de la muralla.

Con relación a la nueva Puerta del Socorro, que se estaba construyendo en esos días, escribía Sala: “La fachada de la puerta, cuyo diseño no envío en este correo por no aver tenido tiempo de copiarlo, se executa adornada de una orden toscana con las Armas Reales en su remate, y el puente levadizo queda construido a báscula o con contrapeso baxo, como puede V. E. inferir del plano”[112].

Para echar los cimientos de las bóvedas el ingeniero cuenta detalladamente cómo excavó hasta dar con la tufa “que por todo se halla a un mesmo nivel y por esto e concluido mis bóvedas sin que ayan hecho el menor movimiento ni quiebra, cosa muy ordinaria en las obras de este País...”. Describe los fallos que encontró en las cimentaciones antiguas, habiendo dado con el fundamento de la muralla al abrir la brecha “para assentar la Puerta del Socorro” y en la pared del túnel de la puerta vieja, lo que le creó algún problema al hacer la última de las trece bóvedas. Todo ello le llevó a decir maliciosamente, refiriéndose a sus predecesores, “... No puedo persuadirme de que todas estas cosas las hiziessen por ignorancia, falta de cuydado ni gana de ahorrar, conque necesariamente sería para hurtar...”.

En la misma carta, don Ignacio Sala se refiere también a la obra que llevó a cabo en el granero o almacén de víveres –lo que ahora se conoce como pabellón de mixtos– para duplicar su capacidad.

(112) Ibíd.



*Bóvedas a prueba de bomba construidas por Sala en 1720, en el terraplén de la cortina de la Puerta de Socorro. AMP (R. Bozano)*

"En el otro papel hallará V. E. la obra que he executado en el granero desta ciudadela, que antes eran una boveditas por arista, de medio ladrillo de gruesso y aun antes no muy bien hechas, como las paredes y pilares del medio, sin retretas; y aunque no es fácil unir una obra nueva con otra vieja, e procurado tomar todas las precauciones combenientes a este fin, y puedo asegurar a V. E. que me a dado bien que trabaxar, pero queda a mi satisfacción y ya, gracias a Dios, la tengo casi concluida, como también la de las bóvedas subterráneas, que espero quedarán perficionadas por todo el mes que viene, si el tiempo no nos es contrario[113].

Aparte de estas obras, que fueron realizadas bajo su dirección y que todavía siguen en pie, Sala proyectó algunas mejoras para las fortificaciones de la ciudadela, que no se llevarían a efecto. Una de ellas consistía en modificar los

(113) Ibíd.

flancos y plazas bajas de los cinco baluartes, para poder colocar mayor número de bocas de fuego en caso de ataque. Simultáneamente, se deberían abrir dos poternas por baluarte "como V. E. hizo en la ciudadela de Barcelona, y no como en esta ciudadela, que solamente tiene tres poternas en distintos baluartes, que según por donde se atacarían las obras exteriores, para retirarse o socorrerlas fuera menester dar la buelta a la mitad del fosso de la Ziudadela". También proponía emplazar cañones en bóvedas a prueba, colocados sobre afustes de marina, asomando las bocas fuera de la muralla, "con lo que dentro de la bóveda sólo se tendrá el humo del fogón; a más de que como estos cañones se an de disparar solamente dos o tres vezes al tiempo del avanze, es muy poco el embarazo deste humo en unas bóvedas tan capazes".

En otra carta posterior, de 26 de diciembre de ese mismo año 1720, don Ignacio Sala comunicaba al marqués de Verboom la terminación de las dos obras que había dirigido: "Ya tengo concluidas las dos obras principales de las bóvedas subterráneas y granero. Sólo me falta concluir algunos remiendos y otras obritas particulares". Según parece, hubo también algún proyecto para dotar de un nuevo frontis a la puerta principal, ya que, según manifestaba el ingeniero a su superior, le habían pedido últimamente de la Corte "la fachada de Architectura para la puerta principal desde Ziudadela (que es la que se remitió a V. E.), aviendo gran escasez de dinero, assy para esta como para otras obras que son muy necesarias, por cuya razón dexo de proponer algunas"[114].

La nueva puerta del Socorro, que como hemos visto se construyó de nueva planta en su actual emplazamiento, consta de un arco rebajado, flanqueado por sendas pilastras de orden toscano, que sostienen un dintel, en el que puede leerse la siguiente inscripción, cuya última línea resulta hoy en buena parte ilegible, a causa de los desconchados producidos en la piedra:

HAEC PORTA AUXILII SURGIT REGNANTE PHILIPPO
CERTA OBSESSORUM SPES PATRIAE QUE... S........ US

(114) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 31.

Encima, como remate del frontis, un sencillo escudo con la versión simplificada del escudo de la monarquía española –cuartelado de Castilla y León– timbrado con la corona real y, en el escusón, las lises de la dinastía borbónica.



*La Puerta del Socorro, abierta en este lugar en 1720. AMP (J. Cía, 1952)*

Al final de la década de 1970, dentro de las obras de restauración llevadas a cabo en la ciudadela, se restauraron los puentes que comunican la puerta con la explanada de la Vuelta del Castillo a través del revellín y contraguardia de Santa Isabel, reponiéndoles los pretiles de piedra y dotándolos de un empedrado a la antigua, de gran efecto estético, si bien resulta un tanto incómodo para los paseantes. Hay que decir que este pavimento resulta anacrónico, ya que el firme de la calzada del puente data de hacia 1850. Anteriormente era un simple tablero de madera, con antepecho también de madera, apoyado sobre pilares de piedra.

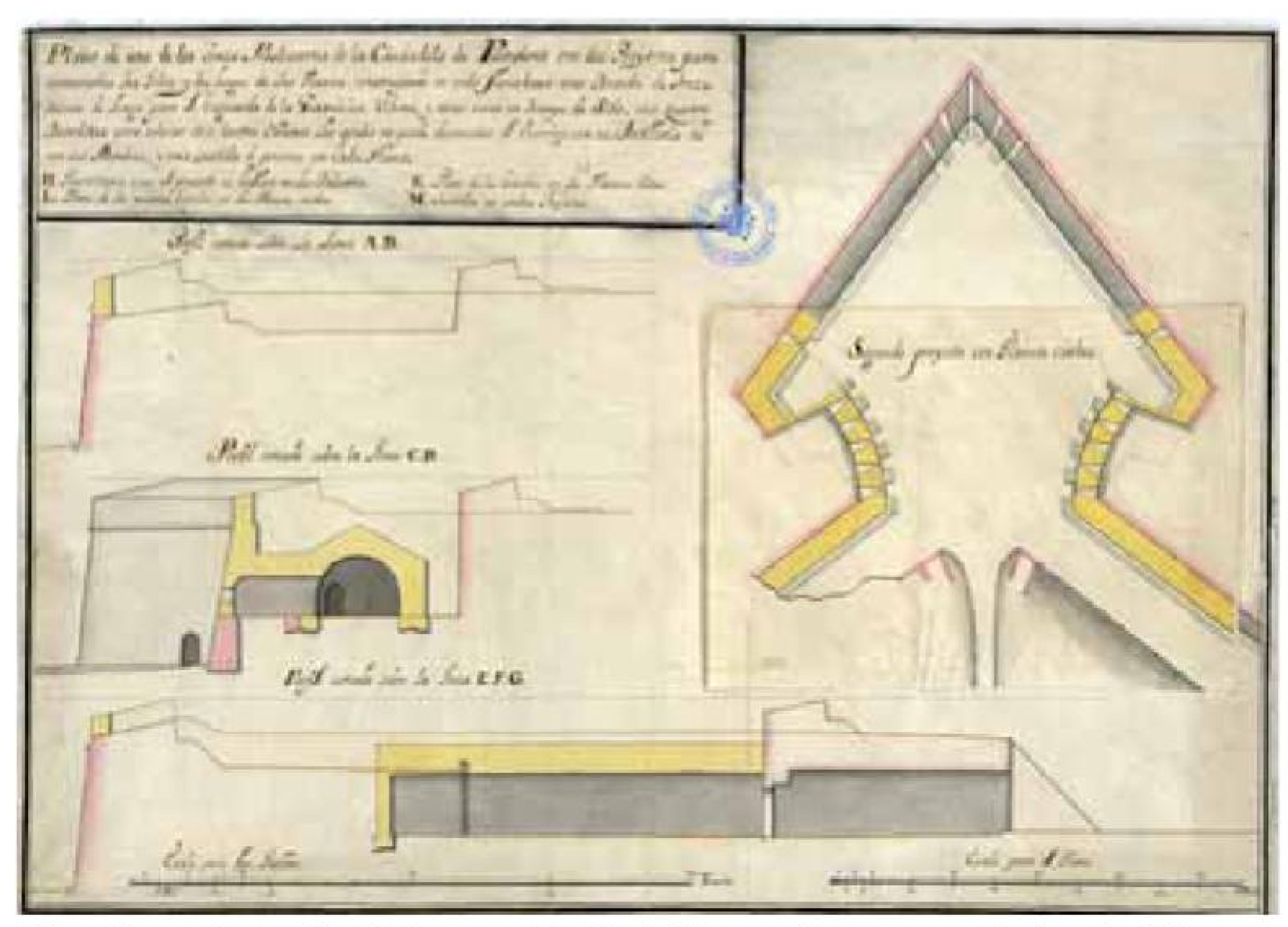
## Auge de la cartografía militar

En el Servicio Geográfico del Ejército se conservan varios planos de las bóvedas a prueba construidas en 1720 en la cara interior de la cortina del Socorro. En uno de ellos se puede ver que originariamente se habían previsto dos hornos circulares entre la puerta vieja, donde últimamente estuvo situada la capilla, y la primera de las bóvedas construidas por don Ignacio Sala[115].

También se conserva en el mismo archivo otro plano de uno de los cinco baluartes de la fortaleza, con el proyecto del citado ingeniero "para aumentarles las golas y los fuegos de los flancos, construyendo en cada flanco baxo una bóveda de 15 tuesas de largo para el resguardo de la guarnición, víberes y otras cosas en tiempo de sitio, con 4 boveditas para colocar otros tantos cañones, los cuales no puede desmontar el enemigo con su artillería ni con sus bombas,

(115) SGE. Cartoteca, núms. 391 y 392, con algunas diferencias. Según aclaraba el comandante Prieto en su informe sobre la Ciudadela, redactado en 1965, se entendía que una construcción era a prueba de bomba cuando podía resistir el impacto de los proyectiles de mortero de la época. En el siglo XVIII no pasaban generalmente del calibre de 32 cms. (14 pulgadas) y disparaban bombas de 78 kgs. El alcance máximo se calculaba en 2.800 metros, y tirando a 60º, que era como producían el máximo efecto, unos 2.400 metros. Para resistir los disparos de estas piezas bastaba una bóveda de 1 metro de espesor, que no excediera de un diámetro de 6 metros. Vauban aconsejaba en su tratado unos 2 metros de grosor. Encima, se colocaba un tejado a dos aguas, para evitar la humedad y las filtraciones.

y una surtida en cada flanco". Dicho plano contiene tres variantes o soluciones diferentes, basadas en líneas rectas o curvas[116].



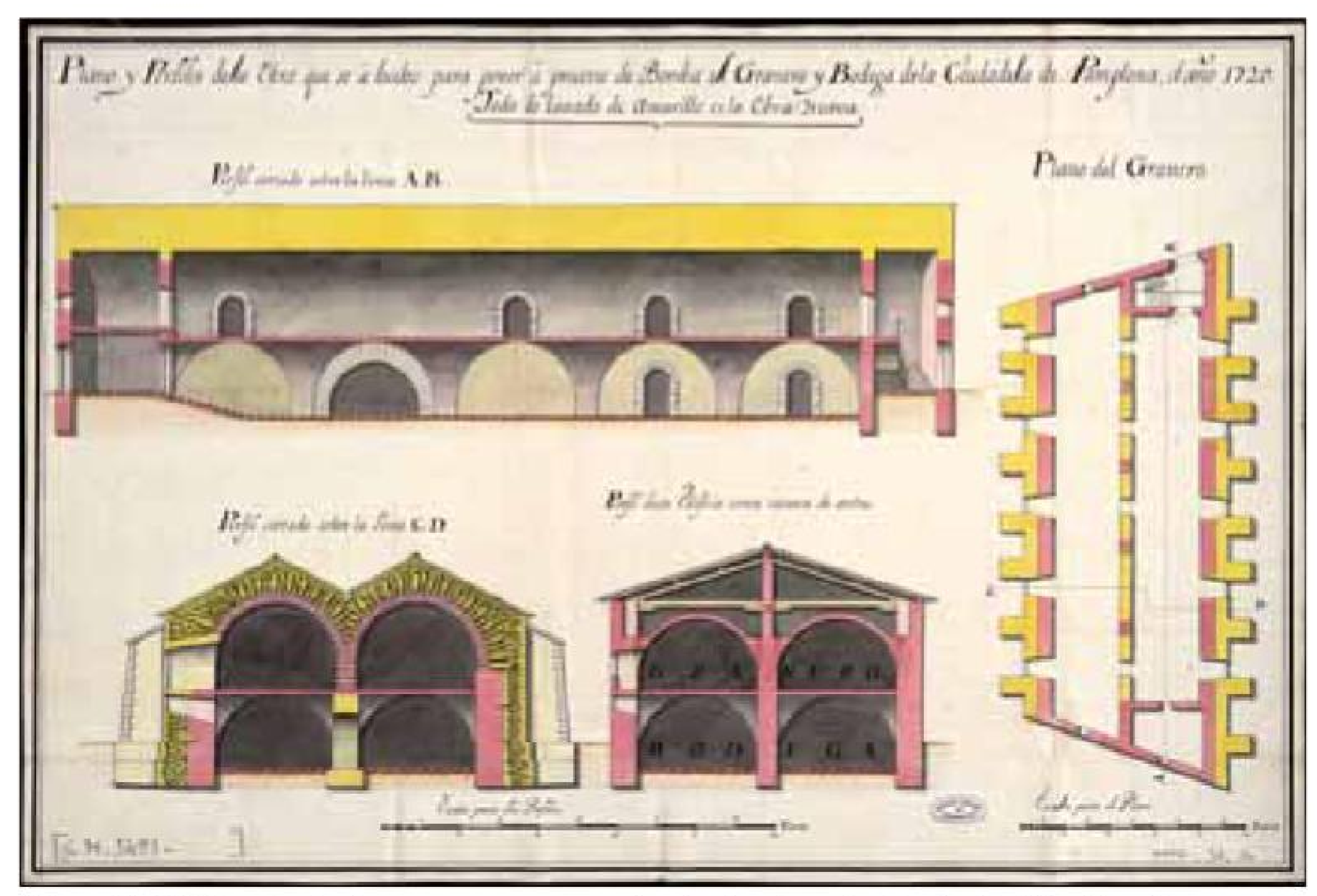
*Plano de uno de los cinco baluartes de la Ciudadela, con dos proyectos de Ignacio Sala para aumentar las golas y los fuegos de los flancos. SGE*



*Plano de hacia 1725, que recoge en dos hojas el alzado de todos los cuarteles y edificios que por entonces había en el interior de la Ciudadela. Destacan en esta hoja la puerta principal, con la exterior del Rastrillo y la desaparecida luneta o revellín de Sta. Teresa. IHCM*

(116) IHCM. Planos, núm. 1.993, 30.

Hay también otros planos interesantes de lo que hoy se conoce como pabellón de mixtos, que entonces servía de bodega en su planta inferior y de almacén de grano y depósito de víveres en la superior[117].




*Plano de 1720 redactado para poner a prueba de bomba el actual pabellón de mixtos, que entonces acogía una bodega en su planta inferior y un granero en la superior. AGS*

Contigua a él, más próxima a la plaza de armas central, estaba la tahona. Otros se refieren a la reforma del polvorín edificado en 1694, que en la actualidad, impecablemente restaurado, sirve como sala de exposiciones, y a los otros almacenes de pólvora más sencillos, que entonces existían y que se reducían a simples casillas con tejado a dos aguas, rodeadas de una empalizada[118]. Otro plano corresponde al horno, cuyo edificio también se ha mantenido, aunque se quitaron los hornos propiamente dichos al adaptar el interior para su actual función como sala de exposiciones.

(117) SGE. Cartoteca, núms. 393, 400 y 402.
(118) Ibíd. núm. 397.

Por otro plano de estos mismos años, hacia 1720, sabemos cómo era la casa o pabellón del gobernador de la ciudadela, construida por entonces cerca del cuerpo de guardia de la puerta principal, y que constaba de planta baja y dos pisos, uno de ellos a modo de desván. El antiguo pabellón del gobernador era la casa o convento anejo a la primitiva iglesia de San Antón y que todavía siguió en pie tras la reedificación de la capilla de la ciudadela en 1648. El canónigo don Fermín de Lubián, en su *Relación de la Santa Iglesia de Pamplona*, escrita hacia 1740, anotó esta interesante referencia: "... Mas es menester saber que la iglesia antigua de San Antón es la que hoy sirve de parroquia en el castillo, dedicada al mismo Santo, y la edificó y consagró el señor cardenal don Martín de Zalba. El convento de los antoninos estaba pegante a ella, y yo he alcanzado aún (a conocer) parte de la casa del convento, en el escudo de piedra la cruz del santo, y allí murió o mataron al duque de Medinaceli. En mi tiempo se dirruyó enteramente la dicha casa, y hoy es plazuela pegante a la parroquia del Castillo..."[119].

## El duque de Saint–Simon y un plato de ajoarriero

Por estos años, en 1722, visitó Pamplona el embajador extraordinario de Francia, duque de Saint–Simon, que siguiendo una antigua costumbre de cortesía para con los viajeros distinguidos, fue autorizado a ver la ciudadela. En su relato, publicado posteriormente y recogido por José María Iribarren en su obra *Pamplona y los viajeros de otros siglos*[120], anotó el duque unas breves impresiones de la visita: "Al despedirme –escribe– le pedí permiso (al virrey) para ver la ciudadela, donde no se deja entrar a ningún extranjero. Fui allí con mis acompañantes al día siguiente por la mañana. Visité todo a mi gusto y la encontré muy hermosa y bien cuidada, así como la guarnición, que me recibió presentando armas y con el estruendo del cañón. De allí fuimos a ver y dar las gracias al gobernador, quien poco después vino a buscarme de nuevo, para

(119) LUBIÁN Y SOS, *Relación de la Santa Iglesia de Pamplona*, p. 87.
(120) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, p. 71.

vernos partir". Por cierto, que la autorización del virrey para visitar la fortaleza le supuso al noble francés el sacrificio de tener que dar buena cuenta primeramente de una ración de ajoarriero navarro, del que dice que no valía nada y cuyo aceite era detestable, pero que, haciendo gala de la proverbial urbanidad francesa, se creyó obligado a degustar por hacer los honores a su anfitrión.

En 1725 continuaban las obras de fortificación de Pamplona, siendo objeto prioritario de la atención de los ingenieros la zona del portal de Francia y baluarte del Redín. Con tal motivo, para poder disponer de la necesaria mano de obra, el virrey conde de las Torres se dirigió a la Diputación el 7 de agosto, encargándole que hiciese una leva en los pueblos hasta sacar mil hombres para trabajar en las murallas[121].

Figuraba a la sazón, como comisario de las obras don Francisco Agenzo. El suministro de cal y el acarreo de materiales supusieron nuevamente, como en anteriores ocasiones, una fuente de tensiones y conflictos entre la representación del Reino y la autoridad militar, fundamentalmente a causa de los precios y salarios que debían abonarse. El 22 de diciembre se le remitió un oficio al virrey para que ordenase que a los del valle de Goñi y demás pueblos que conducían cal para las obras de la ciudadela se les pagase la carga de 10 arrobas a razón de real y medio, dándoles en concepto de acarreo 3 maravedís por cada robo y legua de ida y vuelta[122]. Por su parte, el virrey pidió al Reino, con fecha 7 de agosto, que acordase alguna providencia para que los pueblos de la comarca aprontasen 20.000 fajinas o tablas para emplear en las obras[123]. Un nuevo oficio de la Diputación al virrey trataba de lo que debía pagarse a los que acarreaban madera para las fortificaciones[124].

(121) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 2, carp. 28.
(122) Ibíd. carp. 29.
(123) Ibíd. carp. 30.
(124) Ibíd. carp. 31.

## La nueva sala de armas y otros proyectos

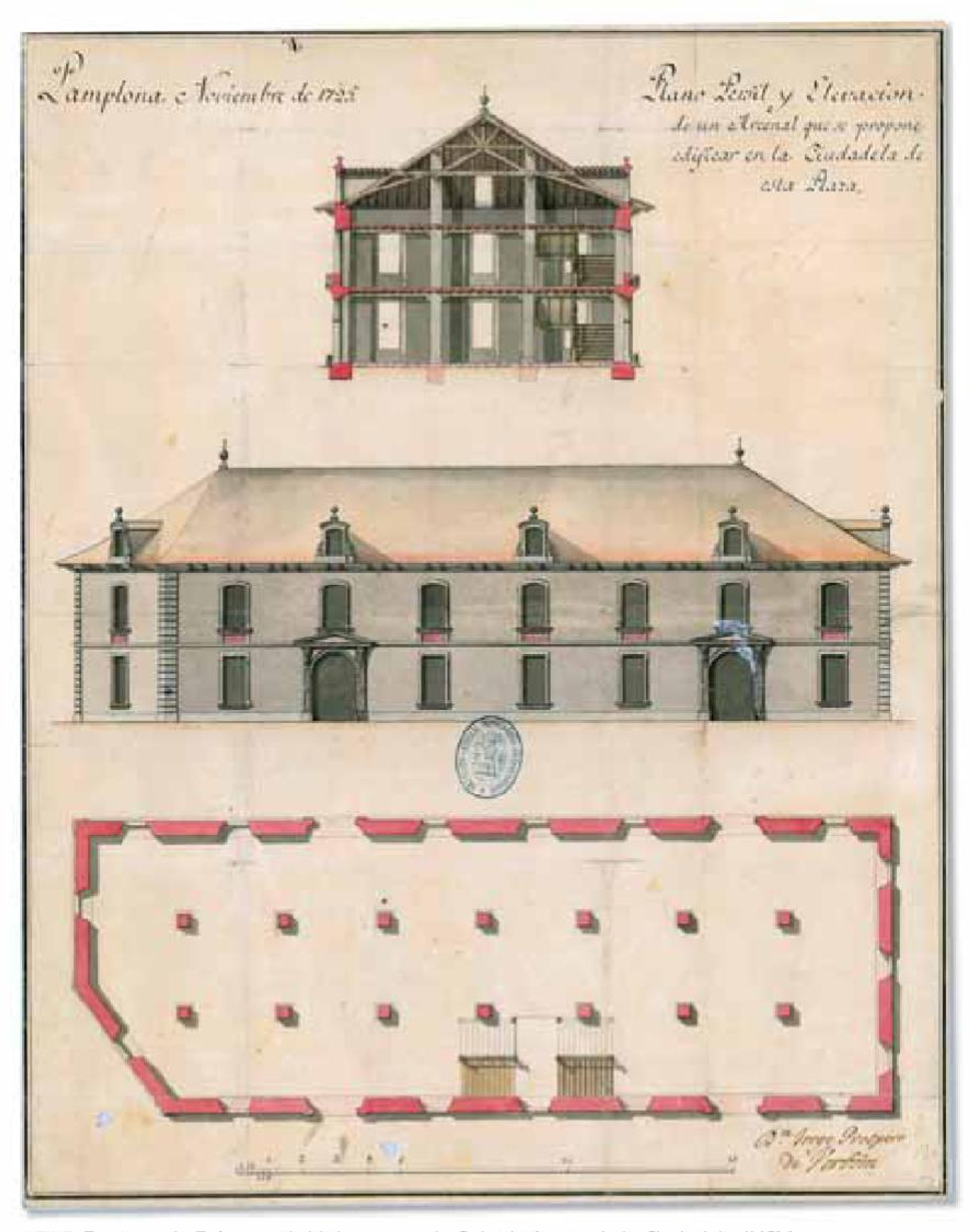
Del año 1725 data también el proyecto de construcción del nuevo arsenal para artillería, lo que hoy conocemos como Sala de Armas, cuyas amplias naves sirven en la actualidad para conciertos, exposiciones y diversas actividades culturales. El plano, conservado en los archivos militares de Madrid, está fechado en el mes de noviembre y lleva la firma del prestigioso ingeniero general don Jorge Prospero de Verboom, autor –entre otros muchos proyectos– del de la ciudadela de Barcelona[125].

La planta y el alzado representan el edificio prácticamente como existe en la actualidad, con la única diferencia de que una de las fachadas laterales presenta un chaflán, en lugar de esquina en ángulo recto; también parece que, en un principio, las escaleras estaban previstas en la parte central, y no en uno de los lados como se ven ahora. Hay otro plano similar de esta construcción, con planta y alzado, sin fecha ni firma aunque sin duda corresponde a la misma época, que presenta ligeras variantes respecto al que acabamos de reseñar. Por los testimonios recogidos en la documentación de entonces, sabemos que la construcción de este arsenal duró bastantes años, más de veinticinco, debido, al parecer, a haber estado paradas las obras en varias ocasiones. Otro proyecto del marqués de Verboom, que no llegó a realizarse, fue el de un hornabeque avanzado, que según el citado ingeniero se debía construir "delante del frente de la ciudadela formado por los baluartes de Santiago y Santa María, con el objeto de descubrir el terreno hondo que se halla delante de las casas de San Juan de la Cadena"[126].

Esta nueva fortificación exterior, caso de haberse llevado a efecto, hubiera ocupado una buena parte de la explanada de la Vuelta del Castillo, en el tramo correspondiente a la embocadura de la Puerta del Socorro. Este proyecto parcial, lo mismo que el de las nuevas contraguardias propuestas para delante del ángulo de los baluartes, citado anteriormente, que tampoco llegó a hacerse realidad, aparecen recogidos en su plano y proyecto general para mejorar las

(125) IHCM. Planos, núm. 1.993, 33.

(126) El proyecto de este hornabeque, que no llegaría a realizarse, se recoge también en el proyecto general de Zermeño, de agosto de 1756 y en el de Daiguillon, de mayo de 1794. Incluso todavía volverían sobre él algunos ingenieros entrado ya el siglo XIX.




*1725. Proyecto de Próspero de Verbom, para la Sala de Armas de la Ciudadela. IHCM*

defensas de la plaza, elaborado el año 1726, que serviría de obligado punto de referencia a los sucesivos ingenieros a lo largo del siglo XVIII[127].



*La Sala de Armas en enero de 1970, antes de su restauración. Fue construida entre los años 1725 y 1752. Las obras estuvieron paradas mucho tiempo. AMP. Col. Arazuri*

De hacia 1725 parece ser un interesante plano conservado en los archivos militares de Madrid, en dos hojas[128]. La primera de ellas contiene los alzados, un tanto esquemáticos, pero muy exactos, de las fachadas principales, laterales y posteriores de todos los pabellones que por esa época existían en el interior del recinto: bóvedas o almacenes a prueba, iglesia, polvorín, cuarteles, pabellones, cobertizos y horno; de las cuales sólo alguna ha llegado a nuestros días. La segunda hoja comprende la estructura de los baluartes, con sus flancos y plazas bajas, la puerta principal con su torreta, el cuerpo de guardia, la puerta

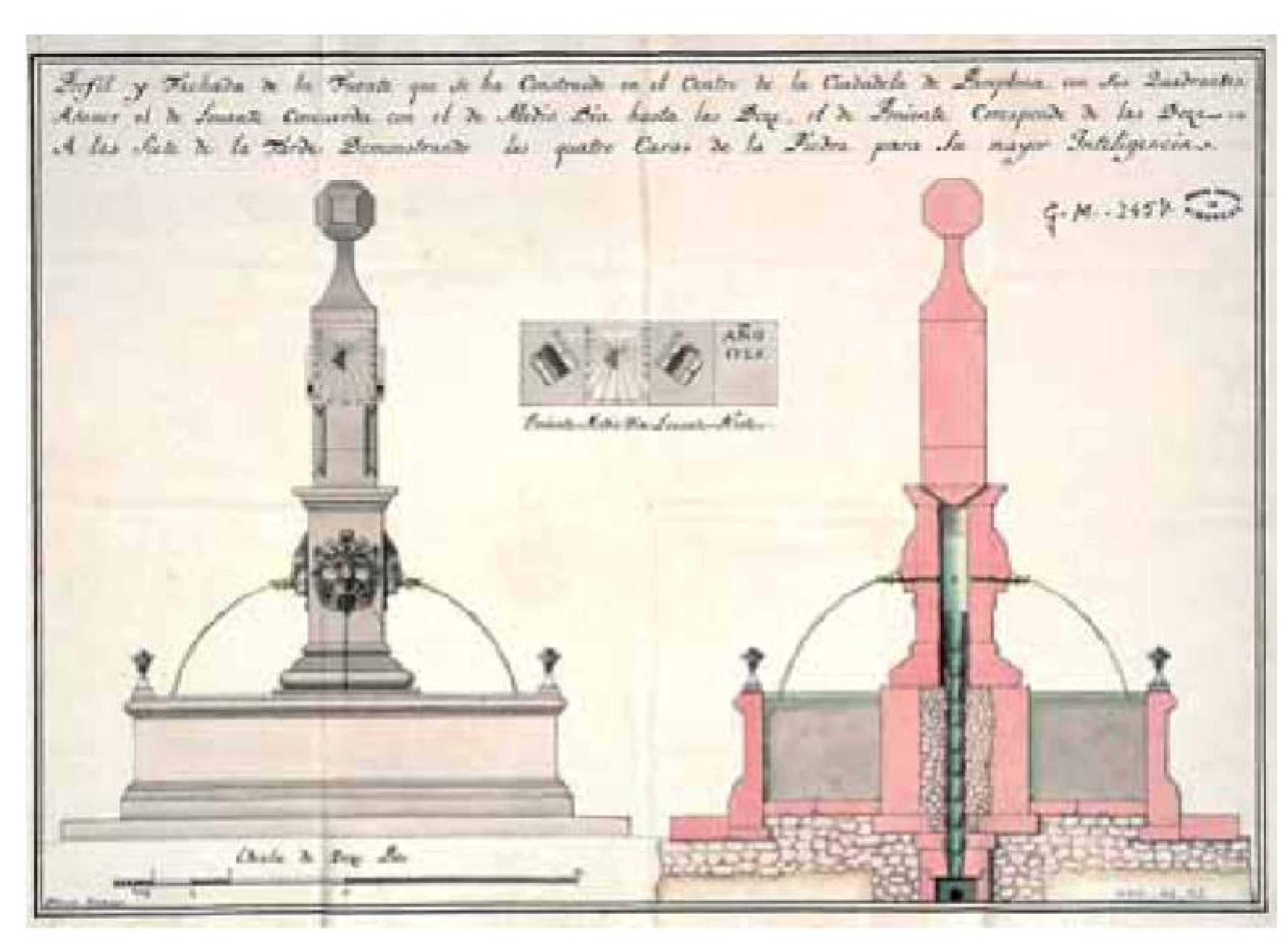
(127) Las contraguardias fueron proyectadas por don Luis de Langots en 1724. Hay planos de ellas en SGE. Cartoteca, núms. 386 a 388 y en IHCM. Planos, núm. 1.874.

(128) IHCM. Planos, núm. 1.993, 17 y 21. La 2ª hoja se reproduce en la pág. 105.

de uno de los revellines exteriores, un baluarte con su flanco y distribución de cañoneras, y varios cortes o secciones del conjunto de la fortificación.

Hasta mediado el siglo XVIII se nota un vacío en la documentación y en la cartografía en lo referente a la ciudadela. No parece que se hiciesen obras de alguna consideración, ni tampoco que se proyectasen. Al menos no hay testimonios que lo demuestren. Únicamente se realizaron excavaciones y nivelaciones de tierras en la explanada de la Vuelta del Castillo, a partir de 1726, que aún duraban en 1742.

La primera noticia que denota alguna actividad, y no de especial relevancia, corresponde al año 1751. El 24 de noviembre, el ingeniero don Juan Bautista French comunicaba al conde de Aranda que se había concluido la cañería que conducía el agua al recinto de la ciudadela: "Finalizado el receptáculo de la fuente nueva en la ciudadela, conforme a lo ordenado por V. E. recompuesta la noria y sus ruedas y perfeccionada la cañería, ha concurrido por ella esta



*Proyecto de 1725 de la fuente que existió en el centro del recinto de la Ciudadela. AGS*

mañana abundante el agua al paraxe de su destino, y la tropa y gentes de dicha ciudadela podrán disfrutar este beneficio sin embarazo[129].

Ya hemos dicho con anterioridad que la sala de armas o arsenal de la fortaleza, cuyo proyecto data de 1725, tardaría bastantes años en terminarse. Más de un cuarto de siglo. El año 1752 se asignaron de la Real Hacienda 250.000 reales para la conclusión de dicha obra y la del revellín de los Reyes en el portal de Francia, donde también se hacían importantes mejoras por estos años.

## Zermeño y su plan de remodelación interior

El año 1756 marca un hito en la historia de las fortificaciones de Pamplona, con la llegada a la ciudad del prestigioso ingeniero militar don Juan Martín Zermeño, el cual presentó ese mismo año al rey Fernando VI un completo y detallado proyecto de edificios a prueba –cuarteles, pabellones y otras dependencias auxiliares– que deberían levantarse en el interior de la ciudadela, en sustitución de los que hasta entonces existían. Todas estas construcciones, de nueva planta, unían a la solidez indispensable una cierta elegancia, dentro de la sobriedad de líneas que caracteriza a la arquitectura castrense. De hecho, el plan de Zermeño, racionalmente concebido, suponía un completo replanteamiento del espacio interior de la fortaleza, a base de manzanas regulares, simétricamente dispuestas en torno a una plaza de armas central, de planta rectangular. Se abandonaba, por tanto, la primitiva estructura radial, a base de calles que desde una pequeña placeta circular, partían hacia las subidas a los baluartes y hacia la mitad de las cinco cortinas de muralla.

El proyecto, demasiado ambicioso sin duda para las posibilidades de la Real Hacienda, no fue tomado en consideración a causa de su elevado coste, calculado en unos ocho millones de reales.

(129) Ibíd. Docs. Fortificación, 4-4-12-13.

El proyecto, con su respectivo plano coloreado a varias tintas y una interesante memoria, se remitió a la Corte con fecha 17 de agosto del citado año 1756. La descripción de la ciudadela que contiene la memoria es de las más exactas que se han hecho de ella[130].

## La ciudadela en 1756

"Compónese esta fortaleza –escribe Zermeño– de un pentágono regular, cuyo lado exterior tiene 338 varas y media castellanas. En su construcción se ven observadas las buenas reglas de la fortificación, proporcionadas todas sus líneas y ángulos según los mejores preceptos. En los baluartes tiene flancos altos, capaces de seis cañones, y plazas baxas para dos, éstas comunicadas por bóvedas debaxo del terraplén, y en tres de ellas tiene poternas o salidas al fosso por el rebés dela espalda. En éstas, que son mui robustas, ai espacio suficiente para colocar tres cañones, de modo que cada flanco puede contener once, con que oponerse al enemigo y defender la cara opuesta, fosso, camino cubierto y explanada, no siendo fáciles de evitar sus fuegos, en particular los de las plazas bajas; y además de los flancos altos, ay un cavallero en el Baluarte Real".

"De los cinco frentes de que consta, el uno se opone a la plaza, los dos contiguos a éste se hallan en la unión de ella, flanqueando su recinto interior y exteriormente, y los dos restantes miran a la campaña. En uno de éstos está situada la Puerta del Socorro, y en el primero la principal, por donde se comunica con la ciudad. En todos hay buenos rebellines que cubren sus cortinas, y delante de los dos que corresponden a la campaña ay contraguardias, circundado todo de su fosso, camino cubierto con plazas de armas y explanada. El recinto

(130) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 34. Del plano se conservan varias copias coetáneas. El original, que lleva la fecha y la firma de Zermeño, se conserva en SGE, Cartoteca, núm. 413. Una copia en el IHCM. Planos, núm. 1.993, hoja 69, y otra igual en la sección de Cartografía del AGN, núm. 142, que durante muchos años estuvo enmarcada y expuesta en el pasillo del piso superior de la antigua sede.

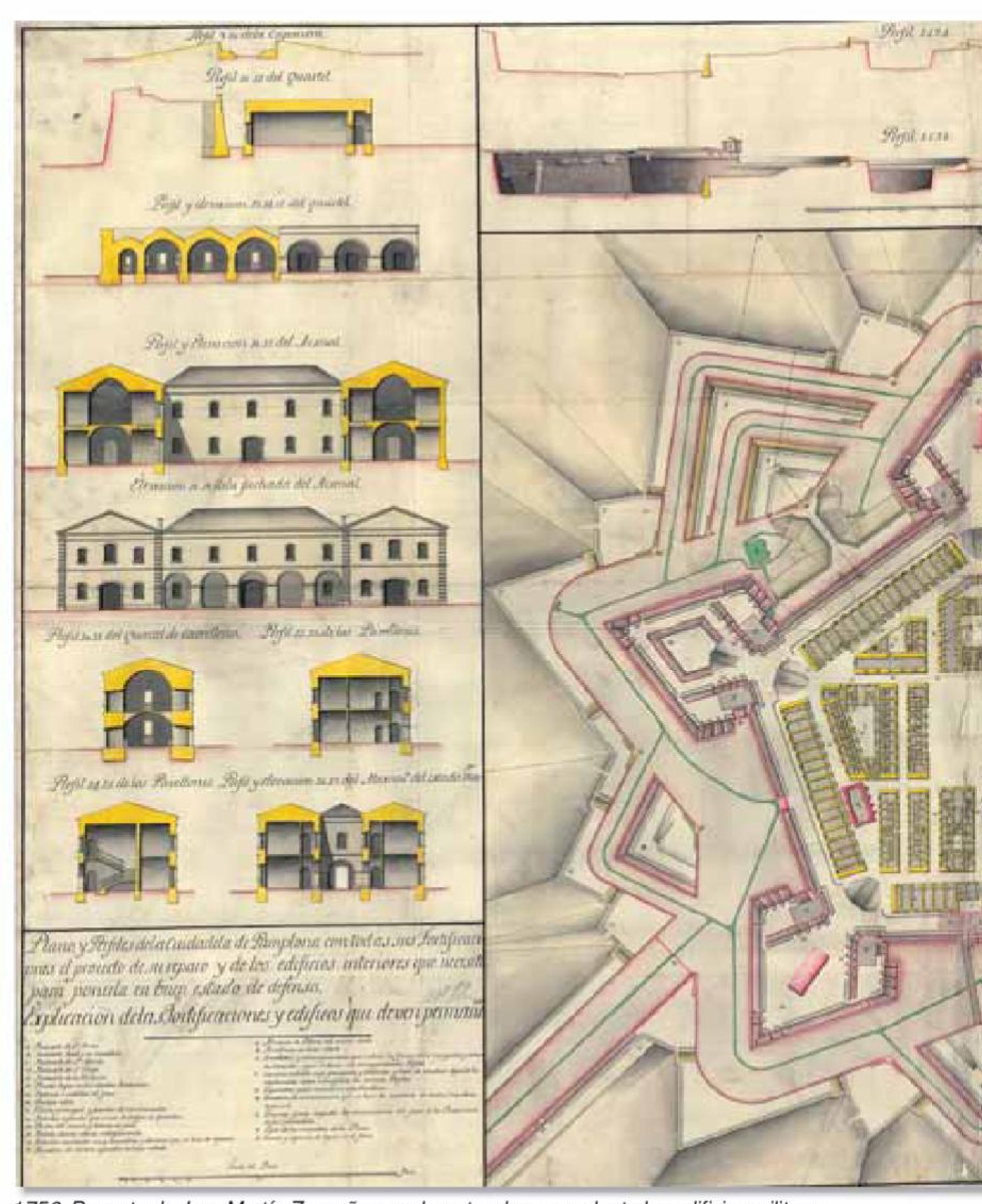
principal está en buen estado y sus murallas son de la mejor construcción, todas de piedra labrada. Los rebellines y contraguardias, aunque de menor calidad, tienen también buenos muros y la contraescarpa rebestida de mampostería, pero les faltan escaleras de comunicación, como a todas las demás obras exteriores, y el camino cubierto se halla sin parapeto ni trabersas; la explanada es mui baxa y el mismo defecto tienen los dos revellines y contraguardias que los cubren. Assi el recinto principal como todas las obras se hallaban en un total abandono, confundidas con crecidas hiervas, paciendo por todas partes los ganados, plantados árboles hasta en el grueso de los parapetos, y en las plazas baxas establecidos jardines, según tengo hecho presente; pero ahora se queda limpiando el todo, estándolo ya en mucha parte"[131].

En líneas generales, se puede decir que salvo los defectos apuntados, que afectaban más bien a cuestiones de detalle, Zermeño encontró aceptable el estado de la ciudadela, en lo referente a las fortificaciones propiamente dichas. Por el contrario, los edificios del interior, incluso algunos construidos en los últimos años, le merecieron una opinión sumamente desfavorable.

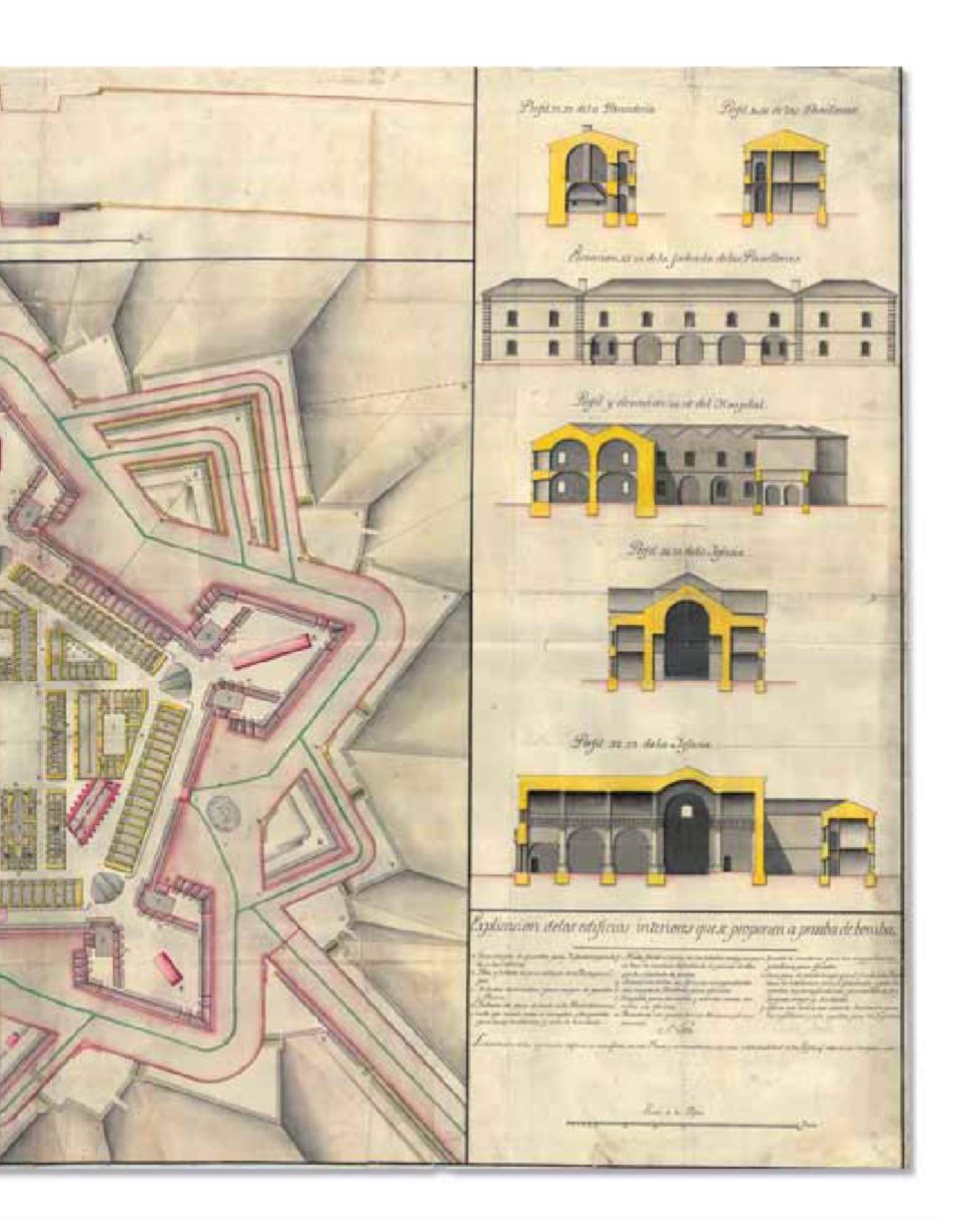
"En lo interior de la ciudadela ay varios edificios para quarteles, pavellones y almacenes, y una iglesia; pero la mayor parte son tan déviles y de mala consistencia, que no dan motivo de referir sus circunstancias, no teniendo ninguna que merezca conservarlos, maiormente quando es tan costoso que anualmente es preciso gastar en sus reparos cantidades notables, sin que puedan servir en el caso de un sitio, a más de su poca capacidad para lo que esta fortificación necesita".

"De todos modos, solamente ay dos útiles y que merecen atención. El uno es un almacén de pólvora bastante capaz y de buena construcción, executado pocos años hace; el otro, un almacén de víveres de dos naves, que actualmente sirven de granero en su estancia o piso principal y el baxo está destinado para bodega"[132].

(131) Ibíd.
(132) Ibíd.




*1756. Proyecto de Juan Martín Zermeño para levantar de nueva planta los edificios militares del interior de la Ciudadela. IHCM*


Explicacion de los edificios interiores que se proponen a prueba de bomba.

Alude Zermeño en este párrafo al polvorín y al edificio hoy conocido como almacén o pabellón de mixtos. De la llamada actualmente Sala de Armas, terminada en 1752, dice textualmente: "Aunque estos últimos años se concluió un Arzenal que havía empesado (sic), no merece conservarse, porque a más de su corta extención para la ciudadela, es de tan dévil consistencia en su suelo por la disposición de las maderas y sus pocos gruesos, que no se han atrevido los oficiales de Artillería a cargarle, pues sin esta circunstancia se hallan ya vencidos en algunas partes; conque así por esto como porque su situación descompondría el proiecto, combiene deshacerle, aprovechando todos sus materiales en las obras que haian de hacerse".

Respecto a las bóvedas construidas treinta años atrás en la cortina de la Puerta de Socorro, y que todavía se conservan prácticamente igual que entonces, decía Zermeño: "En la cortina intermedia de los baluartes de Santa María y Santiago, ay diferentes bóvedas a prueva, debaxo del terraplén, que se construieron años pasados; pero abiendo depositado (según dicen) en una de ellas una porción de cal viva, percibiendo la humedad, con la fuerza de su fermentación rebentó la bóveda en que estava, y su ruina maltrató a las inmediatas, que se hallan apuntaladas, y todas ellas, por su poca bentilación, tan húmedas que sólo pueden servir para almacenes de géneros que por esta causa no están sujetos a perderse"[133].

"En la puerta principal ay también dos bóvedas, que oy sirven de cuerpos de guardia y pueden ser útiles, como otra que existe al lado de las expresadas en la cortina de Santa María y Santiago, que en lo antiguo era la Puerta de Socorro". Alude aquí el ingeniero, en primer lugar, a las dos que estaban situadas a ambos lados del túnel abovedado que da acceso al recinto de la parte de la avenida del Ejército; la de la derecha se conserva intacta como entonces, y la de la izquierda fue construida al rehacer en 1970 esa parte de la muralla, derribada en 1890 para levantar distintas edificaciones militares. En segundo lugar, se refiere a la última bóveda de la cortina del Socorro, donde a lo largo del siglo XX estuvo

(133) Ibíd.

situada la capilla de la ciudadela, y delante de cuya puerta existía un pequeño frontón. Desde los últimos años del siglo XVI hasta 1720 constituyó el túnel de acceso y salida de la primitiva puerta del Socorro, hasta la construcción de la actual.

## Unos edificios que no se construyeron

El proyecto de Zermeño se refería fundamentalmente a los edificios militares situados en el interior del recinto, cuya distribución quedaba completamente remodelada, prescindiendo absolutamente de la anterior disposición radial. De las construcciones existentes, únicamente se conservaban el polvorín y el almacén de víveres, hoy llamado pabellón de mixtos. Todo lo demás debería hacerse de nueva planta. En primer lugar, el ingeniero proponía la construcción de cinco cuarteles de infantería, de planta rectangular alargada, formados a base de naves abovedadas yuxtapuestas, de un solo piso, situados junto y paralelamente a cada una de las cortinas de la muralla, entre los accesos a los baluartes. Aparte de esto, entrando por la puerta principal, frente al cuerpo de guardia, iba una primera línea de edificios, dispuestos en forma perpendicular a la muralla: dos pabellones para oficiales; otro pabellón de Estado Mayor, con vivienda para el gobernador de la fortaleza, el teniente de rey y el sargento mayor; una iglesia de planta de cruz latina, con capillas laterales, dotada de vivienda para los capellanes y, por la parte posterior, otra para los ingenieros, y otros dos pabellones para oficiales.

Tras esta primera línea de construcciones, iba prevista una segunda, integrada por cuatro manzanas, distribuidas dos a cada lado de la plaza de armas central, de planta cuadrada, que venía a sustituir a la antigua placeta circular. Tres de estas manzanas estaban destinadas a pabellones de oficiales y una de ellas, la situada más a la derecha, a hospital militar. Por último, venía proyectada una tercera alineación, integrada únicamente por tres edificios: un cuartel de caballería de dos plantas; un magnífico arsenal de artillería con patio central y una sobria fachada porticada, y una construcción destinada a alojar los hornos, con naves para almacén de grano y harina y elaboración de pan.

"En los edificios propuestos –decía Zermeño en la memoria que acompaña al proyecto– he guardado la mira de que su coste sea menor, omitiendo superficialidades sin que les falte lo necesario y evitando adornos; sin perder de vista que, aunque sensillos (sic), su decoración indique el poder de su soberano dueño. Executados todos, bien podría asegurarse que sería de las ciudadelas más bien dispuestas que pueda haver, no teniendo, como no tiene, defecto alguno su fortificación"[134].

La realidad es que, por lo referente a la fortificación propiamente dicha, el proyecto de Zermeño no proponía reformas dignas de reseñar. Únicamente incluía alguna pequeña modificación de ciertos detalles en los revellines y contraguardias exteriores, la construcción de escaleras en ellas y de caponeras para proteger la comunicación con los revellines a través del foso, y la construcción del parapeto y traversas en el camino cubierto que bordeaba el perímetro.

A pesar de ser un proyecto bien estudiado, y puede decirse que inexcusables, en pleno siglo XVIII, las edificaciones a prueba de bomba que en él se proponían, nada de ello se llevó a cabo. La ciudadela continuó como estaba, y su interior siguió conservando hasta la entrega de las llaves al municipio pamplonés en 1966 su antigua estructura radial, con pequeños pabellones de planta trapezoidal.

## Amici y un informe encargado por Aranda

El 20 de octubre de este mismo año 1756, el ingeniero don Jerónimo Amici redactó, por orden del conde de Aranda, director del Real Cuerpo de Artillería, otro informe sobre el estado general de la plaza y ciudadela, que en líneas generales viene a coincidir con el de Zermeño, aunque añadiendo algunas

(134) Ibíd.

noticias[135]. Respecto a la ciudadela, comienza elogiando "la gran suficiencia de quien la ideó, en lo bien situada que está y en la bellísima disposición de sus flancos altos y bajos". El estado de conservación de muros y baluartes era bueno, salvo los parapetos de las plazas bajas "que están enteramente arruinados y algunos de ellos ocupados con jardines". La contraescarpa del foso carecía de escaleras de comunicación, lo mismo que los revellines y contraguardias exteriores, de los cuales dice que son "de fábrica inferior en mucho a los del recinto principal" y cuyos parapetos estaban casi enterrados y no descubrían la campaña.

De los edificios existentes en el interior de la fortaleza, cuya demolición y replanteamiento proponía Zermeño, dice Amici que eran "fábricas tan mal repartidas y endebles, que si llegase el caso de estar sitiada la ciudadela, sería forzoso abandonarla antes de tiempo, por no exponer su guarnición a un continuo furor del enemigo y a las fatalidades que ocasionarían las bombas, no habiendo paraje seguro para guardarse de sus ruinas". Únicamente eran a prueba de bomba las tres bóvedas que había en la cortina de la puerta principal, el polvorín, "bello y muy capaz", y lo que hoy se conoce como pabellón de mixtos: "dos bóvedas unidas que sirven de graneros". De las doce bóvedas situadas a ambos lados de la Puerta del Socorro dice que "además de ser húmedas, son flacas y endebles por su mala fábrica y el poco espesor de sus pies derechos, de las cuales se han hundido ya tres, por donde se infiere que no son a prueba"[136].

Termina el informe aludiendo a las dos obras que por entonces se habían empezado con aprobación de la Corte: el nuevo acueducto y depósito de agua y el cuerpo de guardia de la puerta principal. Dice que ambas fueron suspendidas por orden del ministro, a instancia de Zermeño, por no estar planeadas a prueba de bomba y por existir un proyecto general, pendiente de aprobación, para todos los edificios del interior, debido al propio Zermeño.

(135) IDOATE, *Las fortificaciones*, doc. núm. 19.
(136) Ibíd.

De este mismo Amici se conserva en Madrid un plano, fechado el 1 de julio de 1757, de un acueducto o cañería cubierta, que conducía el agua a un depósito situado detrás de la Sala de Armas. Las aguas sobrantes, por medio de una mineta, pasaban bajo los dos cuarteles que entonces había frente a las bóvedas de la Puerta del Socorro, para limpiar sus comunes, yendo después a verter al foso en el flanco izquierdo del baluarte de Santiago[137].

## Otros proyectos del reinado de Carlos III

Un nuevo período de actividad, en lo que a proyectos se refiere, tuvo lugar entre los años 1764 y 1767, bajo la dirección fundamentalmente de don Francisco Llovet. De fecha 29 de diciembre de 1764 se conserva un plano de la Sala de Armas o arsenal de artillería, como entonces se le llamaba, que incluye un proyecto que proponía rebajar su altura en la cornisa, sustituir los suelos de ladrillo por otros de madera, y los pilares y vigas por arcos rebajados de ladrillo, conservando en lo demás las líneas generales del edificio[138].

Otro plano de esta misma época contiene la planta de la iglesia de la ciudadela, edificada en 1648, con el proyecto de una nueva vivienda para el vicario y el sacristán[139]. La iglesia, según este plano, era de tres naves separadas por pilares; tenía anejas, a cada lado del presbiterio o cabecera, una torre campanario y una sacristía, y contigua a la nave izquierda, un almacén de planta alargada. La casa que se proponía construir iba también pegante a la fachada, con dos pisos y un pequeño patio a la parte trasera, y contiguo a él un pequeño camposanto rodeado por una cerca que formaba ángulo para ir a unirse con la pared de la sacristía.

De julio de 1767 se conservan varios planos, firmados por Llovet, referentes al cuerpo de guardia de la puerta principal, donde se proyectaba construir a un lado

(137) IHCM. Planos, núm. 1.993, hoja 51.
(138) Ibíd. hojas 55 y 56.
(139) Ibíd. hoja 22.

un pabellón de nueva planta para presos distinguidos y, al otro lado, otro para residencia de oficiales del Estado Mayor[140]. Según parece, el cuerpo de guardia actual, con sus dos casillas porticadas, una a cada lado de la plazuela de acceso, se comenzó a construir en 1756, interrumpiéndose las obras a instancia del Teniente General Zermeño. El cuerpo de guardia anterior, construido a finales del siglo XVII, estaba situado en el túnel anterior abovedado de la entrada, a mano derecha según se accede desde la actual avenida del Ejército. Frente a él se hallaba el calabozo o prisión de tropa. Lo que se trataba ahora de concluir era el nuevo cuerpo de guardia, pero levantando sendos edificios, de dos pisos cada uno, encima de sus pabellones. Las fachadas respondían claramente al estilo de las construcciones militares de tiempo de Carlos III, que siempre conservaban un cierto aire barroco dentro de la tradicional sobriedad castrense.

Por estos años, como puede verse, se trataba de mejorar los edificios militares del interior del recinto, más que las fortificaciones propiamente dichas. Existe un plano, firmado por Carlos Lemaur el 8 de enero de 1774, que representa el nuevo cuartel construido por entonces junto al de Santa Isabel, en el solar donde estuvo anteriormente la Armería Vieja[141]. Era una sencilla construcción alargada, de dos alturas; en la planta baja tenía un cubierto o soportal, con pilares de madera, que sostenían un balcón corrido con balaustrada también de madera, que servía de galería al piso superior, y al que se accedía por una escalera situada a uno de los lados. El cuartel se cubría con tejado a cuatro aguas con buhardillas.

## Informe del ingeniero don Antonio Zara

Por una relación de edificios militares existentes en Pamplona, remitida por don Antonio de Zara el 21 de agosto de 1784[142], sabemos que en esa fecha había dentro de la ciudadela cinco cuarteles. El llamado de San Felipe lo ocupaban las banderas de recluta de los regimientos de Irlanda, Milán y Bravante, y tenía una

(140) Ibíd. hojas 32 y 33.
(141) IHCM. Planos, núm. 1.979
(142) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 38.

capacidad de 392 camas. El de Santa Isabel, que podía admitir 436, alojaba tres compañías de Inválidos. El cuartel nuevo, construido al parecer en 1773, tenía capacidad para 288. El de la Victoria, ocupado por dos destacamentos de Caballería y Artillería, para 134. Y el conocido como Cuartel de Desterrados, caso de no destinarse a dicha finalidad, podía contar con 78 camas. Se advertía que, además de éstas, podía habilitarse lugar para 364 más en las bóvedas de junto a la Puerta del Socorro, que eran trece incluyendo "la que en lo antiguo servía de Yglesia". Las de la puerta principal, que anteriormente servían de cuerpo de guardia y calabozo, se consideraban inútiles "por la mucha agua que filtra". Cerca de la puerta, bajo el terraplén de la cortina, había también otros dos calabozos, "el uno llamado del agua, por lo mucho que ésta filtra, y el otro del Fraile". Este último, que en la actualidad ya no existe, fue tétrico escenario de la larga y cruel agonía de un religioso de la Orden de la Victoria, que murió allí, encadenado en una jaula, por haber sido partidario del Archiduque de Austria durante la Guerra de Sucesión.

La relación de Zara contiene además unas breves pero interesantes descripciones de los principales edificios militares:

"El almacén de víveres consta de dos bóvedas a prueba de bomba, la longitud de su hueco es de 46 varas y el ancho de cada una es de 7 varas y el muro de división es de 3 pies y medio. Tienen sótano, y los caballetes están cubiertos con teja para evitar la filtración".

"El horno es a prueba de bomba, con un edificio sencillo, que le abraza en parte, para la distribución del pan".

"El almacén de pólvora es también a prueba de bomba, cubierto el caballete con teja; el hueco es de 26 varas y un tercio de largo y de 9 y media varas de ancho; tiene la correspondiente cerca. Así éste como el horno y el almacén de víveres no padecen humedad, por estar separados del terraplén y cubiertos con teja".

"El arsenal de Artillería es un edificio nuevo pero sencillo. Tiene dos pisos y el zaquizamí. Su altura excede mucho a la del parapeto. En el piso baxo tienen las cureñas y efectos pesados; en el principal hay estantes o armeros para colocar

más de cinco mil fusiles; en el día tienen 2.597. En el zaquizamí acomodan los efectos ligeros. Entre este edificio y el almacén de pólvora hay otro edificio a tejabana que sirve al mismo efecto, y junto al quartel de San Felipe, otro antiguo que forma manzana. Para lo mismo se aplican los casones que hay en los baluartes de San Antonio, la Victoria, Santiago y Santa María. Las paredes de estos edificios en unos son de cítara y madera y en otros mescla de ladrillo y tapia, pero todos cubiertos con texa. En el baluarte el Real hay un tinglado para preservar las cureñas de los cañones montados para las salvas"[143].

"Las garitas en los ángulos flanqueados de los cinco baluartes son grandes y cubiertas con teja. En la del baluarte de Santiago tiene la pólvora para venta el arrendador, y la del baluarte de Santa María se acomodó en mi tiempo para repuesto provisional de la Plaza, en el que caben diez y seis barriles de pólvora".

"El quartel de la Victoria, el Almacén de Víveres, las dos quadras en que caben 30 camas y la ataona inmediata forman manzana, pero separados del almacén, que está intermedio, por dos callejoncitos sin comunicación. La idea de la ataona es muy buena: tiene dos piedras, que dos cavallerías puede mover. Pero ha sido tal el abandono, que considero toda la madera de la máquina podrida, pues aquel edificio, que es a texabana, ha servido para depositar la yerba los sargentos mayores; en el día ignoro si sucede lo mismo".

"La iglesia es bonita y bastante capaz, como también la casa del Teniente de Rey. Estos edificios son sencillos, como los quarteles. También lo son todos los demás, que llaman pavellones, que tienen dos pisos destinados para habitación de oficiales y se distinguen por grandes y pequeños. Los grandes, incluso el del Teniente de Rey, el del Sargento Mayor, el del Ayudante, el del Vicario y otros dos que servían de panadería y de carnicería, son veinte y cinco y forman once manzanas. Los pequeños son quince, dos de ellos inútiles, y todos componen dos manzanas. Algunos de los pavellones grandes tienen sótano, pero no con bóveda, lo que causa perjuicio a las maderas por el agua que se introduce por

(143) Ibíd.

las aspilleras... Por lo general, los muros son de ladrillo y muchos de cítara, con estribos para sostener los durmientes o puentes en donde corresponden. En fin, es una mescla de muros de piedra, ladrillo y, en algunos, maderas intermedias. De suerte que varios tienen la textura de un verdadero cascarón, de la que no se escapa, en parte, el quartel de los desterrados"[144].

Existe otra relación, fechada el 29 de diciembre de 1785, acerca del estado en que se hallaban las fortificaciones y edificios militares de Pamplona, que viene a añadir poca cosa a las que hemos ido examinando anteriormente. Únicamente aporta el dato de que por entonces aún no se había construido el puente de la Puerta del Socorro[145]. Tampoco dice nada nuevo otra memoria, firmada por don Juan de Villalonga el 19 de noviembre de 1787 y remitida a Madrid en lugar de la que redactó el ingeniero Cabrer y que no satisfizo a don Manuel de Azlor. En realidad, vuelve a insistir en todo lo que anteriormente habían manifestado Zermeño y Amici. De las fuentes que había en el foso dice que no se habían agotado en todo el verano y respecto a la vieja idea de rodear el camino cubierto con una estacada, explica que en los almacenes reales había unas veinte mil estacas con ese fin[146].

## El pararrayos y el miedo a la pólvora

Con ocasión de la Guerra contra la Convención francesa, declarada tras la ejecución del rey Luis XVI por los revolucionarios en 1793, Navarra vuelve a vivir momentos de gran tensión, volcándose pueblos y valles, especialmente los de la Montaña, en los consabidos preparativos bélicos. Aunque el ejército enemigo llegó a aproximarse peligrosamente a Pamplona, las murallas y la ciudadela jugaron nuevamente su papel disuasorio y no llegó a producirse el temido sitio. El 21 de abril de 1794, la Diputación del Reino solicitó al general don Ventura Caro que se sacase la pólvora de la ciudadela, para evitar peligros al vecindario,

(144) Ibíd.
(145) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 39.
(146) IHCM. Docs. Fortificación, 4-3-1-7.

y que se llevase al palacio de Arazuri o a la casa de Eulza[147]. Según parece, había en el polvorín 2.615 quintales y los militares se negaban a tenerla fuera de la Plaza, cuando podía haber necesidad de emplearla en cualquier momento. En vista de ello y ante el peligro que ocasionaban las frecuentes tormentas, las autoridades gestionaron la instalación de un pararrayos, artilugio entonces relativamente novedoso, pues había sido inventado hacía unos cuarenta años por el célebre Benjamín Franklin. Según informaba el comandante de artillería Portillo, para la dotación adecuada de la plaza eran necesarios 8.000 quintales de explosivo. El pararrayos causó un gran temor en el vecindario; según algunos agoreros, atraería las chispas y descargas y podría ocasionar alguna catástrofe que destruiría la población, acabando con sus moradores. El recuerdo de las explosiones de la pólvora en 1670 y 1733 no se había borrado aún de la memoria colectiva de la ciudad. Aunque el general Caro, en carta de fecha 2 de mayo[148], trató de disuadir a la Diputación de sus temores, no lo consiguió. En su contestación, la representación del Reino insistía en denunciar los peligros, incluyendo la posibilidad de que algún prisionero o cualquier accidente fortuito provocasen una hecatombe. Si se accedía al traslado, la Corporación se comprometía a traer, en caso de necesidad, la pólvora en un solo día, empleando 200 caballerías y recurriendo, si era preciso, a la movilización de los vecinos y a la requisa de carros y carruajes para efectuar el transporte. Todo, con tal de evitar que el explosivo se almacenase en el polvorín de la ciudadela[149].

Por lo demás, como solía ocurrir siempre con ocasión de guerra o invasión por parte de Francia, el virrey solicitó al Reino la prestación de peones y operarios para trabajar en las fortificaciones, poniéndolas en estado de defensa. Se nombraron comisionados para dirigirse a los pueblos y llevar a cabo la recluta de los 500 paisanos que se necesitaban. Muchos de ellos no se presentaron y otros abandonaron las obras porque no se les pagaban los jornales señalados, teniendo que intervenir las Cortes para evitar que se les aplicasen las penas previstas en las ordenanzas militares. A los que se quedaron, se les señaló para alojamiento la antigua iglesia de la Compañía, incautada tras la expulsión de los Jesuitas[150].

(147) IDOATE, *Las Fortificaciones*, nota 98.
(148) Ibíd.
(149) Ibíd.
(150) AGN. Reino, Fortificaciones, leg. 2, carp. 32 a 35.

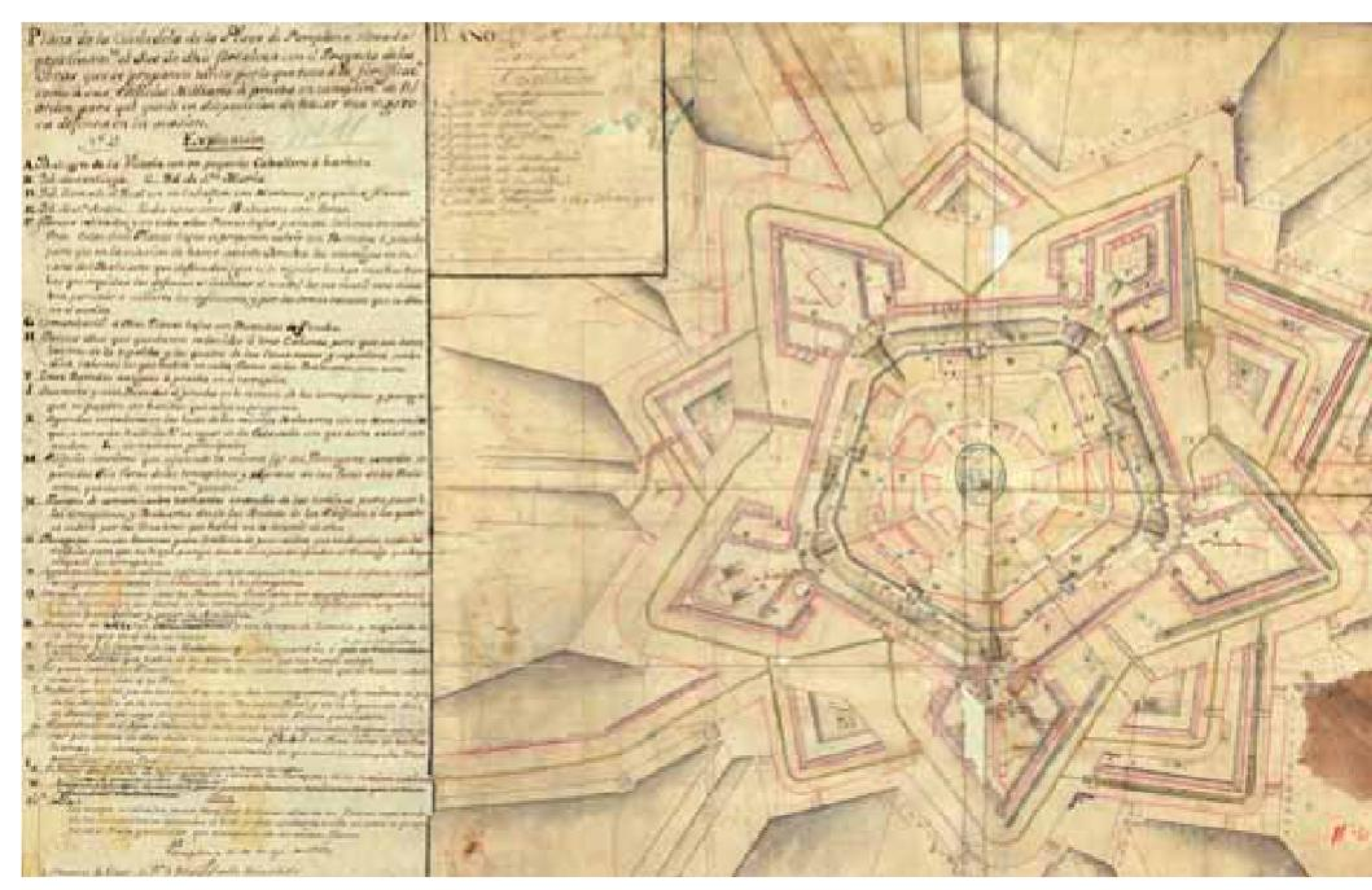
## El ambicioso proyecto del general Hurtado

Tras el cese de las hostilidades a raíz de la Paz de Basilea, firmada en julio de 1795, se volvió a pensar, sin la premura exigida por las anteriores circunstancias, en nuevos proyectos. El 7 de septiembre de 1796, el general don Antonio Hurtado remitió a Madrid un plano general de las fortificaciones de Pamplona, incluyendo en él todas las mejoras proyectadas para aumentar la capacidad defensiva del recinto[151]. Unos meses después, el 31 de mayo de 1797, elaboró un nuevo plano, esta vez referido exclusivamente a la ciudadela, "con el proyecto de obras que se proponen, tanto por lo que toca a su fortificación como a sus edificios militares a prueba, en cumplimiento de Real Orden, para que quede en disposición de hacer una vigorosa defensa en la ocasión"[152]. Acompañan al plano general, conservado en los archivos militares de Madrid, varios planos particulares de los diferentes proyectos parciales o estudios de detalle.

En lo referente a fortificación, el proyecto de Hurtado proponía cubrir las plazas bajas de los flancos de los baluartes con bóvedas a prueba[152bis], y habilitar casamatas en las caras y espaldas de los mismos, para sacar al foso fuegos rasantes. Incluía además la instalación de un sistema de contraminas en el exterior de los baluartes y contraguardias[153], así como la colocación de estacadas para guarnecer los caminos cubiertos[153 bis]. También se proponía la excavación de refosos en el foso del ala de las contraguardias, "para tirar sin riesgo sobre los enemigos que intenten aproximarse a sus respectivas murallas"[154].

En el frente interior, que mira hacia la ciudad, estaba prevista una línea atrincherada para facilitar la posible retirada "después que las tropas de la ciudadela hayan hecho en ella una vigorosísima defensa".

(151) IHCM. Planos, núm 1.874. Junto con Hurtado, trabajaron también por entonces los ingenieros Jiménez Donoso, Heredia, Casanovas y Masdeu.
(152) IHCM. Planos, núm. 1.993, hojas 44 y 50. También en SGE. Cartoteca. núm. 430.
(152bis) SGE. Cartoteca. núm. 431.
(153) SGE. Cartoteca, núm. 432.1.
(153bis) Ibíd. hoja 2.
(154) SGE. Cartoteca, núm. 433, hoja 1.



*Plano de la Ciudadela en 1797, con el proyecto del general Hurtado para mejorar su defensa y reedificar todas las construcciones militares del interior. IHCM*

Por lo que se refiere a los edificios del interior de la fortaleza, proponía Hurtado –como antes había hecho Zermeño– la demolición de todo lo existente, reconstruyéndolo de nueva planta y distinta disposición. La nueva estructura sería a base de tres anillos pentagonales concéntricos; el más exterior, iba casi arrimado al terraplén de las cinco cortinas del recinto; seguía otro intermedio, y por último un tercero, cuya cara interior venía a conformar la nueva plaza de armas. Las manzanas de nueva construcción serían naturalmente a prueba de bomba, con porches de arcos rebajados sobre recios pilares rectangulares[154 bis].

(154[bis]) Ibíd. hoja 2.

Para pasar con rapidez de las manzanas al parapeto de la muralla, se proyectó la instalación de puentes giratorios o tornantes de madera, que descansaban sobre las azoteas y, mediante un giro de 90 grados sobre unos pivotes, permitían la comunicación sin tener que recurrir a rampas ni escaleras. Si se quitaban los puentes, cada pentágono venía a constituir un recinto de por sí en caso de retirada[155].

Nada de esto llegó a tener efecto, sin duda, como en anteriores ocasiones, a causa de su elevado costo. Una vez que se desvaneció el temor de un posible asedio por las tropas de la Convención, se enfriaron los buenos propósitos anteriormente concebidos y, una vez más, las antiguas murallas de Pamplona y de su ciudadela volvieron a dejarse en el mismo estado en que se hallaban. Un informe posterior del cuerpo de Ingenieros, decía refiriéndose al proyecto archivado: "Cualquier paso que se dé siguiendo los pensamientos y proyectos de Hurtado, hará una mejora esencial para la defensa de la ciudadela"[156].

## Dos testimonios del año 1800

El año 1800, el arqueólogo francés Alejandro de Laborde visitó Pamplona, tomando notas y apuntes que más tarde publicaría dentro de un itinerario descriptivo de España, cuyo primer tomo vio la luz en 1808. En él se dedica a la ciudadela el párrafo siguiente: "... Es fuerte por su situación sobre roca; tiene cinco bastiones revestidos de piedra y buenos fosos; un estanque profundo, de una extensión considerable, hace difíciles las aproximaciones hacia el costado por donde podría atacarse. Esta ciudadela tiene una hermosa torre, varios almacenes, una plaza adornada con árboles y una plaza de armas en el centro mismo de la fortaleza. Esta última es redonda y se abre a cinco grandes calles rectas que conducen a los cinco bastiones. Se conserva un molino a brazo cuya estructura es bastante ingeniosa y sería muy útil en caso de asedio. Es una

(155) SGE. Cartoteca, núm. 437.
(156) IHCM. Docs. Fortificación. 4-4-12-2.

gran máquina compuesta de muchas ruedas, que hacen girar cinco muelas con otras tantas tolvas. Se pueden moler allí 120 cargas o 360 quintales de trigo todos los días. Se le acciona a brazo o se le hace andar con dos caballos"[157]. El curioso ingenio, de cuyo paradero nada sabemos hoy, había llamado ya en 1655 la atención del viajero francés Antonio Brunel, quien lo definió como la máquina más grande en su especie que había visto jamás. En 1784 toda la maquinaria de madera, se hallaba podrida, según manifestaba el ingeniero Zara.

En junio de 1801, el secretario del Ayuntamiento de Pamplona, don Joaquín López, previo acuerdo municipal, remitió a Madrid una descripción de la ciudad, con destino al Diccionario Geográfico–Histórico de España que por entonces estaba preparando la Real Academia de la Historia. Como apéndice a esta descripción, se mandó otra, muy sucinta, de las fortificaciones de la plaza y ciudadela, que no merece la pena reproducir, porque no añade nada a otras anteriores que ya conocemos. Únicamente, me parece interesante el párrafo final, que dice: "Es esta ciudadela una de las fortalezas que justamente merece el buen crédito que tiene en la Europa, y será mucho más respetable quando se egecuten los proyectos que se han considerado precisos de bóvedas a prueva, minas y otras obras nezesarias para sostener un sitio, según el sistema y adelantamiento que en el día se han hecho en el modo de atacar la plazas"[158].

## 1808: la estratagema de un general francés

La única ocasión en que la ciudadela fue tomada y ocupada por tropas enemigas, no lo fue por asalto ni capitulación tras un asedio formal o un vigoroso ataque, sino merced a una sencilla estratagema, que hoy nos resulta, de tan pueril, inverosímil. Sucedió el año 1808, a raíz de la invasión de España por las fuerzas napoleónicas; la Francesada, como tradicionalmente se le ha venido llamando. El episodio lo recogen numerosos autores, con mayor o menor

(157) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, pp. 107-108.
(158) MARTINENA, *Pamplona en 1800*, pp. 26-27. El manuscrito original que ahí se transcribe se conserva en la Real Academia de la Historia.

extensión y lujo de detalles. Por mi parte, considero interesante reproducir aquí la versión que da el brigadier de Caballería don Antonio Ramírez Arcas, en su *Itinerario descriptivo de Navarra*, publicado en 1848, por tratarse de una obra no muy fácil de encontrar y escrita por un militar cuarenta años después de suceder los hechos que narra[159].

"El 16 de febrero (de 1808) y por las estrechuras de Roncesvalles, se encaminó hacia Pamplona el general D'Armagnac con tres batallones, y presentándose repentinamente delante de la plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas. No contento el francés con esta demostración de amistad y confianza, solicitó del virrey, marqués de Vallesantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse a ello el virrey, alegando que no era lícito acceder a tan grave propuesta sin autoridad de la Corte. Adecuada contestación y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido a la que requería la crítica situación de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los días los soldados franceses a buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así desprevenido el general D'Armagnac, se había de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado este edificio al remate de la esplanada y en frente de la puerta principal de la ciudadela, podía desde allí con más facilidad acechar el oportuno momento para la ejecución de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del virrey, ideó el francés recurrir a un vergonzoso ardid. Uno a uno y con estudiada disimulación mandó que en la noche del 15 al 16 de febrero pasasen con armas a su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el gefe de batallón Robert, acudieron a la ciudadela a tomar los víveres de costumbre. Nevaba, y bajo pretesto de aguardar a su gefe, empezaron los últimos a divertirse tirando unos a otros pellas de nieve. Distrageron con el entretenimiento la atención de los soldados españoles y, corriendo y jugando de aquella manera, se pusieron algunos sobre el puente elevadizo para impedir

(159) RAMÍREZ ARCAS, *Itinerario de Navarra*, pp. 72-73. Una relación más breve de los hechos, pero también interesante, puede verse en NOMBELA, *Crónica de la provincia de Navarra*, pp. 42-43.

que lo alzasen. A poco y a una señal convenida se abalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron a los descuidados centinelas y, apoderándose de los fusiles del resto de la tropa, colocados en el armero, franquearon la entrada a los granaderos ocultos en casa de D'Armagnac, a los que de cerca siguieron todos los demás. La traición se ejecutó con tanta claridad que apenas había recibido noticia el desavisado virrey, cuando ya los franceses se habían del todo posesionado de la ciudadela. D'Armagnac le escribió entonces, a manera de satisfacción, un oficio en que, al paso que se disculpaba con la necesidad, lisongeábase de que en nada se alteraría la buena armonía propia de dos fieles aliados"[160].

## Bloqueo de la plaza en 1813

Así fue como la ciudadela, y con ella la plaza de Pamplona, quedaron en poder de las tropas francesas, permaneciendo bajo el dominio napoleónico durante cinco tristes y largos años, hasta que en 1813, tras un fatigoso bloqueo, lograron su liberación fuerzas españolas al mando del general don Carlos de España y del Príncipe de Anglona[161]. Era gobernador de la plaza el general Cassan, que al comienzo del asedio tenía grandes esperanzas de recibir socorros de Francia. Ante la falta de víveres, los sitiados intentaron una salida el 10 de octubre, siendo rechazados y obligados a replegarse al interior de la plaza. En vista de ello, pensaron incluso en volar las murallas, siendo advertido el gobernador por el general España de que si causaba algún daño a la ciudad o a sus habitantes, mandaría pasar a cuchillo a los oficiales y diezmar a las tropas cuando llegase el momento de la rendición. A partir del día 24 comenzaron las negociaciones, y por fin, el 31 de octubre se firmó la capitulación en el monasterio de San Pedro de Ribas, a orillas del Arga. A las cuatro y media de la tarde del mismo día, entraban las fuerzas sitiadoras por el portal de Francia y por la puerta del Socorro de la ciudadela. El bloqueo había durado 128 días, del 26 de junio al 31 de

(160) Ibíd.
(161) Ibíd. pp. 87-88.

octubre, sin que la artillería hubiera causado –como dice el acta de la sesión del Ayuntamiento del 1 de noviembre de 1813– "el menor desplome en los edificios ni el menor mal a los habitantes"[162].

Tras la recuperación de la plaza, se pudo comprobar que los franceses habían pensado seriamente en volar la ciudadela antes que entregarla. Según una memoria militar de la época, se hallaron "nueve pozos en los terraplenes, de 14 a 16 pies de profundidad y dos ramales en lo profundo de cada uno, en cuyos extremos colocaron hornillos"[163]. El dato lo recoge también Sebastián de Miñano, en su *Diccionario Geográfico*, publicado en 1827[164]. Hay que decir que el ejército francés contaba con ingenieros muy preparados y competentes, como el capitán Du Bourg, que en junio de 1809 redactó una detallada memoria sobre las fortificaciones de Pamplona, señalando sus defectos y proponiendo soluciones con criterios muy acertados[165]. Respecto a la ciudadela, sugería la conveniencia de construir lunetas delante de las capitales de los baluartes que miran a la Vuelta del Castillo, dotándolas de comunicación subterránea; blindar con madera los edificios que no eran a prueba, hacer casamatas y perfeccionar la defensa subterránea mediante galerías y contraminas. Varios de estos proyectos serían más tarde asumidos por los ingenieros militares de Fernando VII.

En una memoria redactada en estos años se elogiaba "el agua de buena y abundante calidad que mana en su foso, que por medio de bombas y una sencilla presa se sube para la guarnición". En el mismo documento se hacía referencia a la falta de contraminas, "sólo hay tres galerías quasi inutilizadas", las mismas que todavía pueden verse en los fosos, llenas de escombro y agua estancada, y también a la carencia de edificios a prueba. Los que había eran sencillos y se hallaban arruinados "después que los franceses rindieron la plaza

(162) OLEZA, *La recuperación de San Sebastián y Pamplona en 1813*. pp. 97-101. Sobre el bloqueo de la ciudad por las fuerzas aliadas es interesante la obra de HENNEL DE GOUTEL, *Le general Cassan et la defense de Pampelune*. (París, Perrin et Cie 1920) pp. 297.

(163) IHCM. Docs. Fortificación 5-4-8-6 y otros.

(164) MIÑANO, *Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal* (Madrid, 1827). t. VI, p. 420.

(165) HCM. Docs. Fortificación, 5-4-4-17.

y ciudadela, como también las cañoneras y crestas de parapetos"[166]. Otra memoria similar, que lleva fecha de 16 de enero de 1814, insiste en los mismos puntos y añade, refiriéndose a las bóvedas situadas junto a la puerta del Socorro, que "su construcción es tan mala que continuamente está filtrando agua la mayor parte de ellas, único recurso para un caso de sitio"[167].

## Los Cien Mil Hijos de San Luis

Durante el bloqueo puesto a Pamplona por los Cien Mil Hijos de San Luis entre los meses de abril y septiembre de 1823, la ciudadela, defendida por fuerzas liberales al mando del brigadier Sánchez Salvador, fue el objetivo principal de los sitiadores. A mediados del mes de septiembre, fue bombardeada empleando para ello ocho baterías de 24 pulgadas. Los efectos se hicieron sentir de forma inmediata, firmándose la capitulación el 17 del citado mes, segundo día del bombardeo. El ejército francés, que venía esta vez a reponer a Fernando VII en la plenitud absolutista de su soberanía, entró en la ciudad por el portal de la Taconera y en la ciudadela por la Puerta del Socorro[168].

Una memoria militar del año 1830 se refiere a las galerías existentes en el foso, a la parte del baluarte de Santa María, "cuyo piso está debajo del nivel del foso, por cuyo motivo hay que bajar en cada una trece escalones". Tenían una longitud de 63 varas una de ellas y 65 las otras dos, y contaban con "puertas y desembocaduras de trecho en trecho, para partir en las direcciones que convenga"[169]. Hace años fueron tapiadas, por hallarse inutilizadas por escombros y agua detenida, lo que impedía penetrar en ellas más que algunos pasos.

En febrero de 1832, José Parreño elaboró una relación de los cuarteles existentes en Pamplona. Por ella sabemos que en la ciudadela había tres iguales para infantería, "en regular estado", con una capacidad total de 1.200 hombres.

(166) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 44.
(167) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 45.
(168) IHCM. Planos, núm. 1.895, 1 y 2; 1.929 y 1.993, hoja 31.
(169) MARTINENA, ob. cit. doc. núm. 45.

Carecían de evacuatorios, "por lo que la tropa se ve obligada a ir a los que están construidos en la muralla". Tampoco había "patio donde comer los ranchos y para desahogo de la tropa", supliendo esta necesidad la plaza de la fortaleza, en la que se permitía estar a los soldados porque, al no tener otra salida que la puerta principal, la guardia impedía "el extravío de la tropa". Había también un cuartel de caballería, de planta triangular, en mediano estado, con capacidad para 78 hombres y 75 caballos. Lo ocupaba a la sazón una compañía de artillería[170].

## Sublevación de O'Donnell

La tarde del 1 de octubre de 1841, el general O'Donnell se apoderó de la ciudadela, de acuerdo con los mandos que había en ella, alzándose contra el gobierno de Madrid. De la guarnición de la plaza, solo se les unió un batallón. El capitán general Rivero se mantuvo con el resto de las tropas y las autoridades civiles leal a Espartero, pero careciendo de fuerzas suficientes para cercar la fortaleza, se limitó a establecer una doble línea de barricadas para dificultar el ataque a la ciudad por parte de los sublevados[171].

El 4 de octubre, una comisión de vecinos notables pasaron a la ciudadela a parlamentar, con el fin de evitar el bombardeo de la plaza. Nadie más podía entrar. El Ayuntamiento publicó un bando, en el que se decía: "Será puesto a disposición de la autoridad que corresponda toda persona que se aprenda entrando o saliendo de la ciudadela de esta Plaza, a no estar competentemente autorizada al efecto".

Los ingenieros hicieron parapetos frente a la fortaleza, especialmente al final de la calle San Antón, colaborando activamente el vecindario e incluso los presos de la cárcel. Se gastaron en estas obras más de 50.000 reales. Para hacer frente a ello y a otras necesidades urgentes se recurrió a un empréstito que

(170) IHCM. Docs. Fortificación, 4-3-4-1.
(171) DEL CAMPO, *Pamplona durante la regencia de Espartero*, pp. 30-45

contó con la aportación de los ciudadanos más pudientes. La antigua torre medieval de San Lorenzo, por su carácter de fortaleza y su estratégico emplazamiento, fue designada como puesto de vigilancia para controlar las entradas y salidas de los rebeldes y, en caso de necesidad, para disparar contra ellos con fusilería. Con este objetivo fue ocupada por algunos efectivos de la Milicia Nacional y un grupo de paisanos armados. A consecuencia de ello, recibió varios impactos de artillería desde la ciudadela, que dañaron su fábrica, teniendo que ser demolida en parte unos años después, en 1852.

Un primer bombardeo de intimidación se efectuó los días 4 y 5, sin mayores consecuencias. El día 10, cumpleaños de Isabel II, y al día siguiente, O'Donnell, viendo que no llegaban los refuerzos que esperaba, bombardeó intensamente la plaza, empleando cañones, obuses y morteros, causando entre los vecinos 3 muertos y 12 heridos, aparte de cuantiosos daños materiales en las casas de la población. Según el historiador Lafuente, se dispararon alrededor de 1.500 granadas y otros proyectiles.

El 13 de octubre, O'Donnell salió de la ciudadela hacia tierra de Estella a reclutar voluntarios, pero después dio la vuelta, y por Ulzama y Baztán, optó por cruzar la frontera y pasar a Francia. En su ausencia, quedó como jefe el general Azcárraga. El día 14, con la llegada de tropas leales al Gobierno, podía ya decirse que la intentona estaba abocada al más completo fracaso. No obstante, todavía resistió algunos días Azcárraga, hasta que el día 25, a las 8 y media de la mañana, sus tropas abandonaban la fortaleza, entregándola a las fuerzas leales a Espartero. El acta de la sesión consistorial de ese día, dice: "Que hoy a las 8 y media de la mañana se ha evacuado la ciudadela por los rebeldes y que inmediatamente han entrado en ellas las tropas leales, incluso el batallón de la Milicia Nacional con bandera desplegada. Que para celebrar tan fausto acontecimiento, acuerda y determina Su Señoría que mañana, a las 12 en punto, se cante un solemne Te Deum en la capilla del Glorioso Patrón San Fermín y se invite para su asistencia a todas las autoridades y corporaciones[172].

(172) Ibíd.

Para conmemorar aquellos sucesos, el Ayuntamiento encargó a don Miguel Sanz y Benito que pintase un cuadro de la ciudadela, Taconera y torre de San Lorenzo, con gente armada de los dos bandos en plenas hostilidades[173].

## Un proyecto de línea fortificada en 1849

En noviembre de 1849, el capitán de Ingenieros don José María Vizmanos elaboró una interesante memoria sobre las fortificaciones de la plaza. Refiriéndose a la ciudadela, empezaba por demostrar que el punto más indicado para un posible ataque era –como antes había observado ya el francés Du Bourg– el baluarte de Santa María y medias lunas inmediatas. "Así se verificó el año 1823, en el sitio puesto por las tropas francesas, pues a la cuarta noche de abierta la trinchera en aquel punto, estaban apagados los fuegos del frente de ataque y la plaza a punto de capitular". Después de repasar los proyectos de Hurtado, que en 1797 propuso la construcción de una luneta y un hornabeque delante de las murallas existentes y un campo atrincherado desde el baluarte Real hasta Mendillorri, Vizmanos exponía su proyecto. Consistía éste en levantar fuertes destacados o lunetas en los puntos más salientes de la loma o ribazo que limitaba la llanura de Iturrama. Tendrían de 40 a 50 varas de cara y 20 ó 25 de flanco. Como complemento, se trazaría una segunda línea, en los claros o espacios intermedios de las anteriores, a distancia de un tiro de fusil tanto de la primera línea como del recinto amurallado. Deberían tener de 100 a 102 varas de cara y los flancos a proporción. Aparte de esto, convendría también dar mayor elevación a las medias lunas y contraguardias exteriores y atrincherar las golas de los tres baluartes exteriores, Santa María, Santiago y Real[174].

Este mismo año, en el tomo XII del *Diccionario Geográfico–Histórico Estadístico de España*, del navarro Pascual Madoz, se publicó, incluida dentro de la voz

(173) El cuadro, una acuarela, se conserva en el Archivo Municipal de Pamplona y ha sido total o parcialmente reproducido en varias ocasiones.
(174) IHCM. Doc. Fortificación, 4-3-3-11.

Pamplona, una de las descripciones más completas y detalladas que se hayan hecho de la ciudadela. Con posterioridad, la han copiado, más o menos al pie de la letra, autores como Torres Villegas, Madrazo, Alvarado, Urabayen y otros[175].

## El mayor enemigo de Pamplona

En agosto de 1854, el Ayuntamiento elevó una solicitud a Isabel II, pidiéndole que se reformase la estructura de la ciudadela, de manera que su recinto y explanada interior pudieran utilizarse con vistas a la expansión de la ciudad, ahogada por el corsé de sus fortificaciones. En el escrito se decía que "colocada la ciudadela al poniente de la misma ciudad y separada de ella por anchos fosos y explanadas, deja vacía una grande extensión de terreno, que pudiera emplearse en edificios con utilidad pública si por dicha parte se uniese la fortaleza con los muros de la plaza formando una sola fortificación. El incremento que va tomando la población y la falta que se nota de casas por esta causa, recomiendan la idea, fuera de que para llevarla a cabo ningún sacrificio tendría que hacer el Estado, supuesto que el producto de los materiales de la parte que se habría de derribar excedería con mucho el coste de la modificación de la fortaleza...". A continuación se hacía historia recordando lo sucedido en 1808 y 1841, cuando la ocupación de la ciudadela por fuerzas enemigas había traído graves consecuencias a la población, en lugar de seguridad y protección. "... Y en el actual pronunciamiento estuvo muy arriesgada a sufrir igual suerte, de manera que el enemigo más sensible para Pamplona puede decirse que es su ciudadela. Por eso no debe extrañarse que sus honrados y pacíficos habitantes la miren con la mayor aversión y espanto, ni que esta Corporación, fiel intérprete de sus sentimientos e intereses, aproveche cuantas ocasiones se le presenten para alzar la voz contra la existencia de tan destructor vecino". Por el contrario, si se llevaba a efecto la reforma solicitada, la ciudad se vería liberada de sus temores, "sin perder la plaza su importancia para la defensa general de la Nación"[176].

(175) MADOZ, *Diccionario*, t. XII, p. 644.
(176) AMP. Correspondencia, leg. 70, núm. 79.



*Baluarte de Santiago, fosos y Puerta del Socorro, en 1944. AMP (J. Cía)*



*Uno de los pabellones que rodeaban la plaza central, destinados a vivienda de oficiales. AMP. Col. Arazuri*

No sé si como consecuencia de esta petición del municipio pamplonés –personalmente me inclino a creer que sí– en septiembre del mismo año, redactó una memoria de la plaza don Mariano Moreno. En ella hacía una descripción minuciosa de las fortificaciones, señalando sus circunstancias y defectos[177]. Respecto a la ciudadela, quedaba claro que tenía puntos vulnerables y no era ya, por tanto, la fortaleza inexpugnable que soñó y levantó Felipe II. Moreno coincidía en su criterio con Vizmanos en que el punto de ataque más fácil era el baluarte de Santa María, al cual la artillería de la plaza no podía proteger con sus fuegos, mientras que el atacante podía tener a resguardo sus depósitos y reserva en la vaguada que actualmente ocupa la Universidad de Navarra, a muy corta distancia y fuera del alcance de la plaza.

El ingeniero don Cándido Ortiz de Pinedo firmó el 13 de septiembre de 1858 un anteproyecto de fortificación par la plaza de Pamplona, que suponía una remodelación total de viejo recinto de los siglos XVI y XVII[178]. Todo el frente Sur y Oeste de la plaza se organizaba sobre la base de una línea regular de baluartes pentagonales iguales, alternando con medios tambores o casamatas semicirculares dispuestas en los fosos, en la mitad de las cortinas intermedias, pero separadas de éstas. A los sistemas de Vauban, revolucionarios en su día, habían sucedido ya las nuevas teorías de Montalambert y de Carnot, y el proyecto de Ortiz de Pinedo se basaba en ellas en buena parte. Era un plan bien estudiado, que, de haberse llevado a efecto, hubiera puesto a Pamplona en la vanguardia de las plazas fuertes de aquel tiempo. Hubiera sido, sin embargo, una obra costosísima, en una época en que las fortificaciones permanentes tenían ya sus días contados, y, desde el punto de vista del objeto de este trabajo, hay que decir que hubiera supuesto la desaparición de la ciudadela, cuya conservación no contemplaba el proyecto.

(177) IHCM. Docs. Fortificación, 4-3-3-13.
(178) IHCM. Planos, núm. 1.950, hojas 2, 5, 8 y 9.

## Los carlistas bloquean la plaza

Durante la última Guerra Carlista, Pamplona padeció un nuevo y fatigoso bloqueo, esta vez por fuerzas leales al pretendiente Carlos VII, que controlaban toda la Cuenca. Duró desde los primeros días de septiembre de 1874 hasta el 2 de febrero de 1875, y fue tal la escasez de víveres, que en el mercado llegó a venderse carne de perro y de rata. Era gobernador de la plaza el mariscal de campo don Manuel Andía y formaban la guarnición cuatro compañías de la reserva de Cádiz, 150 artilleros, igual número de guardias civiles, 300 carabineros y los paisanos de la Milicia Nacional. No funcionaba el ferrocarril ni el telégrafo y no se recibían los periódicos. También faltó el agua de las fuentes, al haber cortado los carlistas la conducción de Subiza, aunque gracias al ingenio del industrial Salvador Pinaqui, se pudo subir la del río, mediante un eficaz sistema de bombas[179].

En esta ocasión, el papel de la ciudadela se redujo a hacer fuego de fusil contra algunas partidas carlistas que se aventuraban hasta la misma Vuelta del Castillo y la Cruz Negra, y a disparar algún cañonazo hacia Cordovilla y otros pueblos donde se observaban movimientos de la facción. Como es habitual en tales circunstancias, sirvió también de depósito de armas, víveres y municiones, así como de prisión ocasional para algunos vecinos de la ciudad, conocidos por sus simpatías hacia la causa de don Carlos. Algunos proyectiles disparados desde San Cristóbal por las baterías Krupp de los carlistas llegaron a sobrevolar la ciudad, cayendo en el glacis de la fortaleza. También se dispararon desde sus baluartes, el 21 de enero de 1875, las salvas que anunciaban, con algunos días de retraso, la proclamación de Alfonso XII como rey de España. Y en las dos visitas que el joven monarca hizo a nuestra capital el 7 de febrero de ese mismo año, poco después de levantado el bloqueo por el general Moriones, y el 28 de

(179) Se conocen al menos dos diarios del bloqueo. Uno de ellos, redactado por el comandante jefe del detall D. Mariano Balesta, fue publicado por IDOATE, *Diario del bloqueo puesto por los carlistas a la plaza de Pamplona...* en Rev. Ppe. de Viana, 1961, pp. 217-231. Otro, del que son autores los también militares RODRÍGUEZ UNDIANO y SÁNCHEZ DEL ÁGUILA, *Diario del bloqueo de Pamplona*, fue publicado en los Cuadernos de la Cofradía del Pimiento Seco en 1973. Leandro NAGORE, en su obra *Apuntes para la historia (1872-1886)* Pamplona, 1964, pp. 282 da otra visión, ésta desde el punto de vista carlista.

febrero de 1876, tras la retirada del Pretendiente a Francia. Dos días antes habían entregado las armas en la fortaleza los efectivos de seis batallones carlistas, antes de regresar a sus casas. El 29 de febrero se firmaba el último parte de guerra.

Durante los meses del bloqueo era gobernador de la ciudadela el coronel don Luis Llaverón y había permanentemente dentro de su recinto una compañía de retén y cuatro plantones de artillería, así como seis puntos de guardia fijos y varias rondas.

De noviembre de 1876 data un proyecto de reconstrucción del tablero del puente estable de la ciudadela, firmado por Enrique Pinazo y aprobado en Madrid en febrero del año siguiente. Sobre el tablero, iba un firme tipo carretera, de sección arqueada, con barandillas de hierro forjado, sostenido todo ello por pilastras de piedra con refuerzos en la mitad de cada tramo[180].

A raíz de la Guerra Carlista, quedó patente que las murallas y la ciudadela habían perdido operatividad defensiva en caso de ataque, debido fundamentalmente al alcance y posibilidades de la moderna artillería de de ánima rayada. En vista de ello y comprobadas las ventajas, desde el punto de vista estratégico, de las posiciones empleadas por los carlistas para situar sus baterías, que tanto perjuicio causaron a la plaza durante el bloque, se tomó la decisión de emplazar una fortificación acasamatada, con arreglo a los últimos avances de la ingeniería militar, en la cima del monte de San Cristóbal. A partir de 1877 se acometieron las obras del nuevo fuerte, llamado oficialmente de Alfonso XII, cuya construcción supuso el inicio de una nueva etapa en la historia del sistema defensivo de Pamplona. Sin embargo, esta medida no había de traer consigo, como muchos esperaban, la desaparición del recinto amurallado ni de la ciudadela. Las murallas habían de durar aún con sus guardias y centinelas hasta la segunda década del siglo XX, y la ciudadela continuaría como zona militar hasta 1966.

(180) IHCM. Planos, núm. 1.993, hoja 41.

## El Primer Ensanche. La ciudadela pierde dos Baluartes

En octubre de 1887, don Serafín Mata y Oneca presentó en el Ayuntamiento varios proyectos de ensanche de la ciudad, cuyas posibilidades de expansión urbana eran muy reducidas, por hallarse todavía íntegro el recinto amurallado. Uno de los planes –el que mereció la aprobación municipal– proponía levantar las nuevas manzanas en el glacis o explanada existente entre el foso interior de la ciudadela y los paseos de la Taconera y de Valencia, hoy de Sarasate. Ello hacía necesario obtener previamente del ramo de Guerra la autorización para derribar los baluartes de San Antón y de la Victoria y cegar el foso situado entre ambos, solicitando la cesión posterior de los terrenos resultantes[181].

El proyecto fue aprobado en Madrid por ley de 22 de agosto de 1888. Posteriormente, una Real Orden de 21 de marzo de 1889 autorizaba el derribo de los dos baluartes afectados en sus dos terceras partes, y del lienzo situado entre el de San Antón y la puerta de la fortaleza, acometiéndose las obras al mes siguiente. Siguiendo el proyecto aprobado con fecha 28 de septiembre de ese año, fue necesario prolongar un tramo de la muralla de la Taconera hasta enlazar con el ángulo del mutilado baluarte de la Victoria, por donde hoy penetra la actual avenida del Ejército. En los glacis se removieron 9.592 metros cúbicos de tierra antes de proceder a su entrega a la ciudad el 24 de abril. Los contratistas fueron los señores Cestona, Izurrategui y Navaz, gastándose en jornales 20.626 pesetas. La escritura de cesión de terrenos se firmó ante el notario don Polonio Escolá el 30 de mayo de 1889 y el importe fue de 750.000 pesetas, que se pagaron en varios plazos. De ello resultó una superficie edificable de 22.736 metros cuadrados[182].

Con el trazado de las nuevas calles surgió lo que en la trama urbana de la ciudad se conoce como Primer Ensanche. En los terrenos inmediatos a la ciudadela se construyeron, a partir de 1898, los nuevos cuarteles y diversas dependencias militares, cuyo lugar ocupan en la actualidad la calzada y edificios de la avenida

(181) ALVARADO (Seudónimo de M. ARIGITA), *Guía del viajero en Pamplona*. p. 12.
(182) Archivo Municipal de Pamplona (AMP). Expediente Ensanche.



*La artillería disparando salvas desde uno de los baluartes de la Ciudadela, en 1898.*
*AMP (J. Altadill)*

del Ejército, la Comandancia Militar –que originariamente fue pabellón de viviendas militares– y el edificio del actual auditorio y palacio de congresos. Los fosos de esta parte fueron cegados, desapareciendo dos revellines o lunetas: el de Santa Teresa, que defendía la puerta principal y donde estaba situada la puerta exterior llamada del Rastrillo, cuyo derribo fue autorizado por la Capitanía General en julio de 1889[183], y el de Santa Lucía, entre los baluartes de San Antón y del Real, que se recuperó y restauró en 2006, a una con la construcción de la nueva estación de autobuses subterránea. En febrero de 1890 se acordó trasladar al interior "la fuente que existía a la entrada de la ciudadela, en los terrenos que se estaban explanando"[184].

(183) AMP. Actas, lib. 119, p. 376. (Sesión del 10 de agosto).
(184) AMP. Actas, lib. 121, p. 147 y ss. (Sesión del 2 de febrero).

Al general Chinchilla, ministro de la Guerra en el gabinete de Sagasta, acordó el Ayuntamiento, en sesión de 18 de enero de 1890, dedicarle la nueva calle que entonces se trazó desde la de Navas de Tolosa hasta la puerta principal de la ciudadela, en agradecimiento a sus gestiones que hicieron posible, a pesar de sus grandes dificultades, la realización del entonces ambicioso proyecto[185].

## La ciudadela como prisión. Algunos presos notables

Es cosa de sobra conocida que la ciudadela pamplonesa sirvió durante mucho tiempo de prisión de Estado, por tratarse de una fortaleza considerada como de la máxima seguridad. Dejando aparte algunos presos encerrados por asuntos de Inquisición, padecieron la oscuridad y rigor de sus calabozos notables personalidades de la nobleza, de la milicia, de las letras y de la política, que por distintas causas y en diferentes épocas perdieron el favor del rey. En cierto modo, puede decirse que a los monarcas españoles les hizo en muchas ocasiones el mismo papel que la célebre Bastilla hizo a los reyes de Francia.

En los primeros años del siglo XVIII dieron con sus huesos aquí el duque de Medinaceli, que falleció en prisión, el marqués de Leganés, el conde de Requena y varios desventurados más, entre ellos algunos religiosos, sin otro delito que su lealtad al Archiduque de Austria, pretendiente a la Corona de España, que resultó derrotado por los partidarios de Felipe V en la larga Guerra de Sucesión.

A mediados del siglo XVIII uno de los cuarteles del interior del recinto estaba destinado a prisión de desterrados; se hallaba próximo a la Puerta del Socorro. Según un informe dado por el ingeniero don Antonio de Zara en agosto de 1784, en el lienzo de muralla en el que se abre la puerta principal había "debaxo del terraplén de esta cortina dos calabozos, el uno llamado del agua, por lo mucho que ésta filtra, y el otro del Fraile"[186]. Este último debía el nombre a un religioso

(185) ARAZURI, *Pamplona, calles y barrios*, t. I, p. 280.
(186) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 38.



*Contraguardia de Santa Isabel y Puerta del Socorro, en 1944, cuando se iniciaba el proceso de su progresivo deterioro. AMP (J. Cía)*



*Baluartes de Santiago y de la Victoria, luneta de Santa Ana, fosos y, al fondo, casas del Primer Ensanche, el año 1914. AMP (A. Gª Deán)*

de la Victoria, encerrado allí en 1709 por ser partidario del Archiduque, que murió consumido, tras una lenta agonía, encadenado dentro de una jaula, hecho que quedó durante mucho tiempo en el recuerdo de quienes lo presenciaron[187]. Otro informe de 1786 se refiere a esas dos bóvedas situadas a los lados del túnel que sirve de entrada a la ciudadela, una de las cuales se conserva todavía. Dice de ellas, aparte de que eran inútiles "por la mucha agua que filtra", que eran esenciales "para castigo de aquellos cuyos delitos y faltas no merecen el rigor de un calabozo, y en las que ordinariamente suele haber más de uno"[188].



*Pabellones y plaza de armas de la Ciudadela en 1960. AMP. Col. Arazuri (Clavero)*

(187) Conozco un interesante manuscrito, titulado *Relación exacta de la prisión y muerte de Fr. Francisco Sánchez, Religioso Mínimo de la Victoria*, cuadernillo de 7 hojas, en el que el entonces vicario de la ciudadela don Francisco Ximénez y Esparza cuenta con todo detalle el calvario que padeció el P. Sánchez. Estuvo encerrado en "la bóveda contigua a la casamata de San Antón, donde estaba prevenida una jaula de vara en cuadro, compuesta de estacas fuertes" desde el 10 de agosto de 1706 hasta el 11 de noviembre en que murió, envuelto en piojos y suciedad, con los grilletes incrustados en los huesos. Aquello debió de quedar tan grabado en el recuerdo de todos, que aquel calabozo, derribado hacia 1890 junto con el lienzo de muralla comprendido entre la puerta principal y el baluarte de San Antón, se conocería ya en lo sucesivo como el Calabozo del Fraile.

(188) MARTINENA, *Documentos sobre las fortificaciones*, doc. núm. 39.

En 1792 fue detenido en su casa de Hellín y encerrado en la ciudadela el ilustrado y benemérito conde de Floridablanca, una de las personalidades más notables del reinado de Carlos III, caído en desgracia en tiempo de Carlos IV, tras la llegada al poder del conde de Aranda, que le formó proceso por malversación de fondos. Por entonces estaba también preso aquí el Inca Yupanqui, que llegó a redactar en la soledad de su celda un Epitome de Historia de Navarra. En 1801 estuvo recluido durante varios meses don Mariano Luis de Urquijo, antiguo ministro de Estado, al que se tuvo prácticamente incomunicado, privado de luz, papel, tintero y libros de lectura. En 1811, durante la ocupación francesa, pasó también por estos calabozos el célebre guerrillero navarro Javier Mina.

De 1814 a 1820, a causa de sus ideas liberales, sufrió prisión aquí, por orden de Fernando VII, el célebre poeta Manuel José Quintana, quien gracias a la protección de la marquesa de Vessolla y del virrey conde de Ezpeleta, vio atenuados los rigores del encierro y hasta pudo reunir una tertulia literaria de gran prestigio en el pabellón que ocupaba, a la que asistía entre otros el sacerdote y literato don Alberto Lista[189].

José María Iribarren recogió el dato curioso, que luego he visto confirmado en documentos de la época, de que algunos nobles, en el siglo XVIII, hacían recluir en la ciudadela a sus hijos, cuando éstos se enamoraban de mujeres plebeyas o poco recomendables, evitando con tan resolutivo procedimiento que pudiesen contraer matrimonio en desdoro de su condición nobiliaria[190].

Las Cortes celebradas en los años 1780–81 pidieron por ley que se prohibiera el abuso que existía de que el virrey o los jefes militares concediesen "licencia ni permiso para andar libres por la ciudad, ni pasar a sus casas o lugares, a los que las Justicias ordinarias destinasen a la ciudadela"[191]. Como puede verse, lo que ahora se llama prisión atenuada o régimen abierto no es cosa de nuestros días.

(189) *Memorias del Conde de Guenduláin*, editadas por la Institución Príncipe de Viana en 1952, p. 41.
(190) IRIBARREN, *Pamplona y los viajeros*, pp. 109-111.
(191) Cortes de 1780-81, ley 37.



*Nave del interior del almacén de mixtos, en enero de 1973, en curso de restauración. AMP (R. Bozano)*

También, en distintas ocasiones, los fosos y glacis de la fortaleza han sido mudos testigos de numerosas ejecuciones, generalmente por fusilamiento, las últimas de las cuales tuvieron lugar durante la Guerra Civil de 1936 a 1939. Solía emplearse para esta triste finalidad el espacio inmediato a la puerta del Socorro, a la parte de la Vuelta del Castillo, junto al parapeto del camino cubierto que bordea el foso. Altadill escribía en 1916 que, por entonces, esa puerta solía permanecer siempre cerrada y sólo se abría cuando había alguna ejecución.

## Cesión de la ciudadela al Ayuntamiento

Por decreto del General don Francisco Franco, Jefe del Estado Español, de fecha 21 de mayo de 1964, siendo gobernador militar el general don Antonio Miranda, se cedió al Ayuntamiento de Pamplona el conjunto histórico de la ciudadela, con sus defensas exteriores, fosos, puentes y elementos anejos. La cesión suponía dar al edificio una finalidad cultural y de esparcimiento público, sin que se pudiera alterar en el futuro el estado de las fortificaciones, que deberían ser

mantenidas y restauradas[192]. Para velar por el cumplimiento de las condiciones establecidas en el decreto, así como por la integridad de los bienes cedidos, se creó un patronato integrado por distintas autoridades y representaciones militares y civiles. No obstante, la entrega formal de la fortaleza a la ciudad se demoró algo más de dos años, tiempo necesario para la instalación en otras dependencias de las unidades y servicios que acogía en el interior de su recinto.

El sábado 23 de julio de 1966 tuvo lugar la solemne entrega de la ciudadela al Ayuntamiento por parte del Ejército. Era gobernador militar de Navarra el general de división don Ramiro Lago García y alcalde de la ciudad don Juan Miguel Arrieta Valentín. Los actos dieron comienzo por la mañana, en el salón de recepciones de la Casa Consistorial, con la lectura de la escritura de cesión por el notario don Serafín Hermoso de Mendoza y la firma del documento por las autoridades. El alcalde pronunció un breve discurso, en el que, entre otras cosas, manifestó "el reconocimiento de la ciudad de Pamplona ante esta cesión, que viene a satisfacer una de las más viejas y nobles aspiraciones, en la seguridad de que sabrá corresponder a esta confianza, haciendo del baluarte de la ciudadela uno de los complejos histórico–culturales más singulares de nuestra Patria". Le contestó el gobernador militar con otra alocución, evocando las gestas heróicas de Navarra y el pasado histórico de la ciudadela, a la que calificó de "verdadera joya histórica de la fortificación del Renacimiento"[193].

De allí se trasladaron autoridades e invitados al muro exterior de los antiguos cuarteles en la calle Yanguas y Miranda, que entonces cortaba la avenida del conde de Oliveto, en cuyo punto se procedió a inaugurar simbólicamente un pequeño tramo de la que más adelante sería la avenida del Ejército.

A la una del mediodía se efectuó la ceremonia de la toma de posesión. Personadas las autoridades con toda su comitiva ante la puerta de la ciudadela, el gobernador militar hizo entrega de las llaves al alcalde, izándose a continuación en unos mástiles la bandera de Pamplona, junto a la de España,

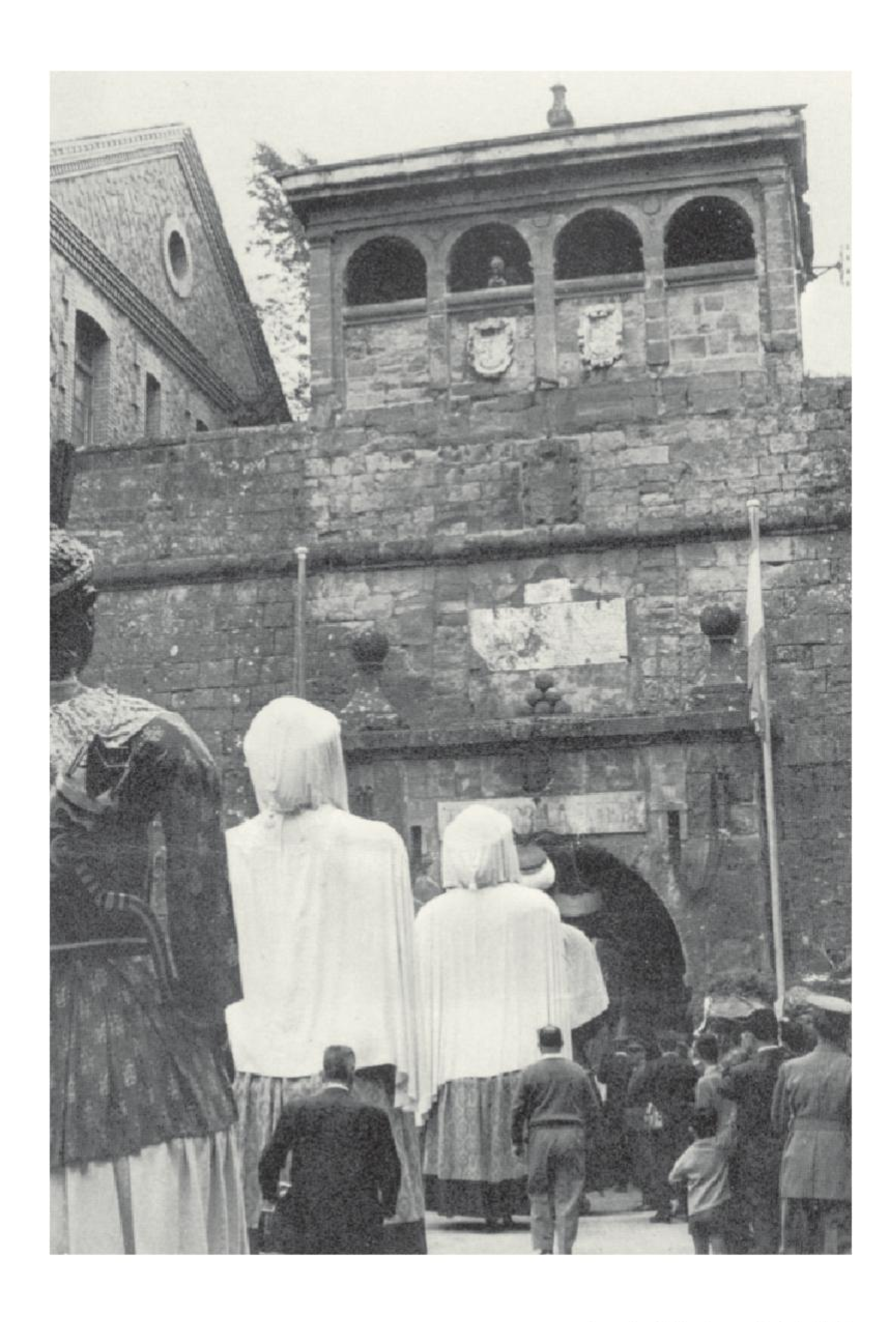
(192) BOE, núm. 129, de 29 de mayo de 1964, pp. 6968-6969.
(193) Ver el periódico "Diario de Navarra" de fecha 24 de julio de 1966.







*Cuatro momentos de la ceremonia de toma de posesión de la Ciudadela por parte del Ayuntamiento de Pamplona, el 23 de julio de 1966. AMP (J. Galle)*



mientras los clarines ejecutaban el saludo de la ciudad y los gigantes y dantzaris bailaban por primera vez en el interior del antiguo recinto. Seguidamente, desfiló la compañía de honores, simbolizando el abandono de la fortaleza por parte de los militares.

Aquel día fue fiesta grande en Pamplona. Hubo baile en la Plaza del Castillo y fuegos artificiales, como en las noches de San Fermín.

" ¿Qué hacer con la ciudadela? –se preguntaba *Ollarra* en su habitual sección de Diario de Navarra– de momento basta con limpiarla, adecentarla e ir poco a poco convirtiéndola en un parque para todos los pamploneses; luego vendrá el reponer las piedras que faltan, ahondar fosos, restaurar baluartes y levantar lo que el tiempo ha arruinado. Todo esto es largo y caro"[194].

Según preveía el decreto de cesión, debería crearse un museo y biblioteca de historia militar, sobre la base del antiguo Museo de Recuerdos Históricos, que guardaba importantes materiales de las Guerras Carlistas. También se construiría un teatro al aire libre, pabellones para exposiciones y se habilitarían zonas deportivas y jardines. Todo ello, naturalmente, sin afectar a la estructura de la fortaleza, "que deberá conservarse cuidadosamente, dado el singular valor de su arquitectura militar". El patronato creado a raíz de la cesión, del que formaban para el Capitán General de la 6ª Región y el Alcalde de la ciudad, redactaría un reglamento con vistas al cumplimiento de todo ello. Para la realización de las obras necesarias, se podría contar con aportaciones del Estado, de la Diputación Foral y del Ayuntamiento.

Según las mediciones efectuadas previamente a la cesión, los distintos elementos que integran el conjunto de la ciudadela tenían las siguientes superficies:

(194) Ibíd.

| | |
|---|---|
| Interior del recinto | 45.360 metros cuadrados |
| Murallas y terraplenes | 32.176 metros cuadrados |
| Fosos | 40.000 metros cuadrados |
| Obras fortificación exterior | 13.305 metros cuadrados |
| Camino cubierto | 10.000 metros cuadrados |
| Glacis o explanada | 135.000 metros cuadrados |

La suma de esas medidas parciales daba una superficie total de 275.840 metros cuadrados.

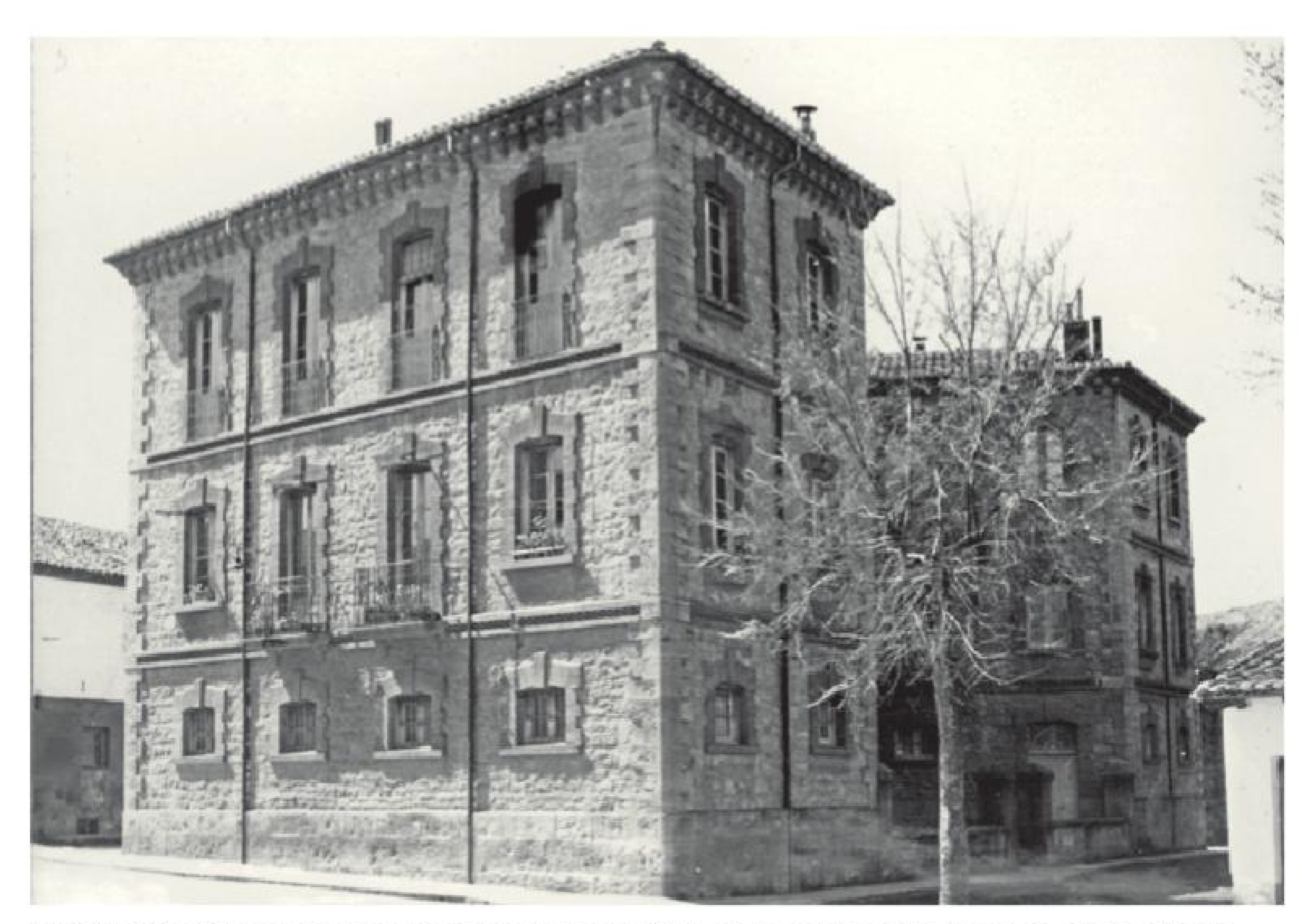
## Una ciudad en miniatura

Cuando la ciudadela pasó a ser propiedad de la ciudad existían dentro de su recinto una serie de construcciones militares que formaban una minúscula



*Foto aérea de la Ciudadela en 1953, con los pabellones y edificios que existían antiguamente en el interior. AMP (Trabajos Aéreos y Fotogramétricos)*

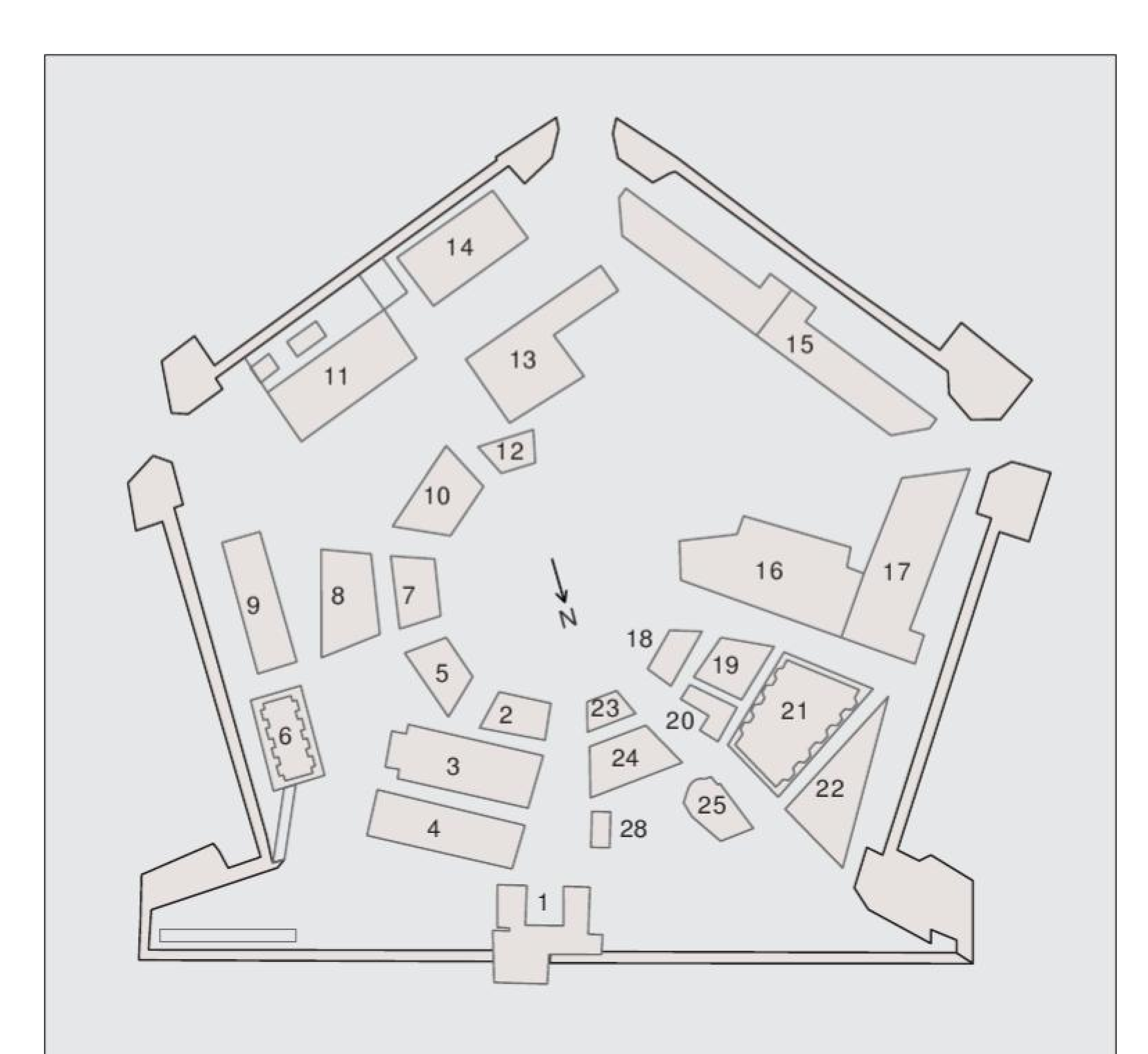
población, con su sistema radial de callejuelas que confluían en la plaza central o plaza de armas. En mayo de 1965, el comandante don José Luis Prieto Gracia elaboró una memoria histórico–descriptiva de la fortaleza, incluyendo planos y referencias de todas las edificaciones que integraban el conjunto[195].



*El pabellón del Gobernador, reconstruido en 1906, que estaba situado cerca de la puerta principal. AMP (J. L. Prieto)*

Entrando por la puerta principal, pasado el cuerpo de guardia, se hallaba, a mano derecha, el pabellón del gobernador, reconstruido en 1906 donde antes estuvo el parque de campaña y el palomar militar, con una superficie de 450 metros cuadrados. Enfrente, a la parte izquierda, estaba el almacén de artillería, construido en 1918, que ocupaba 766,62. Contiguo a él, hacia la plaza de armas, estaba el picadero cubierto, erigido en 1897 en el solar de la antigua iglesia del siglo XVII, con 788 metros cuadrados. Junto al pabellón de mixtos y

(195) PRIETO, *La Ciudadela de Pamplona* (Memoria inédita, con numerosos planos y fotografías, de la que se conserva un ejemplar en el Archivo Municipal).




*Edificios militares existentes en el interior de la Ciudadela en el momento de su cesión a la ciudad de Pamplona, según J.L. Prieto.*

1. Cuerpo de guardia principal
2. Pabellón y oficinas de la comandancia de artillería
3. Picadero cubierto
4. Almacén de artillería
5. Pabellón A
6. Almacén de pólvora
7. Pabellón D
8. Parque de ingenieros
9. Almacén de la campana
10. Pabellón B
11. Sala de armas y parque de artillería
12. Pabellón azul
13. Garajes
14. Garajes
15. Cuartel de infantería
16. Garajes
17. Cuartel de artillería
18. Pabellón del 2º ayudante
19. Parque de ingenieros
20. Almacenillo
21. Almacén de mixtos
22. Cuartel de caballería
23. Pabellón del primer ayudante
24. Pabellón del gobernador
25. Hornos a prueba
26. Barracón

el horno, que todavía se conservan, estaba uno de los parques de Ingenieros con un almacén de blindas contiguo, construido en 1881 y parcialmente derribado en 1918, con 212 metros. Detrás del almacén de mixtos, arrimado a la muralla, había un antiguo cuartel de caballería, de planta triangular, del siglo XVIII, y a la parte del baluarte de Santiago, el cuartel de artillería, también del siglo XVIII, pero de planta cuadrada, y unos garajes. Junto a la Puerta del Socorro, a lo largo de toda su cortina, estaba el cuartel de Infantería, del siglo XVIII, aunque reformado en varias ocasiones, con una superficie de 1.920 metros cuadrados. Delante de la sala de armas, que se mantiene en la actualidad, había dos naves de garajes. Junto al polvorín, que también se ha conservado, se hallaba el almacén llamado de la Campana, de 697 metros y otro de los parques de Ingenieros, construido en 1918, de 440,92 metros. Por último, rodeando casi enteramente la plaza de armas central, estaban los llamados pabellones, destinados a vivienda de oficiales: el Pabellón Azul, reformado en 1893, ocupaba 209,95 metros cuadrados; el Pabellón B, 323,96; el D, 207,50; el A, 332,15. Los tres últimos fueron reconstruidos o al menos reformados totalmente en 1916. Venía a continuación la comandancia de Artillería, del año 1880, con 202,95 metros cuadrados, y por último, los pabellones destinados al primero y segundo ayudante, también de 202 metros cuadrados[196].

## Demolición de los pabellones

Todas las construcciones citadas, dentro de su aire típicamente militar, presentaban una gran variedad tipológica y de estilos. Aunque en su mayor parte habían sido reedificadas en los últimos años del siglo XIX o primeros del XX, no faltaban algunas del XVIII e incluso anteriores, época de la que hoy no abundan construcciones cuarteleras, y las pocas que existen se consideran ya de interés histórico. Entre las modernas, el picadero, el pabellón del gobernador y alguno de los otros pabellones no carecían de cierto empaque arquitectónico y podrían

(196) Ibíd.

haberse conservado para destinarlas a usos diversos. No obstante, entonces se optó por derribarlas con el fin de obtener el máximo posible de espacio libre para habilitarlo como zona verde.



*El desaparecido picadero militar, construido en 1893 en el solar de la antigua capilla de la Ciudadela. Al lado, el almacén de Artillería. AMP (J. L. Prieto)*

Únicamente se conservaron las construcciones de mayor antigüedad e interés desde el punto de vista arqueológico, y ello en parte porque afortunadamente se hallaban próximas a la muralla y no obstaculizaban, por tanto, el proyecto de trazar una gran plaza ajardinada que viniera a ocupar prácticamente todo el espacio interior de la ciudadela. Hasta hubo serias dudas acerca de si conservar o no el noble edificio dieciochesco de la sala de armas.

El 20 de enero de 1967 visitó la ciudadela el marqués de Lozoya, ilustre profesor y tratadista de Historia del Arte, acompañado del alcalde, el director de la Institución Príncipe de Viana y el archivero municipal, con el fin de coordinar criterios con vistas a la restauración del conjunto. Se trataba de determinar los edificios que poseían algún valor arquitectónico o histórico, antes de iniciar las obras de limpieza y derribo de las manzanas que ocupaban el recinto. Para el



*Febrero de 1970. Derribo del pabellón del Gobernador. A la derecha el pabellón de la comandancia de Artillería y el picadero. Al fondo, el cuerpo de guardia. AMP*

marqués de Lozoya, las construcciones reflejaban perfectamente la época en que se levantaron: por un lado, la grandeza española del tiempo de Felipe II, y, por otro, la etapa decadente de finales del XIX y comienzos del XX. Esta idea fue la que habría de orientar en los años siguientes, como veremos, la acción de la piqueta municipal, indultando de ella tan sólo un reducido número de excepciones.

## Conservar lo más antiguo

En la memoria del comandante Prieto, a la que se ha hecho referencia anteriormente, se incluía un epígrafe con la valoración arqueológica del conjunto de la fortaleza. En él se decía:

"Por su perfecto estilo de la escuela italiana del siglo XVI, la ciudadela es una joya del arte de la fortificación abaluartada. Similar a la ciudadela de Amberes, construida unos años antes".

"En España puede considerarse única y desde luego la más importante, toda vez que las demás obras de similar estilo, como las de Barcelona, Jaca, Figueras, una ha desaparecido (Barcelona) y era de construcción mucho más moderna, del año 1715 y reinado de Felipe V. La de Jaca es de años posteriores, 1595, y de dimensiones y categoría inferior, y, Figueras es también posterior, 1750, reinando Fernando VI".

"Obra, en su conjunto, de los siglos XVI y XVII, anterior a Vauban, perfeccionada por las enseñanzas de este insigne maestro, y digna de conservar íntegros sus diversos elementos, como muestra perfecta y única de la fortificación permanente en su más espléndida realización, en la época en que el arte de la guerra se hermanaba con las demás formas del arte. Obra de guerreros y artistas".

"De indiscutible valor arqueológico toda la parte exterior: camino cubierto, fosos y obras exteriores. Asimismo todo el terraplén o muralla".

Aparte de las fortificaciones propiamente dichas, consideradas –como acabamos de ver– conjunto histórico–artístico, sólo quedarían en pie el cuerpo de guardia, con sus dos casillas porticadas, construido en 1756, el antiguo horno de la tahona, con su curiosa planta en forma de gota de agua, que data, según parece, de hacia el año 1640, el llamado pabellón de mixtos, antiguo almacén de víveres, de dos naves paralelas abovedadas, construido a finales del XVII y al cual le fue añadido en 1720 un sobrepiso para granero, dejando el inferior para bodega; la sala de armas o arsenal de artillería, proyectado en 1725 y que no se terminó hasta 1754, y el polvorín a prueba de bomba, con recios contrafuertes, cuya construcción data de 1694. Todos estos edificios, pulcramente restaurados en la década de 1970, se destinan en la actualidad habitualmente a exposiciones, conciertos, conferencias y otras manifestaciones culturales. El cuerpo de guardia, lo primero que encuentra el visitante al acceder desde la avenida del Ejército, no tiene todavía un destino muy bien definido, lo mismo que las doce bóvedas a prueba situadas a ambos lados de la Puerta del Socorro, salvo una de ellas que alberga en su interior los servicios públicos.

El 20 de noviembre de 1969 se aprobó el plan de derribo del resto de los edificios, adjudicado en febrero del año siguiente a la empresa Excavaciones

Pamplona en la cantidad de 535.000 pesetas, más otras 200.000 por la demolición de cobertizos en fosos y baluartes.

## Restauración de muros, baluartes y edificios

En abril de 1970, la Diputación habilitó un presupuesto extraordinario de 689.400 pesetas, para la restauración de los puentes sobre el foso de la puerta del socorro[197]. Por entonces se restauró el remate de la segunda de las puertas. Años más tarde, en junio de 1995 se llevó a cabo la restauración de la puerta más exterior, la que da al glacis de la Vuelta del Castillo, que estaba la más deteriorada[198]. Esta puerta conserva sobre el arco una lápida con una inscripción, hoy ilegible casi en su totalidad, que curiosamente era la que tenía el texto más extenso de todas las del recinto amurallado. Parece que en ella se menciona al duque de Bournonville, que fue virrey entre los años 1686 y 1691. La restauración de los tres puentes de la Puerta del Socorro, a los que se añadió un inadecuado pavimento de tipo medieval a base de cantos o guijos, y su consiguiente habilitación como paso de uso público, supuso la apertura de una nueva vía de comunicación entre el centro de la ciudad, el parque de la Vuelta del Castillo y el populoso barrio de Iturrama.

Poco después, el 29 de julio de 1970, se aprobó el proyecto de reconstrucción del lienzo de muralla exterior comprendido entre el baluarte de San Antón y la puerta principal de la ciudadela –unos 140 metros– con un presupuesto de 1.977.726 pesetas, empleándose en la obra 4.500 toneladas de piedra sillería que se tenían almacenadas al efecto[199]. Las obras comenzaron en octubre, y estaban terminadas en junio del año siguiente, dando un nuevo aspecto a la

(197) Archivo de la Institución "Príncipe de Viana" (AIPV), legajo. 53/expte. 19. Agradezco a Charo Lazcano Martínez de Morentin, que tiene a su cargo dicho archivo, las facilidades que siempre me ha dado para su consulta.

(198) Los trabajos corrieron a cargo de los alumnos de la Escuela-taller del Ayuntamiento, previa autorización de "Príncipe de Viana". El proyecto de reconstrucción del portal se aprobó por dicha institución en 1989. AIPV, leg. 166/24 y leg. 127/5.

(199) La autorización por parte de "Príncipe de Viana", en AIPV, leg. 53/15.

avenida del Ejército. Es una lástima que entonces no se hubiera recuperado también el terraplén de la cara posterior del muro, lo que visualmente hubiera devuelto su integridad al interior del recinto, posibilitando además al visitante el recorrido por todo el perímetro del parapeto en los cinco lados del pentágono.

A partir de esa fecha, a lo largo de más de quince años, se llevó a cabo, empleando canteros especializados, la restauración de la mayor parte de los muros y baluartes, así como la rehabilitación de los edificios del interior que quedaron en pie tras el derribo de los que había antiguamente. Con fecha 27 de abril de 1971, el Pleno aprobó un gasto de 2.400.000 pesetas, para la restauración de la puerta principal –la de la avenida del Ejército–, con su bóveda, porche y cuerpo de guardia, así como la cubierta del polvorín. El 30 de noviembre del mismo año se acordó restaurar por administración el almacén de mixtos y el horno a prueba, con un presupuesto de 3.000.000 de pesetas, cediendo posteriormente su uso a la Caja de Ahorros Municipal para sala de exposiciones y otros fines culturales[200].

El mismo año 1971, la Comisión de Relaciones y Cultura del Ayuntamiento, presidida por el teniente–alcalde D. Javier Rouzaut, que tanto se desveló por estas viejas piedras, llevó a cabo una encuesta entre 400 vecinos de Pamplona, para conocer las preferencias de la ciudadanía respecto al destino que debía darse al conjunto de la ciudadela. La consulta se realizó en diez zonas de la ciudad y entre personas de distinta edad, sexo, nivel cultural y social, etc. por un equipo de asistentes sociales dirigido por D. Francisco Azcona. Las distintas posibilidades ofrecidas tuvieron los siguientes índices de aceptación:

1ª Zona verde con edificios históricos restaurados ........ 42,4%
2ª Zona verde exclusivamente ........ 35,8%
3ª Montar una ciudad medieval con tiendas de artesanía ........ 10,5%
4ª Conjunto de instalaciones deportivas ........ 6,5%
5ª Habilitación de un teatro público ........ 4,8%

(200) En principio, el acuerdo se refería a destinar el pabellón de mixtos a museo de la ciudad y el horno a sala de exposiciones, AIPV, leg. 56/64



*Comienzo de las obras de reconstrucción del muro contiguo a la puerta principal, en octubre de 1970. AMP. Col. Arazuri (E. Mina)*



*Obras de reconstrucción del muro de la Ciudadela hacia la avenida del Ejército. En junio de 1971. AMP. Col. Arazuri*



*Los garajes militares, ya derribados, y el antiguo cuartel de Infantería, en febrero de 1970, poco antes de su demolición. Detrás estaba la Puerta del Socorro. AMP. Col. Arazuri*

Los resultados de la encuesta fueron dados a conocer por la prensa a mediados de septiembre de dicho año. En vista de los datos del sondeo, la actuación municipal posterior en el conjunto histórico tuvo una orientación consecuente con la voluntad popular.



*Vista interior del cuerpo de guardia de la puerta principal en enero de 1970, antes de su restauración. AMP. Col. Arazuri*

En febrero de 1972 se planteó el Ayuntamiento la posibilidad de no edificar en el solar del antiguo cuartel de Artillería, en Yanguas y Miranda, por el que pedía el Ejército 83.492.175 pesetas, como terrenos edificables para viviendas. El Teniente de alcalde Rouzaut proponía cambiar ese destino, aún a costa de perder dinero, y conservar los solares sin edificar, como entorno protegido o zona de respeto de la ciudadela. Así se mantiene en la actualidad, reconvertido en zona verde, tras haber servido durante muchos años como real de la feria para la instalación de barracas y atracciones durante las fiestas de San Fermín.

El Ayuntamiento, con fecha 29 de diciembre de 1972, cuando se llevaban gastados alrededor de 16.000.000 de pesetas en obras de restauración y acondicionamiento, acordó solicitar de la Dirección General de Bellas Artes la declaración de Monumento Histórico–Artístico de carácter nacional en favor del conjunto de la ciudadela. Las gestiones tuvieron éxito, y con fecha 8 de febrero del año siguiente se firmó el correspondiente Decreto, 332/1973, que fue publicado en el Boletín Oficial del Estado el 27 de febrero.

El 9 de octubre de 1973 tuvo lugar la inauguración del almacén de mixtos y el horno a prueba, tras su total restauración, realizada, como decía la prensa, con



*Almacén de mixtos y horno a prueba, en enero de 1973, a punto de concluir su restauración. R. Bozano. AMP (R. Bozano)*

fidelidad, gusto y acierto. Ante las autoridades e invitados, el entonces alcalde D. Javier Viñes pronunció un discurso en el que hizo historia del proceso de recuperación de la vieja fortaleza. Ese mismo año, el Ayuntamiento estudió la posibilidad de destinar el pabellón de mixtos a museo de la ciudad, iniciativa que pronto quedaría en el olvido.

Por entonces se acometió la restauración de la Sala de Armas, antiguo arsenal de la ciudadela, interesante edificio de mediados del siglo XVIII. El proyecto se aprobó en 1973, previo convenio de colaboración suscrito por la Institución "Príncipe de Viana" y la Caja de Ahorros de Navarra para sufragar los gastos al 50%[201]. Las obras se adjudicaron el año siguiente en la cantidad de 11.142.811,67 pesetas y quedaron terminadas en 1976. Por esos años se barajó la posibilidad de instalar aquí el Museo Etnográfico, para lo cual en 1982 se llegó a encargar, aprobar y pagar el correspondiente proyecto, que al final no se llevó a efecto[202].

(201) AIPV, leg. 56/9 (proyecto) y leg. 57/20 (adjudicación y liquidaciones). Las últimas liquidaciones por las obras ejecutadas son de 1976, AIPV, leg. 65/133.

(202) El informe proponiendo ese uso para el edificio data de 1975, AIPV, leg. 60/21. El pago de la minuta del proyecto, por un importe de 622.185 pesetas, se aprobó en 1983, AIPV, leg. 97/109.

El Pleno Municipal de 26 de octubre de 1976, cuando se llevaban gastados en la ciudadela 60 millones, de los que sólo 15 se habían obtenido por vía de subvención, debatió una moción de D. Javier Rouzaut proponiendo un presupuesto extraordinario de otros 20 millones para terminar las obras, dejando para más adelante el tratamiento de los fosos. Al final, tras una animada discusión entre las distintas tendencias políticas, se optó por incluir la partida en el plan quinquenal de inversiones prioritarias.

Para hacernos una idea del aumento de costes experimentado en la década de 1970–80, diremos que el presupuesto para la restauración del baluarte de Santa María, aprobado el 13 de febrero de 1979, alcanzó la cifra de 14.996.304 pesetas. El proyecto de restauración del baluarte de Santiago, cuyo coste se calculó en junio de 1980 en 15.972.116 pesetas, supuso en agosto del año siguiente la aprobación de un presupuesto adicional de 26.000.000[203]. Un poco antes, en 1975, se había aprobado el proyecto correspondiente al baluarte Real. Hay que decir que, dado el carácter de Monumento Nacional de la fortaleza, para hacer frente a los gastos se contó con distintas subvenciones del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo[204].

En 1987 se llevó a cabo el saneamiento de los fosos, canalizando las acequias que antes había y habilitando un paseo peatonal, con carril para ciclistas, por todo el perímetro[205]. Afortunadamente, quedó en el olvido un viejo proyecto municipal de 1969, que daba luz verde a la construcción de piscinas y pistas polideportivas en los fosos, sin tener en cuenta que en los edificios monumentales el entorno debe merecer tanto respecto en su tratamiento como el monumento mismo.

(203) Para la restauración del baluarte de Santiago, el Gobierno de Navarra abonó en 1980 la cantidad de 8.000.000 de pesetas, AIPV, leg. 76/81.

(204) La aprobación del proyecto del baluarte Real por parte del Ministerio, en AIPV, leg. 61/74.

(205) Ya antes, en 1982, se había presentado el correspondiente proyecto a la aprobación de la Institución “Príncipe de Viana”, AIPV, leg. 90/132.

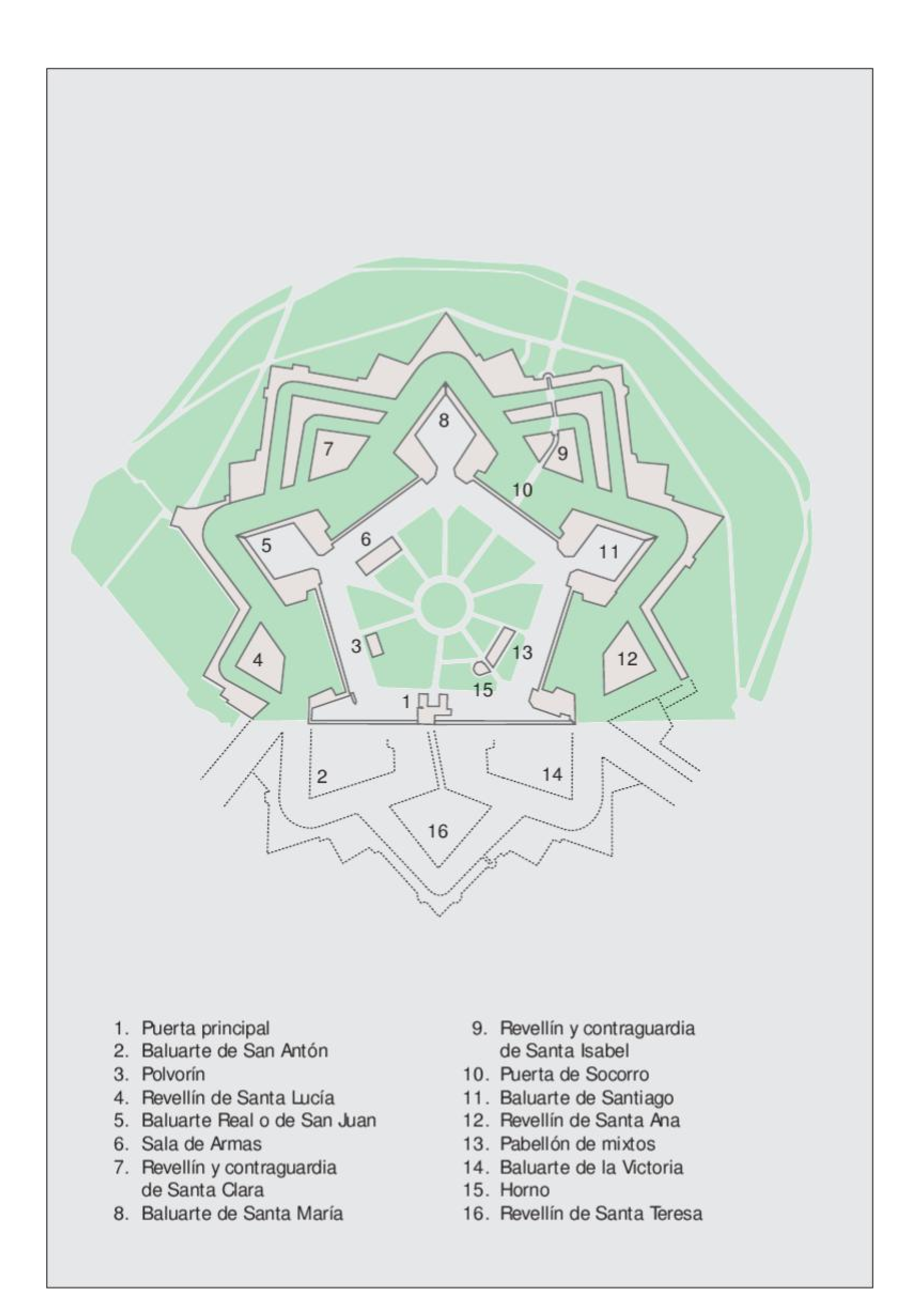



*Sello conmemorativo de la Ciudadela con motivo de la Exposición Filatélica Nacional EXFILNA celebrada en Pamplona entre el 25 de junio y el 3 de julio de 1988.*

## Un grato lugar de esparcimiento

El interior del recinto de la ciudadela es hoy uno de los parques públicos más concurridos de la ciudad. El amplio espacio que resultó en 1970, tras la demolición de los antiguos edificios militares, está ocupado en la actualidad por parcelas ajardinadas a base de césped regado artificialmente, en el que pueden jugar libremente los niños. Algunos sauces y otros árboles ofrecen algo de sombre en los días calurosos. En 1981 se colocaron algunas esculturas de arte vanguardista: una de Chillida, que sirvió durante algún tiempo de laberinto para los juegos infantiles, y otras dos de Vicente Larrea y Ramón Carrera, adquiridas entonces por millón y medio y un millón de pesetas respectivamente.

La dotación se completa con bancos de madera de uso público y farolas de hierro forjado de línea tradicional para la iluminación.


1. Puerta principal
2. Baluarte de San Antón
3. Polvorín
4. Revellín de Santa Lucía
5. Baluarte Real o de San Juan
6. Sala de Armas
7. Revellín y contraguardia de Santa Clara
8. Baluarte de Santa María
9. Revellín y contraguardia de Santa Isabel
10. Puerta de Socorro
11. Baluarte de Santiago
12. Revellín de Santa Ana
13. Pabellón de mixtos
14. Baluarte de la Victoria
15. Horno
16. Revellín de Santa Teresa

Quedan todavía pendientes algunos detalles, como la reconstrucción de las garitas de los cinco baluartes, que podía hacerse con arreglo a planos antiguos que se conservan en Madrid, y el adecentamiento de los parapetos, caminos de ronda, rampas de acceso a los baluartes y poternas de entrada a las plazas bajas. En cuanto a las defensas exteriores, hasta hace muy poco tiempo faltaba por hacerse el acondicionamiento de las contraguardias y revellines que miran a la Vuelta del Castillo, que se encontraban completamente invadidos por arbustos y matorrales, cuyas raíces actuaban como auténticas palancas que desencajaban los sillares, y restaurar algunos detalles en las puertas primera y segunda del Socorro.

No sé si ahora o tal vez más adelante, se podría pensar incluso en volver a instalar los antiguos puentes levadizos, en lugar de los actuales tableros provisionales, que no deberían permanecer con carácter definitivo. Consta que hacia 1870 fue suprimido el antiguo sistema de palancas, de tradición medieval, que al subir el puente quedaban alojadas en unas aberturas situadas encima de la puerta. Se sustituyó por un sistema de ruedas, resortes y contrapesos, conocido por los ingenieros militares del siglo XIX como maniobra de Derché, que todavía puede verse operativo en el Portal de Francia o de Zumalacárregui. Desde hace dos o tres años se pone en funcionamiento en la tarde del 5 de enero, bajando el puente para que la cabalgata de los Reyes Magos haga su entrada en la ciudad.

Creemos que fue en 1986 cuando el Ayuntamiento acordó la habilitación de espacios ajardinados de tipo anglosajón, con césped regado por aspersión y caminos enlosados y adoquinados, en la explanada y demás terrenos anejos a la fortificación, tradicionalmente conocidos con el nombre de la Vuelta del Castillo[206]. Las obras finalizaron, si no recordamos mal, dentro del año 1987. Esta mejora se inició unos meses antes, a título de ensayo, en la zona más próxima a la avenida de Pío XII, y aunque en un primer momento dio lugar a cierta polémica, los resultados acabaron mereciendo una favorable aceptación

(206) La aprobación del proyecto de un parque público en la Vuelta del Castillo se había solicitado en 1982, AIPV, leg. 90/118.

por parte del público. Hoy en día este extenso parque, ubicado en el centro mismo de la trama urbana, es el verdadero pulmón de la ciudad y se ve frecuentado por buen número de paseantes

Como dato curioso se puede añadir que el 27 de diciembre de 1968 aprobó el Ayuntamiento la compra de los 78.886 metros cuadrados del terreno de los glacis, –la popular Vuelta del Castillo– en la cantidad de 3.272.308,10 pesetas. Según la prensa de esos días, su valor al precio de mercado rondaría entonces los 300 millones. Diez años después, en diciembre de 1978, se aprobaron 5.500.000 pesetas para nivelación y acondicionamiento de la Vuelta, incluida la instalación de bancos y sistema de riego para el hierbín.

Otra noticia de interés referente a la ciudadela fue el Real Decreto 1424/86, de fecha 6 de junio, en virtud del cual quedó suprimido el Patronato establecido en 1964, a raíz de la cesión de la fortaleza al Ayuntamiento.

A finales de febrero de 1987, el francés François Baschet instaló en el pequeño estanque central de la plaza de armas una original fuente musical, cuyo coste fue de 1.200.000 pesetas. Las piezas que la integraban fueron trabajadas en el taller de forja de Gerardo Brun. Estaba compuesta por 16 parejas de flores metálicas, a distintas alturas, que giraban impulsadas por el viento y por los chorros de agua de los surtidores. De ellas pendían bolas y tubos afinados que, al chocar entre sí, producían sonidos armoniosos. No duró mucho. Tras sufrir dos o tres ataques vandálicos consecutivos, con las consiguientes reparaciones, fue desmontada y retirada definitivamente. Posiblemente, lo que se debería hacer sería reconstruir la bonita fuente que existió antiguamente, de la que se conserva el plano original, delineado por Carlos Blondeaux en 1725[207].

Por esos mismos días, se colocó en uno de los espacios ajardinados, cerca de la Sala de Armas, una escultura de acero oxidante, sobre pedestal de hormigón, obra de Néstor Basterrechea. Esta pieza fue adquirida por el Ayuntamiento en

(207) Este plano, que consta de alzado, sección y detalle, y cuyo original se conserva en el Archivo General de Simancas, aparece reproducido en la página 112 de este libro.

5.000.000 de pesetas, tras haber sido expuesta con ocasión de los encuentros de Brujología y Ciencias Ocultas, celebrados en Pamplona en 1986.

Hay que mencionar otro tema, que aunque no llegó a ser realidad, forma parte también de la historia reciente de la ciudadela, como es el proyecto de ubicar dentro del histórico recinto el Centro de Arte Contemporáneo. La iniciativa la planteó doña María Josefa Huarte en una carta dirigida al Gobierno de Navarra en 1997, en la que para su creación e instalación proponía la suscripción de un convenio entre el Gobierno Foral, el Ayuntamiento de Pamplona y la fundación Huarte–Beaumont, a la que ella representaba[208]. La propuesta fue estudiada en distintas instancias, entre ellas por el Consejo Navarro de Cultura. Al final, por diversas razones, la ubicación en este lugar fue desestimada[209].



*Antiguo cuerpo de guardia de la puerta principal.*

(208) AIPV, leg. 189/63.

(209) En la documentación de la Institución "Príncipe de Viana" se guarda el dictamen del Consejo de Navarra acerca del convenio que se proponía, así como el de la Comisión de Patrimonio del Consejo Navarro de Cultura, referido de manera más específica al emplazamiento del centro en la ciudadela, AIPV, leg. 206/13.

Una de las últimas mejoras realizadas en el interior del recinto, que resultaba muy necesaria y se ejecutó con total acierto el año 2006, fue la pavimentación con loseta y adoquín, de los caminos interiores, dispuestos en su estructura radial desde los primeros tiempos de la ciudadela. Estos caminos son utilizados no sólo por quienes acuden a las bodas civiles o a las exposiciones y actos culturales que se celebran en los distintos edificios restaurados, sino por el considerable número de ciudadanos que diariamente atraviesan el lugar, por ser una vía de comunicación cómoda y directa entre el centro urbano y la zona de Iturrama e incluso, aunque algo más distante, también con la Universidad de Navarra.

## Restauración de contraguardias y revellines

En los últimos años el Ayuntamiento ha acometido una importante tarea, que estaba pendiente desde hacía mucho tiempo y que resultaba ya no sólo necesaria, sino urgente. Nos referimos a la restauración y rehabilitación de las defensas exteriores de la ciudadela: los cuatro revellines o lunetas que se han conservado de los cinco que tuvo antiguamente y las dos contraguardias que miran hacia la Vuelta del Castillo, con sus correspondientes tramos de foso, contraescarpa y camino cubierto. Con ello, la antigua fortaleza recuperará en cuatro de sus cinco frentes su fisonomía original, con la sola excepción del que da a la avenida del Ejército, donde por razones evidentes esa recuperación resulta hoy inviable.

Este proceso, que viene a cerrar un capítulo decisivo en la historia de las fortificaciones de Pamplona, dio comienzo en el año 2006, cuando con ocasión de la construcción de la nueva estación de autobuses subterránea, se recuperaron los restos del revellín de Santa Lucía, que se hallaban enterrados bajo el aparcamiento de la calle Yanguas y Miranda; se reconstruyó de obra de cantería la parte que faltaba de los paramentos y se recuperó el tramo de fosos que se había perdido, con su contraescarpa y camino cubierto. El importe de esta reconstrucción resulta difícil de precisar, porque aunque lo más esencial costó 1.802.360 euros, muchos otros detalles aparecen englobados dentro de la partida general de las obras de la estación, que ascendió a un total de



*Restos del baluarte de San Antón aparecidos durante las labores de excavación de las obras del Palacio de Congresos de Navarra-Baluarte-*



*Imagen del baluarte Real o de San Juan, originariamente de San Felipe.*

38.575.152,58. Al mismo tiempo se llevó a cabo también la restauración del baluarte Real y de la cortina inmediata al revellín. En este caso, el coste fue de 311.444,15 euros[210].

(210) La certificación final de las obras del revellín y de la cortina del baluarte Real, en AIPV, leg. 274/5.



*Explanada en la que se ubicaba el recinto ferial en las fiestas de San Fermín y donde se construyó la nueva Estación de Autobuses de Pamplona, proyecto que incluyó la recuperación del revellín de Santa Lucía, con su camino cubierto y glacis.*

Durante el año 2010 se ha registrado una notable actividad en lo referente a las obras exteriores de la ciudadela. En la primera mitad del año quedó terminada la restauración del revellín de Santa Clara, con su contraguardia, foso y camino cubierto, con un presupuesto de 3.259.961,98 euros. La obra ha tenido que incluir la reposición de buena parte de los sillares, dado el grave deterioro y ruina que en ellos había causado la acción destructiva de los arbustos –en algún caso árboles de mediano porte– que habían crecido en los parapetos y en el rejuntado de las hiladas de piedra. Apenas terminadas estas obras, se iniciaron bajo el mismo plan y tipo de intervención las del revellín y contraguardia de Santa Isabel, que ofrecen la particularidad de que en ellos se hallan situados los dos portales exteriores de la Puerta del Socorro, lo que sin duda añade alguna complicación a los trabajos. El presupuesto de esta intervención asciende a 3.691.663,85 euros. Y en noviembre de este mismo año 2010 se ha acometido también la restauración del revellín de Santa Ana, hacia la parte del Edificio Singular, que ha exigido la demolición del frontón que ocupaba parte



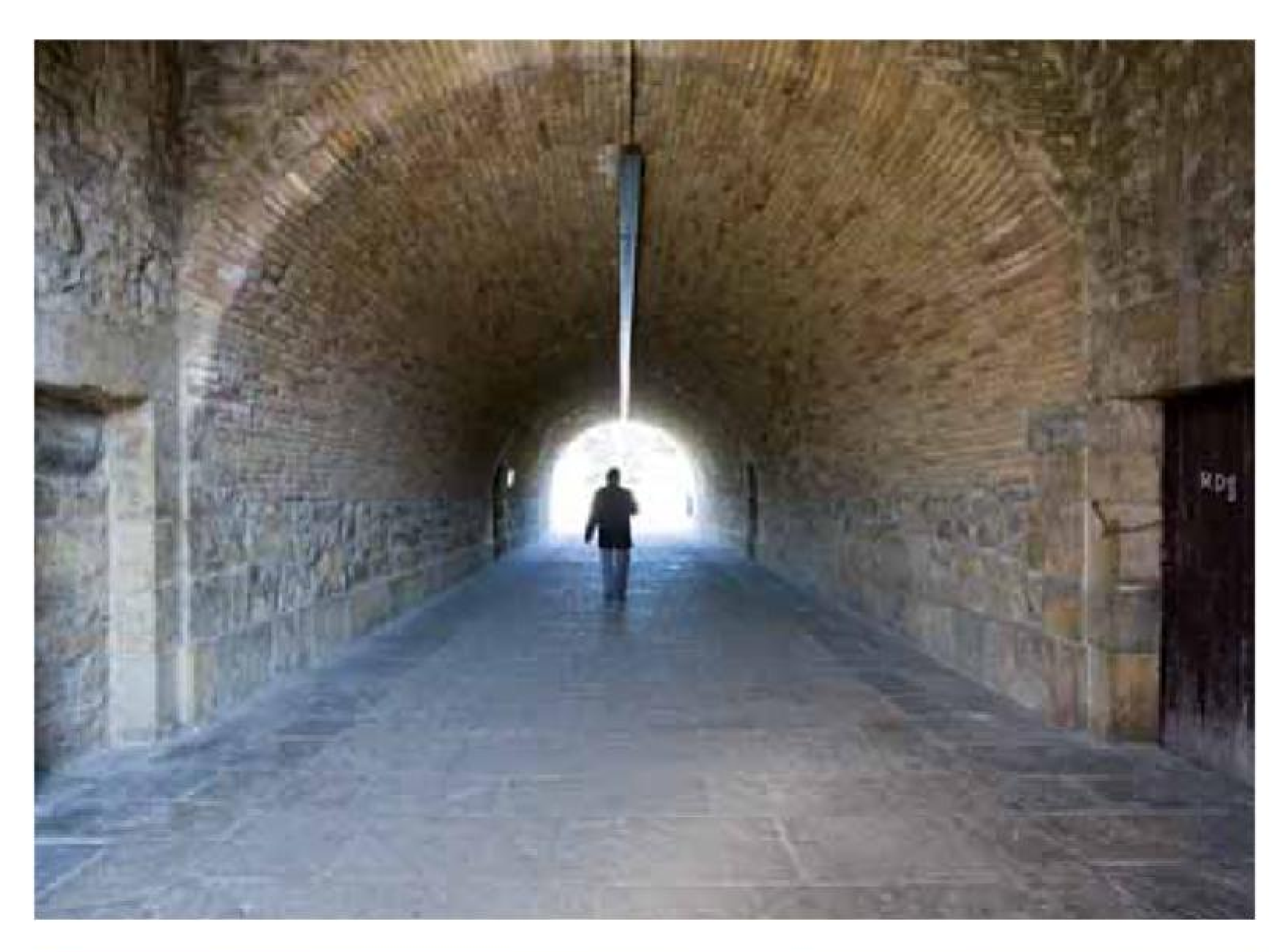
*Imágenes del revellín y contraguardia de Santa Clara tras su restauración en el año 2010.*

de su foso y que databa de hacia 1940, cuando se habilitó en esta zona el desaparecido Estadio "General Mola" con la piscina militar y otras instalaciones deportivas. Estas dos últimas actuaciones –en Santa Isabel y Santa Ana– está previsto que finalicen dentro del año 2011.

Esta pudiera ser, a grandes rasgos, la historia de la ciudadela de Pamplona, que junto con la de Jaca, constituyen los dos únicos testimonios que hoy permanecen en pie de la recia prestancia castrense que un día tuvieron las inexpugnables "fortalezas de Estado" levantadas por la Casa de Austria. Sus viejas piedras, que hoy ven jugar a los niños, hacer "footing" a los deportistas y pasear a los jubilados, guardan en sus entresijos más de cuatro siglos de la historia de nuestra ciudad.



















## Relación de alcaides de la ciudadela de Pamplona y sus tenientes, indicando la fecha de nombramiento y su referencia en los libros de Mercedes Reales.

| | | |
|---|---|---|
| D. Hernando de Espinosa | 25–03–1572 | lib. 7 fol. 155 |
| Teniente, Gaspar Cerón | 25–05–1578 | lib. 12 fol. 258v. |
| Diego de Guevara | 30–08–1586 | lib. 13 fol. 118v. |
| D. Juan de Castilla, Caballero de Santiago | 26–07–1587 | lib. 13 fol. 142 |
| D. Sancho de Villava | 10–11–1590 | lib. 13 fol. 181v. |
| Juan de Anaya Solís | 18–07–1594 | lib. 13 fol. 272 |
| Teniente, D. Antonio de Solís, Capitán | 08–11–1594 | lib. 13 fol. 277 |
| Diego de Ávila y Guzmán | 28–01–1596 | lib. 13 fol. 302 |
| Teniente, Pedro López de Jaén | 09–03–1596 | lib. 13 fol. 303 |
| D. Antonio Bracamonte | 24–11–1597 | lib. 13 fol. 351v. |
| Teniente, Francisco Sánchez del Canto, Alférez | 03–02–1598 | lib. 13 fol. –– |
| Teniente, Fernán López de Arellano, Capitán | 22–11–1602 | lib. 13 fol. 441v. |
| Pedro Fernández de La Carrera | –– | –– |

| | | |
|---|---|---|
| Capitán Pedro Hernández Ramada | 10–07–1604 | lib. 13 fol. 462v. |
| Capitán Juan de Zornoza | 04–03–1607 | lib. 19 fol. 296v. |
| Capitán Gaspar Ruiz de Cortázar | 05–10–1610 | lib. 20 fol. 202 |
| Teniente, Martín Jaureguiberría, Alférez | 25–09–1611 | lib. 20 fol. 212v. |
| Capitán D. Alonso Martínez de Lerma | 05–12–1614 | lib. 21 fol. 2v. |
| Félix Paz | 15–12–1614 | lib. 20 fol. 358 |
| Teniente, Juan de Goitia, Alférez | 18–08–1618 | lib. 21 fol. 260 |
| D. Juan de Espinosa, Sargento Mayor (por muerte del Coronel Domingo de Idiáquez) | 18–08–1619 | lib. 21 fol. 364v. |
| Juan de Araquemada | 13–02–1621 | lib. 22 fol. 32 |
| D. Felipe de Beaumont y Navarra | 02–10–1622 | lib. 22 fol. 122v. |
| Teniente D. Juan de Oco y Ciriza (por muerte de D. Diego de Ávila y Mendoza) | 25–08–1627 | lib. 22 fol. 415v. |
| Capitán Luis Díaz de Armendáriz en ausencia de D. Juan Castelví) | 23–03–1637 | lib. 25 fol. 15 |
| D. Jimeno de Perezopluxes, Barón de Puebla–larga de Valencia | —— | —— |
| Teniente, Alférez Onofre de Villafuerte | 06–09–1638 | lib. —— fol. —— |
| Castellano interino Oger Rodríguez | 17–11–1639 | lib. 25 fol. 178 |
| D. Juan de Eulate, Gobernador (por muerte de Jorge Rodríguez) | 08–09–1640 | lib. 26 fol. 22 |
| Dionisio de Guzmán, Maestre de Campo y Teniente General | 07–05–1641 | lib. 26 fol. 81 |
| Bernabé Antonio de Salazar, Caballero de Santiago | 26–02–1644 | lib. 27 fol. 42 |
| Teniente, Miguel de Salazar, Capitán | 06–07–1656 | lib. 28 fol. 164v. |
| Teniente, D. Juan Ortiz de Cadarso | 04–08–1659 | lib. 28 fol. 258v. |

| | | |
|---|---|---|
| D. Baltasar de Rada, Maestre de Campo | 18–07–1663 | lib. 28 fol. 383v. |
| Teniente, D. Juan de Oviedo, Capitán | 16–08–1669 | lib. 29 fol. 287 |
| D. Francisco Angulo y Castro, Maestre de Campo | 25–11–1672 | lib. 29 fol. 398 |
| Teniente, D. Juan Antonio Urdienza, Capitán | 10–01–1675 | lib. 29 fol. 442 |
| D. Pedro de Ulloa Rivadeneyra, Maestre de Campo | 13–04–1677 | lib. 30 fol. 48 |
| D. José García de Salcedo, Maestre de Campo | 25–07–1682 | lib. 30 fol. 124 |
| Teniente, Ángel Basilio, Capitán | 15–09–1682 | lib. 30 fol. 152v. |
| Teniente, D. Juan Zabalza, Capitán | 31–12–1682 | lib. 30 fol. 157 |
| D. Dionisio de Araiz, General de Artillería | 05–04–1686 | lib. 30 fol. 280 |
| Teniente, D. Pedro Martínez de Balanza | 12–04–1686 | lib. 30 fol. 416 |
| D. Carlos Nicolás de Eguía, Maestre de Campo | 09–03–1691 | lib. 31 fol. 137 |
| D. Francisco de Luna y Cárcamo | 1702 | —— |
| D. Juan Cruzat, Marqués de Góngora, Gobernador | 17–06–1705 | lib.33 fol. 146 |
| D. Jacinto del Pozobueno, Maestre de Campo | 16–12–1709 | lib.33 fol. 444 |
| Teniente de Rey, D. Francisco Ibero, Caballero de Calatrava y Sargento Mayor | 05–09–1709 | lib. 33 fol. 459 |
| D. Tomás de Idiáquez, Mariscal (por ausencia) | 18–04–1716 | lib. 34 fol. 398 |
| D. Juan González, Ayudante General Guardia de Corps | 16–04–1717 | lib. 34 fol. 498v. |
| D. Antonio Santander, Mariscal de Campo | 20–12–1732 | lib. 37 fol. 196 |
| D. Felipe Solís, Brigadier | 31–07–1741 | lib. 38 fol. 8 |

| | | |
|---|---|---|
| D. Jaime de Silva, Teniente General | 19–10–1746 | lib. 38 fol. 326 |
| D. Juan Gregorio Muniain, Mariscal de Campo | 05–12–1753 | lib. 39 fol. 40v. |
| D. Bernardo O´Connor de Pheli | 08–03–1760 | lib. 39 fol. 101v. |
| D. José Carabeo | —– | —– |
| D. Onofre de Córdoba Ramírez de Aro | 10–10–1763 | lib. 40 fol. 180 |
| Marqués de Casacagigal | 09–11–1779 | lib. 41 fol. 47v. |
| Vizconde de Palazuelos, Mariscal de Campo | 14–01–1784 | lib. 41 fol. 238v. |
| D. Jerónimo Girón | 21–02–1786 | lib. 41 fol. 175 |
| D. Vicente Dusmet | 26–10–1789 | lib. 42 fol. 99v. |
| Marqués de la Cañada | —– | —– |
| D. Manuel Bretón | 20–10–1799 | lib. 42 fol. 233v. |
| D. Pedro Ignacio Correa | 06–07–1802 | lib. 43 fol. 10 |
| Marqués de Ferrera | 07–04–1803 | lib. 42 fol. 146 |
| D. Antonio María Roselló | 15–08–1814 | lib. 43 fol. 271 |
| D. Santos Ladrón de Cegama | 31–03–1824 | lib. 44 fol. 79v. |

## Fuentes utilizadas

Archivo General de Navarra (AGN).
Secciones de Fortificaciones, Guerra, Mercedes Reales, Cartografía.

Archivo General de Simancas (AGS).
Planos.

Archivo de la Institución "Príncipe de Viana" (AIPV)
Expedientes relativos a las murallas y ciudadela de Pamplona.

Archivo Municipal de Pamplona (AMP).
Ficheros temáticos y Sección Fotográfica.

Instituto de Historia y Cultura Militar. Madrid (IHCM).
Colección Aparici (Copias de la documentación de Simancas)
Secciones de Planos y Documentos de Fortificación.

Servicio Geográfico del Ejército (SGE).
Cartoteca Histórica.

## Bibliografía


ALVARADO, Fernando de, (Seudónimo de Mariano Arigita) *Guía del viajero en Pamplona*. Madrid, 1904, pp. 85–86.

ARAZURI, José Joaquín, *Pamplona, calles y barrios*. Pamplona, 1979–1980, 3 vols.

DEL CAMPO, Luis, *Visita de Felipe IV a Pamplona (1646). Un cuadro testimonio*. Col. Navarra, Temas de Cultura Popular, nº 259.

DEL CAMPO, Luis, *Pamplona durante la regencia de Espartero (sept, 1840–jul. 1843)*. Pamplona, 1985. 103 pp.

ECHARRI, Víctor, *Las murallas y la ciudadela de Pamplona*, Pamplona, 2000, 535 pp.

HENNEL DE GOUTEL, Baron, *Le general Cassan et la defense de Pampelune. (25 juin–31 octobre 1813)*. París, 1920, 297 pp.

IBARLUCEA, Dionisio de, *Atlas de la provincia de Navarra*. Pamplona, 1886, 88 pp.

IDOATE, Florencio, *Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra*. Rev. Príncipe de Viana, 1954, pp. 57–154.

IDOATE, Florencio, *Diario del bloqueo puesto por los carlistas a la plaza de Pamplona*. Rev. Príncipe de Viana, 1961, pp. 217–231.

IDOATE, Florencio, *Catálogo del Archivo General de Navarra. Sección de Guerra. (años 1259–1800)*. Pamplona, 1978. 626 pp.

IDOATE, Florencio, *Esfuerzo bélico de Navarra en el siglo XVI*. Pamplona, 1981. 447 pp.

IRIBARREN, José Mª, *Pamplona y los viajeros de otros siglos*. Pamplona, 1957, 247 pp.

LUBIÁN Y SOS, Fermín de, *Relación de la Santa Iglesia de Pamplona*. Editada por la Cofradía del Gallico de San Cernin. Pamplona, 1955, 114 pp.

MADOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico–Histórico–Estadístico de España*, t. XII. Madrid, 1849, 643–644 pp.

MADRAZO, Pedro de, *Navarra y Logroño*, t. II. Barcelona, 1886, pp. 375–380.

MARTINENA, Juan José, *La Pamplona de los burgos y su evolución urbana (ss. XII–XVI)*. Pamplona, 1974. 351 pp.

MARTINENA, Juan José, *Documentos referentes a las fortificaciones de Pamplona en el Servicio Histórico Militar de Madrid (1521–1814)*. Rev. Príncipe de Viana, 1976, pp. 443–506.

MARTINENA, Juan José, *Pamplona en 1800*. Col. Navarra. Temas de Cultura Popular, nº 309.

MARTINENA, Juan José, *Navarra, castillos y palacios*. Pamplona, 1980, 158 pp.

MARTINENA, Juan José, *Cartografía navarra en los Archivos Militares de Madrid*. Pamplona, 1989, 318 pp.

MARTINENA, Juan José, *El recinto amurallado de Pamplona*, Rev. Castillos de España, nº 104, 1995, pp. 19–32.

*MEMORIAS de don Joaquín Ignacio Mencos, Conde de Guenduláin (1799–1882)*. Editadas por la Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 1952. 259 pp.

MIÑANO, Sebastián de, *Diccionario Geográfico–Estadístico de España y Portugal*, t. VI. Madrid, 1827, 420 pp.

NAGORE, Leandro, *Apuntes para la historia. (1872–1886)*. Pamplona, 1964, 282 pp.

NOMBELA, Julio, *Crónica de la provincia de Navarra*. Madrid, 1868. 112 pp.

*Novísima Recopilación de las leyes del Reino de Navarra*. Edición realizada conforme a la obra de don Joaquín de Elizondo. Biblioteca de Derecho Foral. Pamplona, 1964. 3 vols.

OLEZA, José de, *La recuperación de San Sebastián y Pamplona en 1813*. Pamplona, 1959. 186 pp.

ORBE, Asunción, *Arquitectura y urbanismo en Pamplona a finales del siglo XIX y comienzos del XX*. Pamplona, 1986, 238 pp.

PRIETO, José Luis, *La Ciudadela de Pamplona*, (Memoria inédita, con fotografías y planos, realizada en 1965 y conservada en el Archivo Municipal).

RAMÍREZ ARCAS, Antonio, *Itinerario descriptivo de Navarra*. Pamplona, 1848, 200 pp.

RODRÍGUEZ UNDIANO, E. y SÁNCHEZ DEL AGUILA, J., *Diario del bloqueo de Pamplona (1874–75)*. Pamplona, Cuadernos de la cofradía gastronómica del Pimiento Seco, 1973. 92 pp.

TORRES VILLEGAS, Fco. Jorge, *Cartografía Hispano Científica*, t. II. Madrid, 1857. pp. 141–143.

## Otros títulos publicados

*Fortín de San Bartolomé*
*Centro de Interpretación de las Fortificaciones de Pamplona*
AA.VV., Pamplona, 2011

*Fortificaciones de Pamplona*
*Pasado, presente y futuro*
AA.VV., Pamplona, 2011









www.murallasdepamplona.es

